

No 5

Diciembre de 2013

Tabla de contenidos

Artículos

[La Gran Depresión del siglo XX. Consideraciones sobre la bancarrota capitalista y sobre la izquierda también](#) [PDF](#)

Pablo Rieznik

[El joven Engels y el comienzo del materialismo histórico](#) [PDF](#)

Santiago M. Roggerone

[Concepciones sobre “ideología según Marx” en un texto de Terry Eagleton](#) [PDF](#)

Fernando Ramírez, Joaquín Cardoso

[La revolución rusa de 1905 y la teoría de la revolución permanente](#) [PDF](#)

Constanza Bosch Alessio, Daniel Gaido

[La socialdemocracia rusa frente a las elecciones de las dos primeras Dumas del estado](#) [PDF](#)

Juan Manuel García

[Reconversión capitalista mundial en salud mental. “Clasificar” y “medicalizar”: ¿único negocio?](#) [PDF](#)

Hernán Scorofitz

[Reflexión teórico-política sobre burocracia sindical](#) [PDF](#)

Mauricio Torme

Reseñas

Los desposeídos, Karl Marx, los ladrones de madera y los derechos de los pobres, [PDF](#)
de Daniel Bensaïd

Emiliano Monge

La Gran Depresión del siglo XX. Consideraciones sobre la bancarrota capitalista y sobre la izquierda también.

Pablo Rieznik

Instituto de Investigaciones Gino Germani - Universidad de Buenos Aires
rieznik@hotmail.com

Resumen

El presente artículo propone un examen del lugar histórico de la actual crisis capitalista internacional. Lo hace remontando a fines del siglo XX los orígenes de lo que se conoce como la Gran Depresión, cuando el derrumbe de los llamados “tigres asiáticos” alcanzó rápidamente una dimensión global, seguido por el default ruso de 1998, el desplome subsiguiente de Wall Street y la cesación de pagos de varios monopolios capitalistas yanquis y, por fin, el “contagio” a América Latina. El artículo ubica la crisis capitalista en el marco de la restauración del capital en los ex estados obreros, sosteniendo que la enorme victoria para la burguesía que supuso la posibilidad de penetrar los viejos estados en los cuales había sido confiscado no pudo sobreponerse a la realidad de su irreversible decadencia histórica.

Un informe del Fondo Monetario Internacional, conocido sobre el final del año 2012, pronosticó que la economía capitalista no superaría hasta 2018 las consecuencias de la actual crisis mundial. En tal caso, la quiebra de la economía global se extendería por no menos de dos décadas.

El lapso parece a primera vista exagerado porque duplica el de los análisis convencionales, incluidos los del propio FMI, que ubican el inicio del actual proceso un lustro atrás, con la falencia emblemática de los principales bancos de inversión norteamericanos, encabezados por Lehman Brothers, en 2008. Corresponde, sin embargo, situar una década antes el principio de lo que cada vez más se conoce como la Gran Depresión, cuando el derrumbe de los llamados “tigres asiáticos” alcanzó rápidamente una dimensión global, seguido por el default ruso de 1998, el desplome subsiguiente de Wall Street y la cesación de pagos de varios monopolios capitalistas yanquis y, por fin, el “contagio” a América Latina, cuyo punto más alto fue precisamente el colapso económico social en nuestro propio país y el emblemático Argentinazo de 2001 (el levantamiento popular que produjo entonces la caída del gobierno de De la Rúa).

Veinte años y algo más

En la vasta literatura sobre la cuestión no se considera este análisis sobre la extensión de la crisis porque no tomaría en cuenta el hiato que quedó planteado a partir de 2002, cuando los datos relativos a la actividad económica capitalista mundial mostraron un repunte que se prolongó durante algunos años y que parecía cancelar la caída iniciada en el final de los años noventa. Pero aún en esa misma literatura se reconoce que el rebote global tuvo características muy poco sólidas y que reposó en un gigantesco mecanismo financiero de especulación. Fue, en consecuencia, lo que los franceses llaman una *fuite en avant*, un expediente que simplemente postergaba un desastre mayor que el que se pretendía evitar, procurando renovar el proceso económico sobre bases ficticias. En lugar de revertir la dirección en que tendía a despeñarse la economía, el pseudo “boom” económico de los primeros años de la década pasada creó las condiciones del estallido ulterior en los años 2007-2008, cuando reventó la mayor “burbuja” de la economía capitalista de todos los tiempos, según la denominara uno de los voceros tradicionales del gran capital, la revista inglesa *The Economist*.

La base de esta “fuga” y de la correspondiente burbuja fue la creación de una gigantesca masa de crédito, viabilizada por una enorme reducción de las tasas de interés y una supuesta “reingeniería” de las finanzas, incluyendo la postergación de las fechas iniciales de amortización de los préstamos y pago de esos mismos intereses, creando así el espejismo de la creación de una cantidad ilimitada de dinero. Una suerte de maná del cielo para el eventual demandante al que, además, no se le exigía ninguna prueba de solvencia. La inflación crediticia creó la ilusión de un consumo crecientemente desligado del ingreso real de los deudores y de la evolución de la actividad económica; una ilusión que naturalmente acompañaba el desarrollo de las condiciones de una quiebra potencial y en cadena. Y así fue.

El detonante del estallido del “burbujón” fue la elevación de la tasa de interés de la Reserva Federal (el sucedáneo del Banco Central en EE.UU.) que, sobre el final de 2007, superaba en más de un 400% el bajísimo nivel al cual el costo del crédito había sido reducido en 2003, en la tentativa, entonces, de superar el bajón de la economía que se arrastraba desde finales de los noventa. Esta suba de la tasa de interés reflejaba los riesgos crecientes de la sobreproducción crediticia y de moneda (y, en consecuencia, la

eventual desvalorización del dólar y la inflación). Pero fue el punto de partida de una mora en cadena de los endeudados, particularmente en el hiperinflado mercado inmobiliario y el principio de la quiebra serial de los activos financieros, “apalancados” en hipotecas que se tornaron incobrables. Sucede que tales hipotecas, es decir, las deudas de los compradores de inmuebles, se transformaban en títulos, una suerte de pagarés que los bancos podían vender a inversionistas. De este modo recuperaban dinero fresco que volvía a servir para generar nuevas hipotecas que se transformaban en títulos... y así de seguido. Los títulos respectivos se agrupaban además en “fondos de inversión” que multiplicaban el negocio a una escala creciente y que los propios bancos compraban, vendían y negociaban en una suerte de calesita que habría encontrado ese *desiderátum* utópico de la física, que es el de un movimiento perpetuo. Este apalancamiento o multiplicador del negocio financiero, que actuaba como mecanismo de propagación de la burbuja, fue un inmenso globo que finalmente se pinchó. El estallido de la burbuja y en consecuencia el “desapalancamiento” tuvo el efecto del desinfe de un globo a la medida de un sistema financiero global hiperdimensionado. Lo que fue concebido y/o idealizado como el remedio para evitar el estancamiento o la caída de una economía capitalista en declinación acabó siendo peor que la enfermedad. Así comenzó el derrumbe, que a partir de entonces (2007/2008), se extendería como mancha de aceite en la economía mundial. La Gran Depresión, en consecuencia, ha puesto en escena una crisis capitalista mundial en dos actos y un final tan incierto como inacabado.

En esta Gran Depresión que se extiende ya por una larga década y media, el “caso argentino”, en el cambio de siglo, quedó definitivamente inscripto como anticipatorio de lo que sucedería más tarde en el plano de la economía global. Lo confirma la infinidad de apelaciones a la experiencia argentina cuando las economías capitalistas comenzaron a alinearse en una serie de derrumbes seriales cuya secuencia continúa ahora en pleno desarrollo. Recordemos que entre 1998 y 2002 Argentina atravesó la mayor crisis de su historia, un vertebral quebranto económico y social, que tuviera su punto más alto en el insurgente “Argentinazo” mencionado en el inicio de este artículo. Si este recuerdo tiene en el presente un valor propio es porque ya a fines de los años noventa, quince años atrás, era obvio para el que lo quisiera ver que lo que se producía en nuestras latitudes era la manifestación específica y aguda de un fenómeno más general que, por eso mismo, denominamos en una nota de la época como “argentinización” de la economía mundial. Pero entonces semejante caracterización fue considerada un exabrupto, algo que se endilgó a una suerte de catastrofismo atávico que profesaríamos sin comprender que el caso nativo sería una suerte de “excepción a la regla”. Por eso, entonces, los supuestos abanderados del “anticatastrofismo”, en el cual se atrincheraba la mayoría abrumadora de la izquierda, oponían a la desintegración de nuestra sociedad el ejemplo de la “integración” de las economías capitalistas, cuya manifestación más evidente era la conversión de la Unión Europea en una suerte de entidad supranacional con una moneda común. Ahora que el euro estalla haciendo estragos y que la Unión Europea se desmorona, vale la pena no perder el hilo de polémicas y controversias sobre la realidad convulsiva de la crisis mundial y su significado. Lo cierto, entonces, es que el ejemplo de la “Unión” supranacional como símbolo de una nueva época no prosperó sino que, al revés, Europa se “argentinizó”, en un proceso de desintegración todavía inacabado.

La desintegración hasta el hueso de la economía argentina a principios de este siglo era caracterizada como excepcionalidad, además, por una situación que excedía el escenario recién mencionado de lo que sucedía en territorio europeo. En aquel momento la estrella ascendente de la Unión Europea se presentaba como apenas un aspecto de una reconstitución del mercado mundial en escala ampliada, indicando inclusive la abertu-

ra de una nueva era histórica. Sería la nueva época que habría quedado abierta con la restauración capitalista en la antigua Unión Soviética y en China y, que por eso mismo, planteaba la integración en un plano superior de una economía “global”, de una economía capitalista mundializada que postergaba “sine die” cualquier ilusión de una transformación revolucionaria. Algo que, por fin, limitaba la agenda “progresista” a la propuesta de alternativas en el cuadro insuperable del capital; no en alternativas *al* capitalismo (que fueron remitidas al limbo de una utopía, es decir, al limbo de la imposible), sino en supuestas alternativas *del* propio capitalismo. Es con este “programa” supuestamente realista que la izquierda latinoamericana se preparó para acceder al poder en el umbral del nuevo siglo.

Como testimonio de tal programa se puede tomar el caso del ascenso del Partido de los Trabajadores al gobierno del mayor país latinoamericano luego de haber triunfado en las elecciones de finales del año 2002. Como garantía de la conversión al altar del nuevo orden, el gobierno que entonces encabezó Lula da Silva firmó un acuerdo con el Fondo Monetario Internacional, aún antes de asumir formalmente del poder; un hecho sin precedentes puesto que el FMI sólo establece acuerdos con gobiernos constituidos. Vale como ejemplo también de cuanto macaneo hay en el planteo de “alternativas” capitalistas al propio capitalismo.

Si en la apreciación de la naturaleza de la Gran Depresión incluimos estos comentarios es porque la crisis mundial no puede ser correctamente abordada sólo en el ámbito restringido de lo puramente “económico”. Toda crisis capitalista es siempre la expresión de un principio de disolución de la sociedad, puesto que ella misma no es otra cosa que el estallido de las contradicciones insuperables del capital. Las crisis capitalistas no sólo son el campo propio de una agudización de los antagonismos sociales sino también el terreno de una lucha de clases que pone en juego la conducta, los planteos, la actividad práctica de las fuerzas en pugna que expresan de un modo específico esa lucha. El curso y el destino de la Gran Depresión de nuestro tiempo no pueden ser abordados al margen de esta cuestión decisiva que es inmanente a toda crisis capitalista. La posibilidad de cooptación de la izquierda a las variantes del orden establecido no es en modo alguno un aspecto que pueda ser soslayado en el análisis de las características específicas que toma la actual crisis mundial. Conviene apuntarlo de entrada para subrayar el carácter unilateral que pueden tener los señalamientos de este mismo artículo si no se los tomara como una parte de la realidad, es decir, del conjunto de sus determinaciones.

Queda hecha la constatación para subrayar el ángulo metodológico de las notas que siguen. Un ángulo concreto y contradictorio. Esto porque la actual Gran Depresión estalló cuando no había pasado una década de lo que el *establishment* capitalista consideraba algo así como su victoria definitiva, habiendo quebrado el dique que le permitía colonizar la geografía del Este Europeo y del sudeste asiático (en seguida volveremos sobre este punto). Cuando en 1998 la crisis mundial ponía un rotundo mentís a semejante pretensión, la izquierda se lanzó, sin embargo, al rescate de la nave que se hundía, proclamando el abandono de cualquier tentativa de transformación anticapitalista. No es una contradicción menor la que se expresa en consecuencia en las vicisitudes que presenta la crisis mundial.

El signo de la historia

El “relato” dominante en el origen de la actual crisis, cuando despuntaba el siglo XXI, tendía a considerar que se trataba de un corto episodio y que podía ser superado en los

términos creados por la nueva realidad de la colonización capitalista del planeta. Un siglo después de que Lenin planteara que el imperialismo era la última etapa histórica del capitalismo, la de su definitivo agotamiento; el signo de la historia se presentaba como la supuesta evidencia de lo exactamente opuesto. No era la agonía terminal; al revés, asistiríamos a los dolores del parto de un renacimiento. No sería la última etapa del capital sino la primera de un novedoso volver a vivir. El nuevo siglo, por lo tanto, exhibiría un plano superior de la evolución del capital, habilitada por el desmoronamiento de los viejos estados de "economía centralmente planificada". Como expresión de la nueva época, los especialistas destacaban, por sobre todas las cosas, el supuesto circuito virtuoso de la reconvertida economía china y del "hegemón" norteamericano, mediante la cual el superávit comercial de la potencia "emergente" financiaba el monstruoso déficit yanqui (comprando títulos del Tesoro norteamericano y acumulando reservas en moneda estadounidense) y expandía el comercio mundial, una también supuesta evidencia del dinamismo de las renovadas fuerzas productivas del capital.

Lo cierto es que el financiamiento "chino", asegurando la convertibilidad del dólar (que de otra manera quedaba sujeto a una inevitable devaluación) en el cambio del siglo fue la fuente del ya mencionado ciclo especulativo sin precedentes en el pasado y que acabó, como no podía ser de otra manera, con el estallido brutal un lustro atrás. El dólar hipervalorizado fungió como "plata dulce" ("argentinismo" que caracterizó así el dinero nacional convertible para los negocios de la especulación financiera, sea durante la gestión económica de Martínez de Hoz en la dictadura genocida, sea en su formato más cercano con la experiencia "neoliberal" del ministro Domingo Cavallo en los gobiernos de Menem y De la Rúa). La función de esta "plata dulce" era lubricar el metabolismo especulativo que pretendía estirar las posibilidades de la acumulación del capital, agotadas en la esfera directa de la producción amenazada por ganancias declinantes y un exceso de capacidad frente a la demanda creada por el propio capital. (Finalmente toda crisis viene a recordar que el afán capitalista de expoliar a la población laboriosa en el ámbito de la producción para asegurar su mayor rentabilidad es incompatible con la pretensión de una demanda solvente para que circulen y se realicen los resultados mercantiles de esa misma producción).

La Gran Depresión tuvo su "burbuja" como resultado de esa dificultad del capital para alimentar negocios "productivos" en un mundo saturado de capital (sobreproducción). El "acople" EE.UU.- China fracasó como intento de darle una salida original a la sobreproducción capitalista desarrollada sin prisa y sin pausa en el largo período previo. El término "acople" esconde inclusive la naturaleza social de esta tentativa de abortar el desbarranque. Es decir, la tentativa que intentó mitigar los males del desarrollo capitalista exacerbado en las metrópolis mediante una combinación que reproducía un mecanismo primitivo de formación originaria del capital, hundiendo en la barbarie a una enorme masa campesina, desplazándola como tropa superexplotada a las ciudades en las cuales el capital extranjero hacía su agosto con trabajadores en condiciones de semiesclavitud. Un nuevo proletariado chino se formó así en las condiciones bárbaras propias del pasado, asegurando una competencia degradante para las conquistas del proletariado en los países más desarrollados. Pero en lugar de abrir una nueva época para el capital, mostró los límites irreversibles de una civilización capitalista en descomposición.

En su momento no se quiso ver, sin embargo, esta dimensión catastrófica que incubaba la mentada la "globalización" capitalista abierta con la restauración. Ella provocó una suerte de borrachera, sea en su variante eufórica derechista o en la versión melancólica

izquierdista. El telón de fondo de toda la confusión prevaleciente sobre el estado de la economía capitalista de fin de siglo no era otro que el de la liquidación definitiva de la muy larga historia de degeneración de los viejos estados obreros, bajo el mando de una burocracia que pavimentó el camino hacia la restauración lisa y llana. Sin embargo, entre la izquierda radical e inclusive entre las corrientes que se reclamaban trotskistas, el ascenso de Gorbachov en la URSS en los ochenta, la llamada “perestroika” y la “glasnost”, fueron presentados como un avance hacia una conjunción superior de socialismo y libertad; no como anticipo de una restauración en regla. La izquierda mundial sucumbió en esta experiencia, cuya expresión definitiva fue la caída del muro de Berlín y la disolución de la Unión Soviética. No entendió el significado de la deriva contrarrevolucionaria del estalinismo. Buena parte de esa misma izquierda y del llamado “progresismo” supuso, además, que el fracaso de la URSS inoculaba una savia revitalizadora al capital y a la democracia capitalista. Por eso, como ya lo señaláramos, el socialismo debía quedar entonces reducido a una utopía y la vigencia de la revolución social postergada para una indefinible etapa ulterior de la historia. Quedará para el registro de esa misma historia que, entonces, aún antes del comienzo de esta Gran Depresión, un puñado de organizaciones de la izquierda revolucionaria propugnaron “contra la corriente” desmitificar la ilusión de un cambio de signo de la época contemporánea y plantearon que, por el contrario, la vigencia histórica de la revolución socialista no había sido revertida, que la decadencia del capital era una tendencia irreversible y que condicionaba, con sus enormes contradicciones, las vicisitudes del proceso de restauración capitalista en curso. Nos referimos a las organizaciones que, junto al Partido Obrero de Argentina, proclamaron la necesidad de refundar sobre este principio básico los fundamentos de una internacional obrera y revolucionaria (la IV Internacional).

En síntesis, la enorme victoria para el capital que supuso la posibilidad de penetrar los viejos estados en los cuales había sido confiscado no pudo sobreponerse a la realidad de su irreversible decadencia histórica. La tendencia a la descomposición capitalista no pudo ser revertida por la restauración sino que, al revés, acabó por condicionarla: por eso la Gran Depresión acabó por estallar poco después de que supuestamente el capital proclamara algo así como su triunfo en una batalla final. Es el signo específico del lugar histórico que caracteriza a la crisis presente.

Grandes Depresiones y agotamiento capitalista

No está mal que se denomine a la actual la Gran Depresión que es como también se conoce en la historiografía a la primera gran crisis capitalista “global”, que se produjo en el final del siglo XIX y se extendió por más de dos décadas, a partir de 1873. Permite, además, una metáfora pedagógica. A aquella Gran Depresión el capital no le encontró otra salida que la que correspondió a una conquista brutal del mundo colonial (en pocos años los territorios del planeta quedaron bajo el dominio de un puñado de potencias que podían contarse con los dedos de una mano) y cuando esta repartija culminó el broche de oro fue una carnicería universal, la Primera Guerra Mundial, que inauguró la matanza en masa en la retaguardia, es decir de la población civil, gracias a la novedosa aplicación de la aviación y sus bombas letales. He aquí una fuente primigenia del “terrorismo de Estado” contemporáneo.

Más tarde, la segunda Gran Depresión –la de 1929– tuvo su salida en la todavía más letal y masiva carnicería de una nueva guerra mundial. No se trata por lo tanto de ver si el capital encuentra una salida a sus propias catástrofes “económicas” sino de consi-

derar las catástrofes civilizatorias necesarias para “recuperarse”. La llamada recuperación capitalista crea así una suerte de espiral en virtud de la cual busca superar sus obstáculos, creando así las condiciones para nuevos y mayores obstáculos que traducen sus límites históricamente insuperables.

Las mencionadas “salidas” a las crisis son lo que los economistas llaman “recuperaciones”, cuando la actividad de la producción económica vuelve a crecer. Pero ninguna medida de crecimiento de la producción puede sustituir el análisis de los antagonismos económicos y sociales sobre los cuales reposa y se procesa. Por eso los revolucionarios de cien años atrás, cuando la economía crecía bajo el látigo de la guerra y el militarismo mundial, se comprometieron en la tarea de oponer el socialismo o la barbarie, considerando que la descomposición capitalista transformaba las fuerzas productivas en fuerzas destructivas (el concepto original es de Karl Marx). No fue, por lo tanto, una consideración genérica sobre la actividad económica en sí misma la que imprimió su marca a los planteos de la izquierda revolucionaria en el umbral del siglo XX. Fue la apreciación de que la Gran Depresión cerraba una época, implicaba un viraje histórico, indicaba un límite al ciclo de la civilización capitalista y abría el período de la etapa superior o última del capital, el terreno propio de una delimitación decisiva entre la revolución y la contrarrevolución contemporáneas. Sin tal consideración es imposible comprender ni la naturaleza del capitalismo en la última centuria, ni el carácter de las transformaciones sociales del pasado ni tampoco las vicisitudes de la izquierda socialista y la política revolucionaria de nuestro tiempo.

La Gran Depresión de fines del siglo XIX y la Gran Guerra de 1914-1918 no sólo marcaron la transición a una nueva época. También marcaron un desplazamiento del centro de gravedad de la economía capitalista que, en cada etapa histórica, tuvo un liderazgo propio. En su etapa original, sobre el final de la Edad Media, fueron los Países Bajos quienes encarnaron ese liderazgo que luego, con el capital marchando sobre sus propios pies, se trasladó a Inglaterra, la cuna de la revolución industrial. Cuando los límites de la civilización capitalista se expresaron en el cambio del siglo XIX al XX, el viejo territorio del capital (Europa) se consumió en la barbarie de la guerra y la cabeza del orden capitalista se trasladó al norte del nuevo continente. Estados Unidos se transformó así en la principal potencia no ya de la “Era de la revolución”, ni de la “Era del Capital” sino de la “Era del Imperio”, utilizando como metáfora la trilogía con la cual el recientemente fallecido Eric Hobsbawm trazó la historia del capitalismo y, por supuesto, aludió a la época de su definitivo, histórico.

La pretensión de moda de que asistimos ahora a un nuevo desplazamiento del centro hegemónico del capital, esta vez hacia el continente asiático, lleva implícita un supuesto que debe ser explicitado. El supuesto consiste en asumir como un hecho evidente que el pasaje de la hegemonía yanqui a la china representaría, en un sentido contrario al que se desarrolla en nuestro análisis, un nuevo punto de partida para un despliegue novedoso de las fuerzas productivas del capital. Cuando se trata, entonces, de considerar este eventual “corrimiento” hegemónico lo fundamental es poner de relieve que ningún caso podría concretarse si no es por medio de las contradicciones del propio capital, esto es, mediante una exacerbación de la propia crisis en las condiciones históricas concretas en las cuales se desenvuelve. Una crisis que ya hace tiempo combina los términos propios del caos creciente de la economía con la hecatombe de regímenes políticos, cataclismos sociales, resistencia de masas e insurgencia revolucionaria que es lo que hoy domina la “cuenca mediterránea” cuando se considera de un lado el proceso de la revolución árabe y, del otro, los levantamientos, huelgas y manifestaciones que se extienden en la parte

sur del continente europeo desde Portugal a Grecia, pasando naturalmente por España e Italia.

Es un cuadro del cual de ninguna manera debería excluirse la variante de una guerra abierta, sea en la dimensión más próxima de un estallido en el Medio Oriente, sea en la dimensión menos visible de un enfrentamiento entre las grandes potencias en torno a disputar las condiciones de su lugar en la eventual salida del derrumbe actual. Después de todo, también en el pasado las dos guerras mundiales irrumpieron cuando el mundo “civilizado” estimaba como absolutamente improbable un conflicto bélico que pusiera en acción un potencial destructivo sin ningún tipo de antecedentes. Si apelar al “sentido común” tiene algún sentido, recordemos que en el caso de la Segunda Guerra Mundial el choque entre las potencias capitalistas fue tan brutal que en lugar de mancomunarse para terminar con la expropiación capital en el vasto territorio de la ex URSS, acabaron por desangrarse en la infamia bélica que se cargó con sesenta millones de almas en unos pocos años.

En la actualidad están presentes los elementos para un nuevo episodio sísmico de la crisis mundial. Su estallido fue apenas postergado a mitad de 2012, cuando la situación griega mantuvo en vilo al mundo capitalista luego de que las elecciones de mayo consagraran el triunfo de un partido de centroizquierda que pregonaba el desconocimiento del “memorándum” que la “troika” (Unión Europea, Banco Central Europeo, Fondo Monetario Internacional) había pactado con el gobierno griego para arrasar con las condiciones de vida de la población, en nombre del rescate de la desquiciada economía capitalista griega. De un modo muy concreto, la cúpula del capital discutió qué “medidas desesperadas” podía dar como respuesta a una “situación desesperada”, según las palabras de un artículo de entonces del más reconocido diario del capital financiero mundial (*Financial Times*).

La negación del capital

De hecho, algunas de tales “medidas desesperadas” fueron ensayadas ya en el pasado reciente. El capitalismo yanqui, por ejemplo apeló a la emisión monetaria y al endeudamiento en proporciones homéricas y a la semiestatización de hecho de algunas corporaciones para evitar el hundimiento del capital financiero (bancario e industrial) en estado liso y llano de colapso. De tal manera que en la primer potencia del mundo hemos asistido a una suerte de negación del capital privado como recurso último para salvar al capital privado: las más grandes corporaciones emblemáticas del capitalismo norteamericano, si consideramos a las automotrices por un lado y a los bancos más poderosos del otro, sólo se mantuvieron en pie por la vía de subsidios y transferencias de fondos extraordinarios por parte del gobierno, a costa, por supuesto, de la finanza pública, es decir, de una exacción a la población trabajadora y de una hipoteca descomunal sobre su futuro. En estas condiciones, EEUU exhibe ahora los registros propios de una economía que los manuales convencionales adscribirían a países periféricos: una deuda descontrolada, un intervencionismo oficial desbordado, un déficit público enorme. El resultado negativo de las cuentas públicas es hoy equivalente al 9% del Producto Bruto Interno y se ha duplicado en los últimos tres años. La deuda pública equivale al 100% de ese mismo PBI y subió 50% en los últimos 4 años.

Estamos en presencia de una suerte de “capitalismo de estado” según admitiera uno de los órganos históricos del “neoliberalismo”, al cual se ha debido apelar para tratar de contener el colapso general. Lo más importante, sin embargo, es que, a pesar del carác-

ter excepcional de todas las disposiciones adoptadas para intentar poner un límite a la caída, los resultados han sido completamente precarios. A comienzos de 2013, la inversión en activos fijos de largo plazo es la más baja en los últimos ochenta años, el desempleo supera la tasa del 11%, los trabajadores en la industria manufacturera son el 30% menos que en el 2007. Lo que se ha producido es una acentuación enorme de la superexplotación del trabajo y, por lo tanto, un incremento de la plusvalía absoluta que denota el carácter parasitario de todo el proceso. Más importante todavía: los desequilibrios económicos y sociales han alcanzado un extremo desconocido en la historia. Entre 1979 y 2007 el 1% de la población cuadruplicó sus ingresos; el 25% de la base de la pirámide subió apenas 40%. Los analistas hablan de “dos sociedades” al referirse a esta polarización. En el pasado el término “Belindia” se utilizaba para caracterizar economías como las de Brasil cuyo desarrollo desigual combinaba en un solo territorio la realidad de una pequeña Bélgica desarrollada y de una inmensa India atrasada. Estados Unidos es ahora Belindia: casi 50 millones de norteamericanos comen con “cupones” de alimentación que distribuye el gobierno.

Es el “capitalismo de estado” de un capitalismo en descomposición, de una “economía vudú”, según la expresión del economista Joseph Stiglitz: los bancos quebrados han pasado parte de sus activos incobrables al Estado, que ha emitido títulos que compran esos mismos bancos... para financiar una deuda pública que se encuentra en el límite del default. De forma tal que el capital financiero se rescata a costa de una finanza pública que es “rescatada” con la compra de su deuda por los bancos en situación de bancarrota. Se trata de una bomba de tiempo condenada a estallar. Y estamos hablando de la mayor economía capitalista de todos los tiempos.

No por casualidad la cuestión del “precipicio fiscal” domina en forma recurrente el debate económico en Estados Unidos cuando el Congreso estadounidense debe aprobar anualmente los límites de la deuda pública. Un ala del imperialismo niega que deuda y déficit presupuestario constituyan un problema serio; no es una novedad y en su momento, en el pasado, pudo ser superado, como afirmó Paul Krugman en numerosos artículos recientes y no tan recientes. El economista aludió, como ejemplo, a lo sucedido en la mitad del siglo pasado cuando, luego del New Deal y de las exigencias de la economía de guerra, las finanzas públicas pudieron licuar su enorme pasivo. Pero entonces Estados Unidos había quedado en una posición extraordinariamente dominante en el mercado mundial y ahora lo que está presente es la enorme erosión de esa posición en la economía global. La brutal preponderancia de los yanquis en el universo capitalista permitió en la posguerra compatibilizar durante un cierto tiempo la conversión de la moneda norteamericana en dinero mundial (Bretton Woods, abandono del patrón oro), planteando una contradicción que nunca dejó de manifestarse críticamente en el período subsiguiente.

Sucede que la inundación de dólares que fluyó al planeta entero implicaba una devaluación potencial o un vaciamiento de las reservas yanquis en oro que perturbaría, temprano o tarde, todo el equilibrio del comercio mundial y las propias posiciones conquistadas en ese mercado por la burguesía norteamericana. Es precisamente lo que estalló con la declaración de la inconvertibilidad del dólar, cuatro décadas atrás, en el comienzo de los años setenta, y que numerosos especialistas toman como referencia de la larguísima inestabilidad y decadencia de la economía capitalista como un todo, que se arrastra desde entonces como tendencia secular y que remata en la hecatombe presente.

Ahora mismo, la resolución del “precipicio fiscal”, que supondría un aumento de las tasas de interés y un “ajuste” recesivo, implicaría también una revaluación del dólar que

debilitaría las posiciones de la industria americana en el mercado mundial, afectando su "competitividad". A diferencia de la situación de la posguerra, la posición acreedora de EEUU se ha transformado en su opuesto, con una gigantesca deuda con el resto del mundo, que requeriría ser licuada por una devaluación, no por una revaluación. El equilibrio interno de la economía yanqui ha entrado en violenta contradicción con las necesidades de su devaluado papel como gendarme mundial. Dos años atrás, la irrupción de una "guerra monetaria" puso de relieve lo que sería el punto culminante de la actual crisis con un eventual desplazamiento del mercado mundial en un juego de maniobras explosivas del capital especulativo, en el marco de "devaluaciones competitivas" y de agravamiento al extremo de las rivalidades de las diversas economías capitalistas.

UE...

En este contexto es que toma su verdadera dimensión la liquidación definitiva de ese cadáver político y económico que se llama Unión Europea (UE), el eslabón más débil en la cadena de la actual crisis mundial. ¿Por qué? Porque a lo largo de todo el siglo XX Europa fue rescatada del pozo por la potencia económica de los Estados Unidos, que en el siglo que pasó asumió el liderazgo del capitalismo mundial, desplazando al viejo y decadente imperio inglés. La política, se ha dicho siempre, es "economía concentrada", y por eso mismo es en la dimensión política propiamente dicha en donde importa registrar el alcance de la actual desintegración de la Unión Europea. En definitiva, la Unión fue siempre un intento de construcción política para enfrentar las tendencias a la revolución social. En su punto de partida, para encarar la reconstrucción del viejo continente, devastado por la guerra y por la amenaza disolvente de resurgimiento de un vigoroso movimiento obrero que amenazara la imprescindible reconstrucción capitalista. Más tarde, para encuadrar las disputas en un cuadro de colaboración que conciliara los intereses contradictorios de las potencias capitalistas y las amenazas de un resurgimiento revolucionario en el período marcado por la huelga general francesa, la primavera de Praga, la derrota del imperialismo en Vietnam y la revolución portuguesa, entre finales de los años sesenta y comienzos de los setenta. Finalmente, la UE se articuló como instrumento de colonización del Este europeo y de salida a un impasse más general del capital continental, sumido en lo que se conoció como "euroesclerosis" y, por sobre todas las cosas, como mecanismo para financiar la unificación capitalista de Alemania, evitando una devaluación del marco y una eventual inflación explosiva. Este fue el propósito de la "convertibilidad" de las monedas europeas, que confluyeron posteriormente en el "euro", a partir de los años noventa del siglo pasado. La Unión Europea nunca constituyó una superación de las fronteras nacionales sino más bien una entente contradictoria de rescate de los estados nacionales que concluye ahora en un completo desplazamiento que establece una reversión del proceso abierto con la desintegración de Europa Oriental y la antigua URSS.

La desintegración de la Unión Europea, cuyo desarrollo tiene manifestaciones innegables en el campo monetario, financiero y político, plantea la alternativa de su disolución o, dialécticamente, su conversión en un régimen de protectorados bajo la dirección de una potencia dominante o bajo la asociación desigual de un par de ellas. La primera alternativa desencadenará situaciones revolucionarias y revoluciones sociales; la segunda solamente podrá imponerse en el caso de una derrota histórica del proletariado por parte del capital mundial. Este recorrido contradictorio de la etapa en curso implicará crisis políticas e internacionales enormes, y por otro lado una tendencia imparable de luchas y sublevaciones populares. De esta manera queda planteado un contrapunto his-

tórico con la etapa iniciada por disolución de la Unión Soviética y la restauración (transicional) del capitalismo en China. La bancarrota capitalista mundial es la categoría central del desarrollo histórico presente.

La más reciente tentativa de doblegar al gobierno alemán para que habilitara un salvataje del Banco Central Europeo para evitar la cesación de pagos de las economías más afectadas por la bancarrota, terminó sobre el final de 2012 en un impasse. Esto luego de que se celebrara la supuesta derrota de la teutona Merkel al respecto, la “condicionalidad” de los eventuales rescates del BCE a nuevos planes de ajuste, a un cronograma indefinido y a supervisiones extranacionales dejó todo como estaba. La parálisis revela contradicciones insuperables: la propia burguesía alemana se divide en torno a la cuestión del rescate europeo. El empantanamiento se revela en un reciente estudio que estableció que la bancarrota griega le costaría al capital financiero alemán unos 82.000 millones de euros si Grecia se retira de la eurozona y más todavía –casi 90.000 millones– si Grecia...se mantiene como miembro de la misma.

Esto último explica por qué una parte del capital financiero alemán apuesta a una ruptura de la eurozona e, *in extremis*, al retorno del propio marco. Su revaluación tendría como contrapartida una desvalorización de las viejas deudas en euros. Por la misma razón otra parte de la burguesía estima que esa misma revaluación de la moneda alemana (o del euro en caso de un retorno a las monedas nacionales en la periferia de la UE) hundiría las exportaciones alemanas, el motor del crecimiento económico en el último período, al mismo tiempo que hundiría toda la precaria estructura del comercio mundial. En el ínterin, la depresión económica en el continente ha alcanzado a la economía de Alemania tanto porque los acreedores de la quiebra financiera continental han visto afectados ya la cotización de sus propios activos como por el hecho de que la locomotora de las exportaciones tiende a estancarse. De conjunto los organismos oficiales de la UE han hecho público que se ha acentuado el estancamiento económico de la “eurozona” como un todo. El derrumbe industrial es calamitoso. El próximo episodio será el derrumbe de la zona euro, eventualmente detonado por la largamente postergada declaración del default griego, en una fila en la cual sigue inmediatamente España.

El cuento chino

El proceso de disolución de la UE deja planteado una vez más el interrogante-problema que en este mismo artículo ha sido señalado más arriba: el de la emergencia de un nuevo ciclo capitalista que reposaría en el liderazgo de China. Ya señalamos que la ilusión de una transición pacífica en este sentido debía ser descartada y que en el pasado el pasaje de la hegemonía de una potencia a otra fue inseparable de episodios catastróficos, crisis, guerras y revoluciones. Pero esto nos mantiene aún en un nivel de análisis muy general. En un plano más concreto las analogías históricas deben aún ser precisadas. En primer lugar, EE.UU. desplazó a Inglaterra cuando había alcanzado el status de una potencia industrial única, habiendo coronado su desarrollo capitalista “sui generis”, es decir, que pudo sortear, dada su historia particular, el parto de la llamada “acumulación primitiva” por medio del cual el capitalismo original de carne y hueso, el europeo, tuvo que abrirse paso frente a la herencia consagrada de la vieja sociedad en un larguísimo medioevo. La peculiaridad del desarrollo yanqui, luego de la guerra civil en la segunda mitad del siglo XIX, que algunos historiadores consideran el punto final de tres siglos de revolución burguesa, dio lugar a una colonización capitalista del inmenso territorio norteamericano “a la americana”; sin el fardo de lidiar con una aristocracia terratenien-

te y que fue la base de un poderoso desarrollo del mercado interno.

La posición de China es sustancialmente distinta y el contexto histórico del capital absolutamente diferente. El 70% de la "industria china" es un gigantesco enclave de exportación en manos de propietarios extranjeros. Este desarrollo, a diferencia del que correspondió al capitalismo americano, que se basó en salarios altos que estimularon un aumento de la productividad del trabajo (plusvalía relativa del capital), tuvo como fundamento una superexplotación descomunal del nuevo proletariado y el trabajo semiesclavo en masa, un recurso que tiende a agotarse como consecuencia del propio crecimiento y resistencia de la nueva clase obrera. En contrapartida el fenomenal "ahorro" de los chinos fue centralizado por la burocracia en un desarrollo anárquico de infraestructura (carreteras, aeropuertos, obra pública) y una expansión inmobiliaria que ha creado una "burbuja" semejante a la que reventó en 2007-2008 en los países capitalistas desarrollados. En los manuales convencionales de economía se muestra cómo países atrasados pueden eventualmente tener un crecimiento exponencial de su economía cuando parten de un primitivismo productivo propio del pre capitalismo, hasta alcanzar lo que denominan la "trampa del ingreso medio" que normalmente identifican con el registro de un promedio de 5000-7000 dólares por habitante (como máximo un 20% del que se contabiliza en los países capitalistas desarrollados). China se encuentra actualmente en ese mismo umbral. Los informes de los analistas económicos ilustran ahora el horizonte de desaceleración "estructural" que evidencia la economía China.

Mientras el capitalismo en su origen y el imperialismo en su "fase superior" se constituyeron estrujando las posibilidades de un mercado mundial precapitalista, el "capitalismo" chino se encuentra frente a un planeta dominado por el capital que ha cumplido lo que Marx llamaba su "misión histórica"; que no era otra cosa que la constitución de ese mercado mundial capitalista. Estados Unidos se transformó en imperialista a partir de una posición deudora y desfalcando a su vieja potencia colonial. China acumula acreencias parasitarias que se acercan ahora a la friolera de cuatro trillones de dólares que no puede transformar en capital actuante y cuyo vuelco al mercado hundiría a la moneda y a la economía norteamericana y mundial como un todo.

En lugar de cohesionar al régimen político único al que ha dado lugar el proceso histórico que siguió a la revolución, las tasas "chinas" del portentoso crecimiento de su economía lo han llevado a una situación explosiva. Un nota en el *Wall Street Journal* de mediados de este año revelaba la precariedad en que reposaba la arquitectura política china al contabilizar los miles de millones de dólares que la cúpula dirigente acumulaba en el exterior, lo que con toda razón interpretaba como un índice de la "desconfianza" en su propio futuro que sólo podría remediarse con su pasaje a la condición de "propietarios" privados, que no habían alcanzado. Este "pasaje" no es otra cosa que una promesa de completa desintegración: en el caso de la Unión Soviética dio lugar a una destrucción de fuerzas productivas comparable al de una guerra y a una atomización de la administración gubernamental y a una pugna de camarillas y mafias que sólo encontró una precaria estabilización luego de varios años mediante la entronización de un Bonaparte que hizo escuela en la vieja KGB.

Mientras los expertos especulan sobre el futuro, eluden elaborar los materiales del pasado reciente y no tan reciente sobre el largo proceso de degeneración de las principales revoluciones del siglo XX. Los antagonismos sociales que explotan en la China supuestamente llamada a tomar una revancha histórica (fue la civilización más desarrollada hasta el medioevo) para inaugurar una nueva era capitalista son simplemente descomunales. Un reciente informe sobre el punto ponía de relieve que deben contabilizar-

se en centenares los conflictos, movilizaciones y huelgas que recorren la extensa geografía china... por día (sí, centenares por día). Redundemos: la explosión política y social latente en China es una categoría central de la bancarrota mundial, que es la categoría central de la crisis histórica presente.

Economía y política...mundo

En esta Gran Depresión, el elemento más novedoso está determinado por el hecho de que las crisis políticas se han transformado en un factor determinante de la crisis mundial. Las estructuras de poder enfrentan una creciente inadecuación frente a la insurgencia de las masas y las divisiones de la propia burguesía. La crisis ha dado paso a una dislocación de las formas de dominación del capital en el plano nacional e internacional. Esto se expresa en el derrumbe serial de los más diversos regímenes políticos, que tiene su epicentro en el sur del continente europeo y en la rebelión generalizada que domina la situación en los países árabes y que se extiende a diversas latitudes (un tema que excluimos del análisis en este texto). A modo de conclusión provisoria vale la pena reiterar la conclusión de un texto que publicáramos en la revista *En defensa del Marxismo*, con base en documentos surgidos de una rica deliberación del mayor agrupamiento de la izquierda argentina:

La crisis política mundial no es la suma de las crisis nacionales, que podrían resolverse en cómodas cuotas, mediante un lento y pacífico proceso de soluciones sectoriales. Con todas sus diferencias y especificidades, ella expresa la crisis capitalista mundial, una crisis sistémica, social, política. La salida a la crisis de la humanidad depende del síndico que preside la quiebra del capitalismo. Si el síndico de la quiebra son los gobiernos del capital, el desenlace lo pagarán los trabajadores, mientras los explotadores se arrancarán los ojos por los despojos, por medio de agresiones políticas y de guerras. El síndico de la quiebra tienen que ser los trabajadores, en cuyo caso se procederá a la confiscación de los grandes acreedores y de los accionistas, y los trabajadores ganarán en trabajo libre y bienestar. La puesta en marcha de la quiebra capitalista ya desató una cadena de explosión de contradicciones y crisis nacionales, crisis sociales y políticas...A cinco años de iniciada la bancarrota capitalista mundial, el desafío de desarrollar una estrategia de poder independiente de las masas frente al derrumbe capitalista está más vigente que nunca.

Eso es.

El joven Engels y el comienzo del materialismo histórico

Santiago M. Roggerone
IIGG-FSOC-UBA/ CONICET
santiagoroggerone@gmail.com

Resumen

El objetivo del presente artículo consiste en dar cuenta de la trayectoria intelectual del joven Friedrich Engels. En un primer momento se ubica al pensador oriundo de Barmen-Elberfeld en las coordenadas del movimiento de los jóvenes hegelianos para, a continuación, examinar los textos sobre Schelling de 1841-1842 y, finalmente, analizar los trabajos escritos durante 1843-1845 en donde la concepción materialista de la historia encontró su primera condición de posibilidad.

*¡El día de la gran decisión, de la
batalla de los pueblos, se acerca, y la
victoria, pese a todo, será nuestra!*

Friedrich Engels

En uno de sus tantos escritos, el filósofo esloveno Slavoj Žižek ha señalado que “una de las más arteras trampas que acechan a los marxistas es la búsqueda del momento de la Caída, cuando las cosas se torcieron en la historia del marxismo” (2010: 5). En el marco de esta peculiar *búsqueda*, la figura de Friedrich Engels ha sabido ser objeto de severos cuestionamientos. Identificado como mecanicista, positivista, adialéctico o anti-humanista, a Engels — particularmente a aquel Engels que suele vilipendiarse como un *viejo* Engels — se lo ha acusado de ser el artífice del revisionismo socialdemócrata y hasta el principal culpable de que los procesos revolucionarios que durante el siglo XX parieron los primeros estados obreros de la historia terminaran degenerándose burocráticamente;¹ las infamias y las calumnias han ido tan lejos que, como comenta Tristram Hunt en su estudio biográfico sobre el autor del *Anti-Dühring*, a Engels ha llegado a endilgársele “la responsabilidad de los terribles excesos del marxismo-leninismo” que tuvieron lugar en la URSS, China y el Sudeste Asiático (2011: 15). Es en este sentido que cabría al menos, como bien propuso E. P. Thompson en *Miseria de la teoría*, negarse resueltamente a “aceptar los alegatos que siempre encuentran inocentes a Marx y a Lenin y dejan a Engels solo en el banquillo de los acusados” (citado en Hunt, 2011: 16).

Como sugiere Žižek, el tipo de críticas de las que Engels suele ser objeto debe rechazarse resueltamente:

... aquí no hay oposición, la Caída ha de inscribirse en los mismos orígenes [...] Lo que esto quiere decir es que, aun si —o, mejor, especialmente si— uno somete el pasado marxista a una crítica implacable, primero tiene que reconocerlo como “propio de uno”, asumiendo la plena responsabilidad por él, no desentenderse cómodamente del “mal” giro de las cosas atribuyéndolo a un intruso externo (2010: 6).

Al tanto de esto, una *redención* de la figura de Engels debería al menos enfatizar que si bien es cierto que los esfuerzos intelectuales de sus últimos años estuvieron dirigidos a sistematizar y divulgar al marxismo como un sistema teórico capaz de explicar de una vez y para siempre la historia, la naturaleza, la economía y la política, fue sobre todo a través de la acuñación filosófica del término *materialismo dialéctico* promovida a instancias de Georgi Plejánov —acuñación filosófica, vale recordar, a la que hasta el propio Lenin se mantuvo fiel— que dichos esfuerzos intelectuales se metamorfosearon en un dogma estéril. No es necesario explayarse sobre el hecho de que bajo la égida del estalinismo, este dogma estéril “transformó los matices y las complejidades de la filosofía marxista en una rígida ortodoxia que infectaba a casi todos los elementos de la vida cultural, científica, política y privada de Rusia” (Hunt, 2011: 359) y que gracias entre otras cosas a la acción de la Komintern, lo propio sucedería en la China de Mao, la Camboya de Pol Pot, etc.

Pero, a decir verdad, tal vez esta *redención* no sea suficiente. Lo que quizás sería necesario, entonces, consistiría en atender a lo que un poco brutalmente podría conceptualizarse como *la otra cara* de Engels —es decir, aquella otra faceta del pensador oriundo de Barmen-Elberfeld que fue responsable de que el materialismo histórico adquiriera su primera fisonomía. En el presente artículo se pretende atender a la obra de juventud de

Engels que suele pasar desapercibida y hasta ser obliterada por textos tardíos como *Dialéctica de la naturaleza*. Lo que se espera con esto es echar algo de luz a aquello sobre lo que Marx llamó la atención en más de una ocasión (considérese, por ejemplo, lo vertido en el prefacio a su *Contribución a la crítica de la economía política*): el decisivo papel que Engels jugó en el contexto del surgimiento de la concepción materialista de la historia.²

La convicción que acompaña a lo que sigue es que la etapa intelectual temprana de una figura como la de Engels puede y debe ser abordada en todo su esplendor sin adherir a algo así como a la tesis de una ruptura epistemológica que “divide el pensamiento de Marx en dos grandes períodos esenciales: el período todavía ideológico, anterior a la ruptura de 1845, y el período ‘científico’ posterior a la ruptura de 1845” (Althusser, 2004: 25); asimismo, puede y debe ser abordada sorteando los inconvenientes asociados con las lecturas que resisten todo tipo de “delimitación temática” (Löwith, 2007: 78).³ En lo fundamental, lo que sigue constituye un intento por recorrer el itinerario intelectual de Engels que va de 1841 a 1845, evitando los problemas que se hallan supuestos en las tesis que postulan que en su período de juventud se encuentra ya *todo Engels* o que sostienen que la fase del pensamiento temprano del revolucionario alemán es inmadura y por tanto ideológica, acientífica, etc. Al igual que la de Marx, lo que la obra de Friedrich Engels reclama de la actualidad es ser afrontada en sus propios términos, es decir, ser leída en su propia letra. En pocas palabras, si una tarea ha de imponérsele al lector contemporáneo de los textos clásicos del marxismo, ella es la de recorrerlos prestando exclusiva atención a lo que los mismos dicen, intentando desligarse de todo aquello que otros —necesariamente— sólo pudieron decir *después*.

Un movimiento de la derrota

Hacia 1841, Engels se encuentra en Berlín, donde cumple con su servicio militar. No obstante, pasa más tiempo en las aulas universitarias —donde tiene como compañeros a Jacob Burckhardt, Søren Kierkegaard y Mikhail Bakunin— que en las barracas militares. Por entonces, comienza a trabar relación con el círculo de los jóvenes hegelianos y tiene, como lecturas de cabecera, *La vida de Jesús*, de David F. Strauss y *La esencia del cristianismo*, de Ludwig A. Feuerbach.

Esto último reviste central importancia, puesto que si del joven Engels se trata, lo que ante todo es menester señalar es su condición de joven hegeliano. Tras la muerte del maestro en 1831, la escuela hegeliana se dividió en un ala derecha —cuyos representantes más destacados eran Eduard Gans, Karl F. Göschel, Johann P. Gabler, Karl L. Michelet, Johann K. F. Rosenkraz y Johann E. Edrmann— y un ala izquierda —entre la que se encontraban August von Cieszkowski, Karl Köppen, Bruno Bauer, Edgar Bauer, Max Stirner y Arnold Ruge— conocida como *Die Freien* o *Der Doktorklub*. Ambas tendencias cerraron filas a la hora de desmembrar el célebre lema de Hegel “lo que es racional es real, y lo que es real es racional” (2004: 18) para así, con ello, poder tomar caminos opuestos en lo que concernía a la interpretación de la religión, la historia o la política. Si los viejos hegelianos se preocuparon por conservar “el modo de pensar histórico de Hegel, según maneras en cada caso particulares y sin atenerse al sentido literal” (Löwith, 2008: 81), los jóvenes hegelianos —que eran tanto “una escuela filosófica, como un partido político y [...] una bohemia periodística” (Renault, 2009: 34)— se caracterizaron por dividir en provincias el reino del maestro, destruir su sistema y llevarlo “al plano de la eficacia histórica”; los últimos eran, fundamentalmente, “hombres de cultu-

ra descarriada' y existencias fracasadas" que traducían "sus doctos conocimientos en estilo periodístico", cuyos escritos constituían "manifiestos, programas y tesis, y no un todo en sí mismo pleno de contenido" (Löwith, 2008: 96- 98).

La figura central del joven-hegelianismo fue la de Feuerbach, pues con y contra ella tuvieron lugar diversas rupturas y reagrupamientos al interior del movimiento. Como señalara Marx por aquel entonces, Feuerbach era "el Arroyo de Fuego" (1982a: 148) del idealismo alemán que necesariamente había que cruzar. A entender del propio Engels, quien a la distancia de 1888 se prestaba a "saldar una deuda de honor", el pensador de Bruckberg era quien había ejercido influencia sobre él y Marx "más que ningún otro filósofo poshegeliano". El problema es que en lo fundamental, Feuerbach, quien "estaba cien codos por encima" de todos los demás, no había conseguido romper con Hegel. En efecto, su materialismo antropológico era sumamente abstracto, tosco; su doctrina del amor continuaba colando el idealismo por la ventana. Era como si "el retiro del campo" (2006: 8, 26), al que Feuerbach se había conminado tras ser marginado de la vida universitaria, lo privara de advertir la "base filosófica" que él mismo había "dado al socialismo" (Marx, 1969: 20).⁴ Como señala Engels, el final de Feuerbach —y por tanto el de la filosofía clásica alemana— tendría lugar en 1848, con la irrupción política de las masas y el movimiento obrero. Feuerbach no lograría comprender el significado de ese año; para él, las revoluciones de 1848 no representarían más que la "ruptura definitiva con el mundo real, el retiro a la soledad". El paso que el filósofo de Bruckberg no pudo dar, "sustituir el culto del hombre abstracto [...] por la ciencia del hombre real y de su desenvolvimiento histórico" (2006: 36) sería dado por Marx y Engels en *La sagrada familia* y en *La ideología alemana*.

Como es sabido, la derrota que seguiría a las revoluciones de 1848 signó el destino de la trayectoria político-intelectual ulterior de Marx y Engels. Ahora bien, la derrota fue una circunstancia por la que desde el vamos los jóvenes hegelianos estuvieron determinados. En términos generales, podría incluso decirse que el joven-hegelianismo constituyó en sí *un movimiento de la derrota*. Una mirada retrospectiva al itinerario de B. Bauer o Stirner, marca vívidamente la pauta de ello.⁵ En *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, Engels se refirió a esta cuestión:

Strauss, Bauer, Feuerbach, eran todos, en la medida que se mantenían dentro del terreno filosófico, retoños de la filosofía hegeliana. Después de su Vida de Jesús y de su Dogmática, Strauss sólo cultivaba ya una especie de amena literatura filosófica e histórico-eclesiástica, a lo Renán; Bauer sólo aportó algo en el campo de la historia de los orígenes del cristianismo, pero en este terreno sus investigaciones tienen poca importancia; Stirner siguió siendo una curiosidad, aun después que Bakunin lo amalgamó con Proudhon y bautizó este acoplamiento con el nombre de "anarquismo". Feuerbach era el único que tenía importancia como filósofo. Pero la filosofía, esa supuesta ciencia de las ciencias que parece flotar sobre todas las demás ciencias específicas y las resume y sintetiza, no sólo siguió siendo para él un límite infranqueable, algo sagrado e intangible, sino que, además, como filósofo, Feuerbach se quedó a mitad de camino, por abajo era materialista y por arriba idealista, no liquidó críticamente a Hegel, sino que se limitó a echarlo a un lado como inservible, mientras que, frente a la riqueza enciclopédica del sistema hegeliano, no supo aportar nada positivo, más que una ampulosa religión del amor y una moral pobre e impotente (2006: 37).

El mayor mérito de Marx y Engels consiste tal vez en haber sabido *hacer algo* con la derrota que, en tanto jóvenes hegelianos, portaban en sus genes. Tras la clausura de la *Rheinische Zeitung*, Marx, "harto de la hipocresía, de la estupidez, de la autoridad brutal", —en suma, de las "disputas con palabras", de "falsea[rse] a sí mismo" (citado en: Bensaïd, 2011: 11-12)—, se dispuso a emprender el arduo camino del exilio. Por enton-

ces, se encontraba alejándose del liberalismo y entregándose de lleno a lo que Miguel Abensour, siguiendo a John G. A. Pocock, ha definido como un “*momento maquiaveliano*” (1998: 18) —es decir, como un momento marcado a fuego por *lo político*.⁶ En este contexto, empezando a dar forma al proyecto de los *Deutsch-Französische Jahrbücher*, en carta a Ruge, planteaba:

Estoy viajando por Holanda. Por lo que leo en los periódicos del país y en los franceses, veo que Alemania está y seguirá estando cada vez más hundida en el bochorno. Le aseguro a usted que, si disto mucho de sentir ningún orgullo nacional, siento, sin embargo, la vergüenza nacional, incluso en Holanda. Hasta el más pequeño holandés, comparado con el más grande de los alemanes, es un ciudadano de su Estado. ¡Y no hablemos de los juicios extranjeros acerca del gobierno prusiano! Reina una aterradora coincidencia y nadie se engaña ya acerca del sistema y de su naturaleza tan simple. De algo ha servido, pues, la nueva escuela. Ha caído el ostentoso manto del liberalismo y el más odioso de los despotismos se ha desnudado ante los ojos del mundo.

Es también una revelación, aunque invertida. Es una verdad que, por lo menos, no enseña a conocer la vaciedad de nuestro patriotismo y el carácter antinatural de nuestro Estado y a encubrir nuestro rostro. Me mirará usted sonriendo, y me preguntará: ¿Y qué salimos ganando con ello? Con la vergüenza solamente no se hace ninguna revolución. A lo que respondo: La vergüenza es ya una revolución; fue realmente el triunfo de la revolución francesa sobre el patriotismo alemán, lo que la derrotó en 1813. La vergüenza es una especie de cólera replegada sobre sí misma. Y si realmente se avergonzara una nación entera, sería como el león que se dispone a dar el salto (Marx, 1982b: 441).

Lo que se deja entrever aquí es que, en un momento clave de su biografía, Marx advirtió que lo necesario era agazaparse; la vergüenza que le producía su condición de alemán, la humillación a la que lo habían empujado los censores prusianos, debía replegarse internamente en una ira revolucionaria que posibilitara el salto al vacío. Como ha señalado recientemente Bruno Bosteels, “la vergüenza es la rabia de la derrota puesta al servicio de una nueva lucidez filosófica” (2013: 74). Ciertamente, esta constatación a propósito del carácter revolucionario que posee la vergüenza que sigue a toda derrota, acompañaría a Marx durante toda su vida e incluso signaría el destino del marxismo. Efectivamente, si por algo se ha caracterizado ese *pensamiento de la crisis* que es el marxismo,⁷ es por haber desarrollado un *saber de la derrota*; cómo persistir en la adversidad, cómo sobreponerse a la debacle, cómo sacar las lecciones que posibiliten el fortalecimiento, han sido habilidades teórico-prácticas, filosófico-políticas, que el marxismo ha elaborado con tenacidad desde los tiempos en que Marx supiera distinguir las revoluciones burguesas —que van *de éxito en éxito*— de las proletarias —cuyo axioma es el de *Hic Rhodus, hic salta!*⁸

La mirada sobre Engels que suele prevalecer parecería tender a desligar a éste de dicho *saber de la derrota* que constituye el núcleo secreto del marxismo. Mediante la consideración de dos de los textos tempranos del joven Engeles —uno de 1841, el otro de 1842—, a continuación se pondrá a prueba este desligamiento. En lo fundamental, se trata de dos trabajos periodísticos que fueron escritos en el contexto de la primera derrota que a Engels se le infligiría durante su vida: la coacción exitosa por parte de sus padres para que se convierta en un hombre de negocios.

Schelling

Hacia fines de 1842, Engels se encuentra a punto de trasladarse a Manchester, donde completaría su formación comercial en la sucursal inglesa de la empresa familiar. Antes de arribar a la megalópolis industrial británica, pasa por Colonia, donde Moses Hess lo convierte al comunismo y, asimismo, tiene lugar un frío encuentro con el Dr. Marx,

quien por entonces desde las páginas de la *Rheinische Zeitung* mantenía una férrea disputa con la censura prusiana.

Del período previo a la llegada a Inglaterra, se destacan dos escritos sobre Friedrich W. J. von Schelling —uno aparecido en el *Telegraph für Deutschland*, el otro publicado en forma de folleto en Leipzig—, a cuyas clases en la Universidad de Berlín Engels había asistido en calidad de oyente en 1841. Por entonces, para Engels era claro que “la palestra en la que se pelea[ba] por la hegemonía sobre la opinión pública de Alemania en materia de política y religión”, no era otra que “la Universidad [...], concretamente, el auditorio número 6, donde Schelling sustenta[ba] su curso sobre la Filosofía de la Revelación” (1982a: 41).

Como si se tratara de un “san Jorge que venía a abatir al dragón del hegelianismo”, Schelling llegó a Berlín en 1841 a llevar a cabo lo que Gans, Michelet y Rosenkraz —por más fieles que fueran a las autoridades prusianas— no estaban en condiciones de lograr —esto es, poner “su sistema a la disposición del rey de Prusia” (Engels, 1982b: 49, 54). El artífice del arribo del filósofo de Württemberg no fue otro que Friedrich Wilhelm IV, quien estaba totalmente dispuesto a erradicar el legado de una filosofía que en manos de jóvenes radicales como Engels se estaba tornando cada vez más peligrosa.

En este contexto, Engels se encontraría con un pensador preocupado exclusivamente por “desmontar la filosofía hegeliana insistiendo en el poder directo de lo divino en la historia” (Hunt, 2011: 54). El combate que le tocaba presenciar era sumamente peculiar:

Dos viejos amigos de los años mozos, compañeros de cuarto en la Fundación de Tubinga, vuelven a encontrarse al cabo de cuarenta años, pero como enemigos; uno de ellos muerto desde hace diez años, pero más vivo que nunca en sus discípulos; el otro, según dicen éstos, espiritualmente muerto desde hace tres decenios, pero que aparece de pronto reivindicando para sí solo la vida, una vida llena de vigor y vigencia (Engels, 1982a: 41).

Como señala Löwith, Schelling “propugnaba la diferenciación entre una filosofía ‘positiva’ y otra ‘negativa’, pero no volviendo a Kant, sino sobrepasando a Hegel”. El gran filósofo alemán se había deshecho de lo empírico y contingente y lo había sustituido por el concepto lógico, “al que hipostasió del modo más extraño, atribuyéndole un movimiento que no tiene”. En otras palabras, encerrada en el plano de la negatividad, la filosofía hegeliana era incapaz de concebir “aquello *por lo cual* algo es, o sea, el ente verdaderamente positivo, que contiene en sí mismo a lo negativo” (2008: 158-160). El desacierto de Hegel había sido el de convertir las relaciones lógicas en relaciones reales; la tesis sobre la racionalidad de lo real y la realidad de lo racional era una completa farsa, pues lo racional sólo era posible en determinadas circunstancias y lo real sólo a veces podía ser racional. A propósito, Engels señalaba:

Hasta ahora, toda filosofía se ha propuesto como tarea el comprender el mundo como algo racional. Y claro está que lo que es racional también es necesario, así como lo necesario tiene que ser real o, por lo menos, llegar a serlo. Tal es el puente por el que se llega a los grandes resultados prácticos de la moderna filosofía. Y, como Schelling no reconoce estos resultados, es consecuente, al negar también el carácter racional del mundo. Sin embargo, no se ha atrevido a proclamarlo sin rodeos, sino que ha preferido negar el carácter racional de la filosofía. De este modo, se desliza entre la razón y la sinrazón por el camino más sinuoso posible, llama a lo racional lo inteligible a priori, a lo irracional lo inteligible a posteriori y atribuye lo primero a la “ciencia pura de la razón o filosofía negativa” y lo segundo a la “filosofía positiva”, que se trata de fundamentar como algo nuevo (Engels, 1982b: 55).

Ciertamente, el diagnóstico de Schelling a propósito de la ausencia de “referencia a la existencia real y a la intuición” (Löwith, 2008: 162) que se hacía presente en la ontología

de Hegel, era compartido por los jóvenes hegelianos. Al igual que Schelling, el ala izquierda de los herederos de Hegel quería dar a luz a una filosofía positiva —en este sentido, resulta más que evidente que el filósofo predilecto de Friedrich Wilhelm IV “ayudó a los hegelianos a ver claro acerca de sí mismos” (Engels, 1982b: 51). Lo que diferenciaba a Strauss, Feuerbach y los demás de Schelling, era la tenaz convicción de que dicha filosofía positiva sólo podía ser engendrada bajo la luz del sistema hegeliano. En este marco, lo que se propuso Engels, en tanto joven radical, consistió en sacar “las consecuencias que Schelling silencia[ba]” para así “salir en defensa del gran muerto” (1982a: 44).

Ante Schelling, “la ‘banda hegeliana’” no tenía por qué ocultar que no podía ni quería “considerar ya al cristianismo como su frontera”; “los principios fundamentales del cristianismo”, se habían “venido a tierra ante la inexorable crítica de la razón”. Schelling tergiversaba “de un modo [...] vacuo el principio de la dialéctica hegeliana” y abogaba por que la filosofía se asimilara al cristianismo. Si en vez de machacar con su filosofía positiva hubiera “aportado una refutación de la *Vida de Jesús* de Strauss, de la *Esencia del cristianismo* de Feuerbach, etc.”, Schelling “habría podido conseguir algo”. A causa de su ineptitud para ello, los jóvenes hegelianos rehusaron a “entregarse a él ‘sin condiciones’” y decidieron continuar en su atolladero filosófico. La revelación de los jóvenes hegelianos, mediante la cual se hacía palpable que “el día de la gran decisión, de la batalla de los pueblos, se acerca[ba]”, se encontraba en otra parte.

Hegel es el hombre que ha abierto una nueva era en la conciencia, poniendo fin a la anterior. Y es muy característico que este pensador se vea ahora atacado por dos flancos, en uno por su predecesor Schelling y en el otro por su más joven continuador, Feuerbach. Si éste reprocha a Hegel el que se halla todavía profundamente sumido en lo viejo, debiera pararse a pensar que la conciencia en torno a lo viejo es ya cabalmente lo nuevo, que lo viejo entra precisamente en la historia cuando se revela plenamente a la conciencia. Y así, Hegel, es, ciertamente, lo nuevo en cuanto viejo y lo viejo en cuanto nuevo. Del mismo modo que la crítica del cristianismo de Feuerbach constituye el complemento necesario de la teoría especulativa de la religión fundada por Hegel. Esta doctrina ha encontrado su punto culminante en Strauss, y el dogma se disuelve objetivamente por su propia historia en el pensamiento filosófico. Al mismo tiempo, Feuerbach reduce las determinaciones religiosas a relaciones humanas subjetivas y, con ello, no sólo no cancela los resultados a que llega Strauss, sino que, lejos de ello, los contrasta, del mismo modo que ambos llegan a la conclusión de que el secreto de la teología se esconde en la antropología (Engels, 1982b: 52, 65, 72, 89-92).

El comienzo del materialismo histórico

El funcionamiento despiadado del capitalismo que Engels pudo presenciar directamente, por primera mano, en las calles de Manchester, ofrecería un contenido sustancial para su abstracto comunismo hessiano; varios años más tarde, precisamente en relación a esto, recordaría:

En Manchester observé de manera tangible que los hechos económicos que hasta ahora no han tenido importancia, o que sólo han tenido un peso desdeñable en la historiografía, son, al menos en el mundo moderno, una fuerza histórica decisiva. Aprendí que los factores económicos eran la causa fundamental de la colisión entre las clases sociales. Y me di cuenta de que en un país altamente industrializado como Inglaterra, la colisión de las clases sociales está en la raíz misma de la rivalidad entre las partes y de que tenía una importancia crucial a la hora de rastrear el curso de la historia política moderna (citado en: Hunt, 2011: 84).

Toda la serie de contactos que Engels iría estableciendo durante su estadía en Manchester, sería decisiva. De John Watts —a quien conoció en el owenista *Hall of*

Science—, tomaría la crítica ejercida a la economía política de Adam Smith y Robert Malthus; de los artistas George Julian Harney y James Leach, la aproximación al incipiente movimiento obrero organizado; de Thomas Carlyle, la denuncia a la edad mecánica. Pero sería sobre todo de la obrera irlandesa Mary Burns de quien Engels obtendría las mayores enseñanzas; pues además de en breve convertirse en la compañera de toda una vida, ella lo guiaría a través de los tugurios de Manchester y constituiría un informante clave para efectuar el trabajo empírico que nutriría las páginas de *La situación de la clase obrera en Inglaterra*.

En lo fundamental, esta obra constituía un ejemplar trabajo etnográfico de observación participante, donde mediante una prosa lacerante se exponía sin obviar un solo detalle, la terrible situación que padecía el proletariado de la Inglaterra victoriana. Mediante un exhaustivo trabajo empírico y teórico, en *La situación de la clase obrera en Inglaterra* Engels denunciaba la explotación y los crímenes sociales que la burguesía cometía diariamente contra la clase obrera; daba cuenta de los accidentes, enfermedades, adicciones y problemas habitacionales a los que eran susceptibles los trabajadores; se refería a cuestiones urbanísticas y a los problemas de la inmigración y la prostitución. Ciertamente, se trató de un texto pionero de la concepción materialista de la historia — algo que hasta el propio Marx reconoció abiertamente en más de una ocasión —, que llegaría a constituir, de hecho, una fuente crucial para *El capital* —en este sentido, resulta asombrosa la afinidad o similitud existente entre la introducción del libro que Engels escribió contando con tan sólo veinticinco años de edad y el capítulo XXIV de la obra maestra de su amigo, que giraba en torno a la llamada acumulación originaria. No es exagerado decir entonces que si con Feuerbach la filosofía clásica alemana llegó a su fin, con Engels comenzó el materialismo histórico. Pues, en efecto, tal como el oriundo de Barmen-Elberfeld lo afirmaba en el prefacio escrito el 15 de marzo de 1845, el mayor mérito de *La situación de la clase obrera en Inglaterra* consistía en otorgar algo así como una *base real* al comunismo.

Particularmente para Alemania, la exposición de las condiciones de la clase proletaria del imperio británico —y especialmente en el momento presente— tiene gran importancia. El socialismo y el comunismo alemanes han nacido, más que de otra cosa, de hipótesis teóricas; nuestros teóricos alemanes conocían todavía muy poco del mundo real, para saber que estas condiciones reales habrían debido empujarnos directamente hacia la reforma de esta “desgraciada realidad”. Al menos, de los conocidos representantes de tales reformas, no se ha llegado al comunismo sino a través de la disolución de la especulación hegeliana, cumplida por obra de Feuerbach. Las verdaderas condiciones de vida del proletariado son tan poco conocidas entre nosotros, que aún las bien intencionadas “Sociedades por el mejoramiento de la clase trabajadora”, en las cuales nuestra burguesía maltrata la cuestión social, continuamente ponen en circulación las más ridículas y absurdas opiniones sobre las condiciones de vida de los trabajadores. Para nosotros, los alemanes, es necesario ante todo, el conocimiento de los hechos en tal cuestión. Aunque las condiciones del proletariado alemán no sean tan clásicas como las inglesas, todavía tenemos como base el mismo orden social, que podrá, en breve o a la larga, ser empujado al mismo punto culminante a que ha llegado del otro lado del Mar del Norte, a menos que, a tiempo, la prudencia de la nación tome medidas que den a todo el sistema social una nueva base. Las mismas causas fundamentales que en Inglaterra han determinado la miseria y la opresión del proletariado, existen también en Alemania y deben dar con el tiempo igual fruto. Pero, entretanto, la manifiesta miseria inglesa nos ofrecerá una ocasión para comprobar nuestra miseria alemana, y una pauta para que podamos calcular su extensión y la importancia —puesta en evidencia en los desórdenes de la Silesia y Bohemia— del peligro que amenaza en esta parte la quietud de la Germania (1946: 23-24).

Antes de publicar este libro, Engels pasaría por París. En febrero de 1844, en los *Duetsch-Frazösische Jahrbücher* que conjuntamente editaron Ruge y Marx, aparecerían

dos artículos suyos: una reseña de un libro de Carlyle y unos *Esbozos para la crítica de la economía política*. La importancia de este segundo texto para Marx —quien a la distancia de 1859 seguía recordándolo como un “genial bosquejo sobre la crítica de las categorías económicas” (1974: 9)— sería categórica, pues a partir del preciso momento en que lo leyó y hasta el final de su vida, se dedicaría casi exclusivamente a la crítica de la economía política —hecho que quedaría registrado en la inmediata redacción de los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, a la que por entonces el pensador oriundo de Tréveris se volcaría⁹.

Tras la aparición de los *Esbozos* en los *Deutsch-Frazösische Jahrbücher* —publicación que incluía también a *Sobre la cuestión judía* y *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel. Introducción*—, se daría el segundo encuentro entre Engels y Marx. Por aquel entonces, el pensador de Barmen-Elberfeld contaba con lo que Marx precisamente no: toda una serie de experiencias concretas que lo habían conducido a investigar la estructura económico-social en donde se había formado el proletariado. Antes que Marx, Engels había llegado a la conclusión de que la economía política inglesa representaba una justificación del capitalismo, pues partía de lo que debía explicar, todo en ella se encontraba invertido —el influjo que ejercía Feuerbach en este sentido, era explícito. No por nada Marx señalaría en 1859 que, por distintos caminos, él y Engels habían llegado “al mismo resultado”, pues si el primero arribó a una concepción materialista de la historia tras observar durante la época de la *Rheinische Zeitung* que en la práctica el Estado poco tenía que ver con lo que Hegel planteaba en la teoría —y, en función de ello, tras emprender una feroz “revisión crítica” (1974: 9, 6) de los *Principios de la filosofía del derecho* y tomar contacto con los círculos socialistas parisinos—, el segundo lo hizo luego de advertir que en la práctica el funcionamiento del capitalismo poco tenía que ver con lo que la economía política inglesa planteaba en la teoría —y, en función de ello, tras emprender una feroz revisión crítica de la misma y tematizar la verdadera situación a la que el proletariado se encontraba encadenado.

En sí, los *Esbozos* constituían una discusión de las categorías centrales de la economía política, tal como se manifestaba en las obras de Malthus, Smith, Ricardo, MacCulloch, Mill y Say. Empleando un incisivo tono de denuncia moral, el texto atacaba de plano a la economía política, afirmando fuertemente que la misma representaba un “sistema del engaño permitido, una completa ciencia del enriquecimiento” —en fin, el “egoísmo más repulsivo”. Pero además de indignarse, denunciar y criticar, en los *Esbozos* Engels proponía que los hombres se hicieran de su propio destino y así lograran extirpar la contingencia y el azar que mediaban las relaciones sociales.

Si los productores, como tales, supieran cuánto necesitan los consumidores; si organizaran la producción; si se la repartieran entre sí, entonces la oscilación de la competencia y su tendencia a la crisis serían imposibles. Produzcan con conciencia, como hombres, no como átomos desparramados, sin conciencia genérica, y pónganse por encima de todos estos contrarios artificiales e insostenibles. Pero mientras ustedes continúen produciendo como en la actualidad, de forma inconsciente e irreflexiva, abandonada al dominio de la casualidad; mientras las crisis comerciales permanezcan y cada una deba ser más universal y, por lo tanto, peor que la precedente, debe empobrecerse una mayor cantidad de pequeños capitalistas y aumentar en relación creciente el número de la clase que vive solo del trabajo; en suma, debe ampliarse día a día la masa del trabajo del que hay que ocuparse, el problema principal de nuestros economistas y, finalmente, debe provocarse una revolución social como el dogmatismo de los economistas no puede soñar (2004a: 3, 3, 25-26).

Es interesante advertir que, sin saberlo, en estas líneas Engels se encontraba empleando dos términos a los que por entonces Marx también apelaba en sus contribuciones a los *Deutsch-Frazösische Jahrbücher* —justamente a esta situación era a la que el segundo

se refería en 1859, cuando señalaba que los distintos senderos de ambos en este momento se encontraban confluyendo. El primero de estos términos —el de *conciencia genérica*—, trataba de un concepto netamente feuerbachiano —y hay que decir en este sentido que los *Deutsch-Französische Jahrbücher* eran en sí una publicación feuerbachiana, pues su nombre aludía a una de las *Tesis provisionales para la reforma de la filosofía* en donde el pensador de Bruckberg afirmaba que “el filósofo verdadero, el filósofo idéntico a la vida y al hombre” debía ser “de estirpe galo-germánica” (Feuerbach, 1969: 42), vale decir, poseer una cabeza alemana y un corazón francés, unir “el arma de la crítica [...] a la crítica de las armas” (Marx, 2004: 61), para decirlo en las palabras que por entonces eran empleadas por Marx. Respecto al segundo de los términos —el de *revolución*—, hay que señalar que mientras Marx había llegado a él por medio de los contactos con Pierre-Joseph Proudhon y Flora Tristán que se habían materializado luego de advertir que los hombres debían reconocer y organizar sus “*forces propres* como fuerzas sociales” (Marx, 2011: 87) e intensificado tras la polémica con Ruge que tuvo lugar en *Vorwärts* como consecuencia de la rebelión de los hilanderos silesianos, Engels lo había hecho al inferir que la situación en la que se encontraba el proletariado no podía durar por mucho más tiempo —más tarde o más temprano, la misma debía trastocarse radicalmente¹⁰.

El derrotero que siguió al establecimiento en Bruselas y a la redacción de *La sagrada familia* y *La ideología alemana*, es harto conocido. La intervención en la Liga de los Comunistas, llevaría a los amigos en 1848 a redactar conjuntamente un *Manifiesto* y a participar activamente —Marx a través de las páginas de la *Neue Rheinische Zeitung* y Engels mediante la agitación desperdigada en las barricadas— en las jornadas revolucionarias alemanas. La derrota de 1848 y el reflujo que siguió a ésta, obligaría a Marx y Engels a emigrar nuevamente. El destino sería Inglaterra, donde durante las próximas dos décadas Engels sacrificaría los mejores años de su vida para que su camarada escribiera *El capital*. Durante ese tiempo, Engels se alejó del mundo intelectual y se dedicó de lleno a la actividad industrial algodonería. Sus siguientes trabajos de importancia —*Dialéctica de la naturaleza*, el *Anti-Dühring*, *El origen de la familia, de la propiedad privada y del estado*, etc.—, recién comenzarían a ver la luz hacia el final de la década de 1870.

Como comenta Hunt, tras la muerte de Marx en 1883 Friedrich Engels se convirtió en el “primer violín” (2011: 317). Por entonces, empezaron a ser esgrimidos los primeros alegatos mediante los cuales se denunciaba que era poco lo que este Engels tenía que ver con un joven y cálido Marx, eminentemente dialéctico y humanista. En lo fundamental, se trataba de un *viejo* Engels, responsable del enfriamiento, vulgarización, desdialéctización y deshumanización del marxismo. Estas denuncias tomaron su mayor cariz en occidente tras la estalinización del proceso revolucionario soviético y a partir de entonces, dominaron durante prácticamente todo el siglo XX. El presente artículo, en donde se ha intentado abordar *la otra cara de Engels* patentemente expresada en una serie de textos de juventud —pero que, ciertamente, jamás consiguió ser eclipsada a través de algún tipo de *maduración* o (peor aún) *envejecimiento*—, ha constituido un intento por dar pasos precisos en una dirección contraria.

Notas

¹ Las iniciativas que han abogado por igualar a Engels con Eduard Bernstein o incluso con Stalin, se han caracterizado por efectuar una lectura como mínimo exagerada de textos como el de la introducción a *Las luchas de clases en Francia*, en donde —es cierto— el revolucionario alemán afirmaba que el parlamento era “una tribuna” y que era preciso “revisar la vieja táctica” insurreccional. No obstante, la táctica electoral para Engels nunca dejó de estar al servicio de una estrategia revolucionaria; siempre, para él, la participación legislativa fue una “fuerza de choque” que era preciso conservar intacta “hasta el día decisivo” (2005: 112, 117, 119).

² Fue el propio Engels quien bregó por ocultar el rol desempeñado por él para que la teoría marxista consiguiese nacer; el siguiente pasaje de *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana* —obra de 1888, donde aparecieron por primera vez las *Tesis sobre Feuerbach* de Marx y el capítulo primero de *La ideología alemana*—, da cuenta de ello del modo más vivido: “Últimamente se ha aludido con insistencia a mi participación en esta teoría [el marxismo]; no puedo, pues, por menos de decir aquí algunas palabras para poner en claro este punto. Que antes y durante los cuarenta años de mi colaboración con Marx tuve una cierta parte independiente en la fundamentación, y sobre todo en la elaboración de la teoría, es cosa que ni yo mismo puedo negar. Pero la parte más considerable de las principales ideas directrices, particularmente en el terreno económico e histórico, y en especial su formulación nítida y definitiva, corresponden a Marx. Lo que yo aporté —si se exceptúa, todo lo más, dos o tres ramas especiales— pudo haberlo aportado también Marx aun sin mí. En cambio, yo no hubiera conseguido jamás lo que Marx alcanzó. Marx tenía más talla, veía más lejos, atalayaba más y con mayor rapidez que todos nosotros juntos. Marx era un genio; nosotros, los demás, a lo sumo, hombres de talento. Sin él la teoría no sería hoy, ni con mucho, lo que es. Por eso ostenta legítimamente su nombre” (Engels, 2006: 37).

³ Diametralmente opuestas a la interpretación althusseriana de Marx, esta clase de lecturas se caracterizan por hallar en germen la totalidad del pensamiento marxiano en textos como el del artículo del robo de leña de 1842. Así, para Karl Löwith, por ejemplo, la delimitación temática de un período marxiano de juventud y otro de madurez “no significa, sin embargo, que pueda separarse al joven Marx del posterior, para dejar a éste a la filosofía ‘marxista’ y a aquel a la ‘burguesa’. Más aún son y permanecen fundamentales los escritos del joven Marx también para *El capital*; y si el primer capítulo de *El capital* de 1867 es un resultado, entonces la tendencia viviente de la cual resulta se encuentra ya en un debate de la *Gaceta Renana* de 1842” (2007: 78).

⁴ Es importante retener que todavía hacia 1844, Marx y Engels confiaban en que Feuerbach podía aún abandonar el aislamiento y sumarse a la cruzada teórico-práctica de ellos. A este respecto, considérese por ejemplo la carta donde Marx le hablaba sobre el incipiente movimiento obrero organizado: “Hubiera usted tenido que asistir a una de las reuniones de los ‘ouvriers’ franceses para persuadirse de la virginal lozanía y generosidad de esta gente extenuada por el trabajo. El proletariado inglés alcanza también gigantescos éxitos, pero le falta la cultura inherente a los franceses. Sin embargo, no puedo dejar de mencionar los méritos teóricos de los artesanos alemanes residentes en Suiza, Londres y París, aunque es de rigor declarar que los artesanos alemanes son todavía demasiados artesanos. Mas, en todo caso, la historia prepara a esos ‘bárbaros’ de nuestra sociedad civilizada, como el elemento práctico para la emancipación del hombre” (Marx, 1969: 20-21).

⁵ Al igual que Feuerbach, tras ser apartado del mundo académico, Bauer se recluyó en el aislamiento. Por su parte, hacia comienzos de la década de 1860 Hess se alejó de toda forma de radicalismo político y se convirtió en uno de los fundadores del sionismo. Stirner, finalmente, luego de escribir *El único y su propiedad* se dedicó a la actividad comercial, terminando en la cárcel y la indigencia. Para ampliar, véase especialmente McLellan (1969).

⁶ Siguiendo a Emmanuel Renault, podrían al menos identificarse cuatro etapas en el pensamiento del joven Marx: el “liberalismo de la *Gazette Rhénane*”, “el democratismo del *Manuscrito de Kreuznach*”, el “socialismo de los *Annales franco-allemandes* (un socialismo definido en oposición al comunismo en la ‘Carta a Ruge’ de septiembre de 1843, luego asociado con el tema de una alianza de la filosofía con el proletariado en la *Introducción*)” y el “comunismo, que está marcado por la atribución de una cierta forma de autonomía al proletariado en la polémica con Ruge y por la distinción de las diferentes formas de comunismo que se encuentran al comienzo del tercer manuscrito” (2009: 28-29).

⁷ “No es exagerado decir que cualquier historia de las ‘crisis del marxismo’ se identifica, sin más, con la historia del mismo marxismo, pues una y otra son coextensivas y complementarias: la unidad incuestionada de un marxismo carente de tensiones no puede existir sino como un paradigma evanescente” (Sazbón, 2002: 52-53).

⁸ “Las revoluciones burguesas [...] avanzan aceleradamente de éxito en éxito, sus efectos dramáticos se precipitan unos sobre otros, los hombres y las cosas parecen prendidos en un deslumbrante fuego, el éxtasis es el espíritu cotidiano; pero son efímeras, alcanzan pronto su clímax y entonces una profunda depresión asola a la sociedad antes de haber aprendido a apropiarse discretamente de los resultados de su período de *Sturm und Drang*. En cambio, las revoluciones proletarias [...] se critican continuamente a sí mismas, interrumpen sin cesar su propia tra-

victoria, vuelven sobre lo aparentemente ya realizado para emprenderlo de nuevo, desprecian con radical crueldad las medias tintas, las debilidades, las miserias de sus primeros intentos, parecen derribar sólo a su adversario para que sorba nuevas fuerzas de la tierra y se erija de nuevo, más gigantesco, contra ellas, retroceden una y otra vez ante lo nuevo, ante la incierta enormidad de sus propios fines, hasta que surge la situación que imposibilita cualquier retorno y las propias condiciones claman: Hic Rhodus, hic salta!" (Marx, 2003: 38-39).

⁹ Tal como Engels comentó en el prólogo a la cuarta edición alemana de *El capital*, es de destacar que en este período Marx "aún no entendía el inglés [cosa que Engels sí hacía] y leía a los economistas ingleses en versiones francesas" (2004b: 34). Junto al influjo que Engels ejerció sobre Marx, vale la pena destacar la importancia que revisió para él el trabajo de Hess. En efecto, "Engels y Hess; uno y otro englobaban en un mismo movimiento la crítica de las prácticas y las instituciones económicas, y la de los teóricos de la economía política. De Engels [...] conserva la idea de que la propiedad privada es la 'categoría principal' de la economía política y el origen de todas las contradicciones, inversiones y de todos los conflictos que caracterizan a la economía moderna (y las contradicciones, inversiones y conflictos que caracterizan la relación del capital y el trabajo); del segundo, conserva en primer lugar la idea de que la separación real del individuo y del género no sólo se inscribe en una oposición de la sociedad civil y el Estado, sino que se reproduce dentro de la sociedad civil a través de la oposición de las fuerzas productivas del individuo y del dinero [...] y, en segundo lugar, el principio crítico según el cual 'la economía, al igual que la teología, no se ocupa del hombre'" (Renault, 2009: 19).

¹⁰ En este sentido, no fue un hecho meramente fortuito que, tras el encuentro de ambos pensadores en París y el posterior establecimiento mutuo en Bruselas, aquellas obras que escribieron conjuntamente —*La sagrada familia* y *La ideología alemana*— se distinguieran por mantener un profundo respeto por las figuras de Proudhon y Feuerbach; en efecto: en tanto en *La sagrada familia* se reivindicaba el punto de vista del obrero francés para denostar a unos críticos-críticos hermanos Bauer, en *La ideología alemana* —si bien delimitándose de su materialismo— se cerraba filas con el pensador de Bruckberg para atacar a Stirner y al resto de las tendencias que formaban parte del movimiento joven-hegeliano. Ahora bien, hay que decir que al menos algo de este respeto se perdió con la feroz y en parte injusta crítica que Marx lanzó al autor de *¿Qué es la propiedad?* en *Miseria de la filosofía* —cosa que no puede decirse que haya sucedido en la misma medida con el autor de *La esencia del cristianismo*, como queda claro al leer lo vertido en *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*.

Referencias

- Abensour, Miguel (1998 [1997]), *La democracia contra el Estado*, Buenos Aires, Colihue.
- Althusser, Louis (2004 [1965]), *La revolución teórica de Marx*, México, Siglo XXI.
- Bensaïd, Daniel (2011 [2006]), "Zur Judenfrage: una crítica de la emancipación política", en: AA. VV., *Volver a La cuestión judía*, Barcelona, Gedisa.
- Bosteels, Bruno (2013 [2012]), *El marxismo en América Latina. Nuevos caminos al comunismo*, La Paz, Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia.
- Engels, Friedrich (1982a [1841]), "Schelling sobre Hegel", en: Marx, Karl, *Escritos de Juventud*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Engels, Friedrich (1982b [1842]), "Schelling y la revelación. Crítica del más reciente intento de la reacción contra la filosofía libre", en: Marx, Karl, *Escritos de Juventud*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Engels, Friedrich (2004a [1843]), "Esbozos para una crítica de la economía política", en: Marx, Karl, *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, Buenos Aires, Colihue.
- Engels, Friedrich (1946 [1845]), *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, Buenos Aires, Futuro.
- Engels, Friedrich (2006 [1888]), "Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana", en: Engels, Friedrich y Marx, Karl, *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana y otros escritos sobre Feuerbach*, Madrid, Fundación Federico Engels.
- Engels, Friedrich (2004b [1890]), "Prólogo a la cuarta edición", en: Marx, Karl, *El capital*, I/1, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Engels, Friedrich (2005 [1895]), "Introducción a la edición de 1895", en: Marx, Karl, *Las luchas de clases en Francia*, Buenos Aires, Luxemburg.
- Feuerbach, Ludwig (1969 [1843]), "Tesis provisionales para la reforma de la filosofía", en: *La Filosofía del Futuro*, Buenos Aires, Calden.

- Hegel, Georg Wilhelm Friedrich (2004 [1820]), *Principios de la filosofía del derecho*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Hunt, Tristram (2011 [2009]), *El gentleman comunista. La vida revolucionaria de Friedrich Engels*, Barcelona, Anagrama.
- Löwith, Karl (2007 [1932]), *Max Weber y Karl Marx*, Barcelona, Gedisa.
- Löwith, Karl (2008 [1955]), *De Hegel a Nietzsche. La quiebra revolucionaria del pensamiento en el siglo XIX*, Buenos Aires, Katz.
- Marx, Karl (1982a [1843]), "Lútero, árbitro entre Strauss y Feuerbach", en: *Escritos de Juventud*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Marx, Karl (1982b [1843]), "Carta a Ruge, escrita en Treckschuit en D., marzo de 1843", en: *Escritos de Juventud*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Marx, Karl (2011 [1842]), "Sobre la cuestión judía", en: AA. VV., *Volver a La cuestión judía*, Barcelona, Gedisa.
- Marx, Karl (2004 [1843]), *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel. Introducción*, Buenos Aires, Del Signo.
- Marx, Karl (1969 [1844]), "Carta a L. Feuerbach, escrita en París el 11 de agosto de 1844", en: Feuerbach, Ludwig, *La Filosofía del Futuro*, Buenos Aires, Calden.
- Marx, Karl (2003 [1852]), *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, Madrid, Alianza.
- Marx, Karl (1974 [1859]), *Introducción a la crítica de la economía política*, Buenos Aires, Anteo.
- McLellan, David (1969 [1969]), *Marx y los jóvenes hegelianos*, Barcelona, Martínez Roca.
- Renault, Emmanuel (2009 [2008]), "¿Cómo leer los Manuscritos de 1844?", en: *Leer los Manuscritos de 1844 de Marx*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Sazbón, José (2002), "Una lectura sinóptica de la crisis", en: *Historia y representación*, Bernal, UNQui.
- Žižek, Slavoj (2010 [2007]), "Mao Tse-tung, el señor marxista del desgobierno", en: Mao Tse-tung, *Sobre la práctica y la contradicción*, Madrid, Akal.

Concepciones sobre “ideología según Marx” en un texto de Terry Eagleton

Fernando Ramírez

Facultad de Psicología (UBA)

fercesar28@hotmail.com

Joaquín Cardoso

Ciencias de la Comunicación (UBA)

joaquin.cardoso@gmail.com

Resumen

El presente trabajo aborda la cuestión de la ideología en la obra de Marx, de acuerdo al crítico literario Terry Eagleton en su libro *Ideología: una introducción*. En ese texto, Eagleton considera las distintas nociones de ideología a lo largo de toda la obra del pensador alemán, desde el sentido epistemológico más amplio y referido a la conciencia humana y a su intervencionalidad con la práctica social, hasta los aspectos más políticos determinados por el modo de producción capitalista. Aquí se problematizará, también, el carácter del fetichismo de la mercancía en tanto aporte o limitación a la noción ideológica y también las discusiones con el marxismo vulgar mecanicista, para así delinear lo que consideramos es necesario revitalizar: la discusión sobre ideología en el marco del agotamiento actual e histórico del capitalismo.

Afirmar que las ideologías, en general, ya no existen o que han pasado de moda, como solía leerse y escucharse después de la caída del Muro de Berlín, es ya una representación sin sentido. Los acontecimientos de los últimos veinte años, que incluyen, entre otras cosas, el derrumbe de las Torres Gemelas, crisis políticas y económicas recurrentes en Europa, los movimientos en Medio Oriente que dieron lugar a la denominada “primavera árabe” provocando el fin de dictaduras prolongadas y que han marcado la incertidumbre para el futuro de esa región del mundo, la colocación, nuevamente, del populismo en la agenda política de Latinoamérica, la nominación de “Socialismo del Siglo XXI” que ha circulado en Venezuela durante y después de Chávez, el enorme crecimiento de la izquierda, como lo han mostrado, aquí en la Argentina, las últimas elecciones legislativas, hacen imposible cualquier teorización capaz de seguir redundando en las bondades del “mercado” y la “democracia burguesa” como únicos modelos factibles a seguir en el futuro de la humanidad.

Ciertamente el concepto de “ideología” no ha dejado de ocupar un volumen considerable en las páginas de las ciencias sociales, de la filosofía, del psicoanálisis, de la sociología, etc., y eso ha ido, incluso, más allá de las coyunturas políticas “explosivas” que se hayan producido en tal o cual período de las últimas décadas. Son conocidas las impugnaciones que autores como Foucault o Deleuze le han hecho a la noción de ideología como herramienta analítica para la comprensión de la realidad socio histórica, así como también han pasado a hegemonizar los medios académicos, en materia de este tema, los análisis “posestructuralistas” que han tratado de re-significar este concepto a la luz de las “teorías del discurso”. Lejos de pasar revista a las filas de estas consideraciones, nos proponemos abrir, con algunos comentarios, los disparadores que esta noción, a nuestro juicio, todavía encierra para pensar algunas cuestiones en torno a las luchas políticas de los explotados con el fin de transformar las bases sociales de las que precisamente se desprenden las causas de su opresión. La *ideología* ha sido tratada por Karl Marx como un verdadero “corpus” teórico imposible de leerse de una manera lineal, homogénea y poco problemática. Por el contrario, demuestra hasta hoy atestiguar un conjunto atravesado, sobredeterminado, complejo de acepciones y afirmaciones, de las cuales conviene clarificar algunas posiciones para hacer de ello una herramienta analítica y operativa de acuerdo a los problemas planteados en las luchas políticas y sociales con la perspectiva de la clase obrera y las llaves para la transformación social.

Es por ello que queremos volver sobre la lectura de un texto del profesor Terry Eagleton titulado *Ideología: una introducción*, en especial el capítulo dedicado a las elaboraciones que Marx ha hecho del concepto de *ideología*.

Eagleton apuesta a concebir en Marx que la ideología ha oscilado entre un significado “epistemológico” y otro “político” a lo largo de su obra. Esa oscilación, como señalábamos antes, hace que los problemas abiertos por este concepto no puedan ser tratados linealmente o en bloque. Básicamente esta divisoria se justifica por los desarrollos que Marx ha hecho en *La ideología alemana* y en otros textos de su autoría. Sobre el texto mencionado, Eagleton se propone rastrear la crítica de la ideología como “falsa conciencia”, expresión que le cabe a Engels, en cuanto a que su existencia se debe a la ilusión que se hacen los hombres sobre una cosmovisión del mundo pero anclada en las contradicciones reales de su práctica social. Las ideas no son entidades autónomas sino el producto de la actividad social, productiva y material de los hombres cuyas contradicciones encuentran su justificación en la ideología. La forma que los hombres pueden encontrar para desechar estas falsas conciencias no puede enmarcarse en “una lucha de ideas” sino en la transformación de las prácticas sociales que los hombres hacen. En la socie-

dad de clases, la división del trabajo manual e intelectual genera la ilusión de la autonomía de las ideas, o más aún que estas son el fundamento de lo social y no a la inversa. Tomar esto del revés, o sea poner a las ideas como el origen de lo social conduce a los hombres a una cámara oscura por las tinieblas de sus ilusiones que encubren, racionalmente, los orígenes reales de sus problemas sociales basados en la explotación social de una clase por otra. Sólo aboliendo las condiciones de explotación se podrá disipar la nebulosa de las "ficciones" ideológicas que acapararan las conciencias de los hombres.

Estas consideraciones abren para Eagleton un problema acerca de la supuesta "verdad" o "falsedad" de las ideas de los hombres. Y esto se debe, nos explica, al acento que los autores colocan en "el proceso social vital real", de los hombres, por un lado, y, su conciencia, por el otro. Los peligros que el autor advierte en esto radican en que la conciencia puede terminar concebida como una exterioridad de la "práctica vital real", en una suerte de empirismo sensualista y a disociar "acción" de "significación". En palabras de Eagleton:

La tradición marxista ha utilizado a menudo el término "praxis" para expresar este carácter indisoluble de acción y significación. En general, Marx y Engels reconocen esto de manera suficiente; pero aquí, en su celo por criticar a los idealistas, corren el peligro de invertirlos simplemente, conservando una tajante dualidad entre "conciencia" y "actividad práctica", pero invirtiendo las relaciones causales entre ellas (1997: 104).

Ha sido ese "celo" en el combate contra los idealistas, quienes afirmaron siempre la primacía de las ideas, que Marx y Engels acentuaron quizás "más de la cuenta" la práctica vital real. No es este el único problema planteado en este contexto. La conciencia admite un doble juego. Significa "vida mental" pero también sistemas de creencias históricos particulares, políticos, jurídicos, morales, etc., del tipo de los que Marx considera enmarcado en las "superestructuras". La práctica material ha hecho en la historia que estos sistemas realmente aparezcan divorciados de las contradicciones reales de la existencia vital de los hombres. Pero, como afirma Eagleton:

Sin embargo, esto no responde totalmente a la cuestión, pues a pesar de su carácter alienado estos discursos condicionan poderosamente nuestras prácticas de la vida real. Las jergas políticas, religiosas, sexuales e ideológicas de otro tipo forman parte de la manera en que "vivimos" nuestras condiciones materiales, y no son sólo el mal sueño o el efluvio desechable de la infraestructura. Pero esta posición aún es menos mantenible si nos atenemos al sentido más amplio de conciencia, pues sin ella no habría actividad característicamente humana en absoluto. El trabajo en la fábrica no es un conjunto de prácticas materiales más un conjunto de nociones sobre ellas; sin ciertas intenciones, significados, interpretaciones corporeizadas, no sería trabajo fabril alguno" (1997: 105, el subrayado es nuestro).

Las superestructuras funcionan con un rol de mantenimiento y regulación para la reproducción social y son, por eso mismo, necesarias a la constitución de una formación social. Las condiciones materiales de explotación y las contradicciones arraigadas en tal o cual formación histórica hacen que, justamente, las superestructuras aparezcan a la conciencia de los hombres autonomizadas, independientes de las mismas condiciones materiales que las engendraron.

Eagleton encuentra en la letra de Marx que coexisten diversas posiciones acerca del problema de la ideología y de la conciencia. Por un lado se torna imposible, por la propia concepción que Marx tiene del hombre como especie y su actividad productiva, que la acción y la significación estén estrechamente indisociadas, que la conciencia no es otra cosa que la conciencia práctica. Pero, por otro lado, a partir del acontecimiento históri-

co de la división entre trabajo manual y trabajo intelectual, las ideas que conforman la superestructura sólo pueden concebirse como autonomizadas de las condiciones materiales que le dan origen, se tornan aparentes creadoras de la historia y no a la inversa, en contraste con la posición materialista que las concibe siempre como un producto histórico social. Al respecto de las dos posiciones que coexisten en Marx, asegura Eagleton: “así, parece como si una posición epistemológica valiese para las sociedades anteriores a la división entre trabajo mental y trabajo manual, mientras que la otra fuese apropiada para toda la historia posterior” (1997: 106).

La lectura que ha priorizado a las superestructuras, alienantes y autonomizadas, ha traído no pocas dificultades en las estrategias políticas y en las reformulaciones teóricas. Esto ha admitido, a lo largo de la historia del propio marxismo, una lectura reduccionista que iba en detrimento de la importancia de la lucha ideológica como elemento secundario y menor en la lucha de clases. Esta cuestión aparece más o menos implícita, más o menos explícita en las consideraciones de Eagleton pero siempre subyacente como planteo a ser problematizado. Es por eso que desconfía tanto de términos como “reflejo” y “cámara oscura” o incluso la ya invocada “inversión”.

El punto que torna aún más interesante el planteo de Eagleton es, sin embargo, aquel que se pregunta, no sin un dejo de ironía, si basta con volver a juntar las ideas con su práctica material para que todo vaya bien, si eso acaso no sería el fruto materialista más vulgar. ¿Desaparecería por eso el carácter ideológico de las ideas? Y, en definitiva, ¿qué entender por carácter ideológico?

En consonancia con la apertura de este problema, Eagleton examina el pasaje de *La ideología alemana* en el que Marx afirma que “las ideas de la clase dominante son en cada época las ideas dominantes, es decir, que la clase que es la fuerza *material* dominante de la sociedad es al mismo tiempo su fuerza *intelectual* dominante (...) Las ideas dominantes –sigue comentando el texto– no son más que la expresión ideal de relaciones materiales dominantes, las relaciones materiales dominantes aprehendidas en cuanto ideas” (1997: 112, el subrayado es del autor).

Esto obliga, para Eagleton, a preguntarse por la disyuntiva acerca de si lo que vuelve ideológicas a las ideas es que están desgajadas de la vida social o que son un arma de la clase dominante y en definitiva que, aún siendo “falsas” o “ilusorias”, no son menos reales a la hora de librar un combate de una clase contra otra. Y mejor aún: que el sentido “ilusorio” no tiene que ser sinónimo de “falso”. Agrega Eagleton:

Como recuerda Lenin, las apariencias son después de todo bastante reales; puede existir una discrepancia entre los conflictos materiales y las formas ideológicas que los expresan, pero esto no significa necesariamente que esas formas sean falsas (no fieles a lo que sucede) o “irreales”.

En otras palabras, el texto oscila de manera significativa entre una definición política y otra epistemológica. Puede decirse que las ideas son ideológicas porque niegan las raíces en la vida social con efectos políticamente opresivos; o pueden ser ideológicas exactamente por la razón contraria-que son expresión directa de intereses materiales, instrumentos reales de la lucha de clases. (1997: 112, el subrayado es del autor).

Posteriormente Eagleton nos recuerda que en el Prefacio de la *Contribución a la Crítica de la Economía Política*, Marx afirma que es en lo legal, en lo político, religioso, filosófico, etc., donde los hombres cobran conciencia del conflicto económico y lo combaten. Asimismo también asevera que es el ser social el que determina la conciencia del hombre y no a la inversa. No hay rastros para Eagleton allí de “quimeras” o “ilusiones”, sino de potentes armas en la lucha de clases, no de “falsedades o verdades” sino de fidelidad

de la conciencia a las prácticas, de lucha y de combate. El problema planteado entonces sería preguntarse por qué las sociedades necesitan una superestructura que regule las actividades productivas de los hombres con las consecuentes "ilusiones" que esto traiga. Y la respuesta es que hasta ahora, en la historia, lo que se ha dado son relaciones de explotación que encuentran su ratificación en términos políticos, jurídicos y de otros órdenes ideológicos. Esto lleva a Eagleton a preguntarse si la ideología desaparecerá tan pronto exista la instauración de un comunismo pleno o si, por el contrario, tomando el problema de la conciencia práctica, el sentido de la praxis y la manera en que nuestra conciencia está condicionada por factores materiales no cambiaría en una sociedad sin clases ya que forma parte de nuestra constitución biológica como el comer. Sin embargo, para el mismo autor, la cuestión de la superestructura no merece ser enterrada en nombre de las lecturas mecanicistas o reduccionistas que se han hecho. En ese sentido, reflexiona:

"Superestructura" es un término relacional. Designa la manera en que ciertas instituciones sociales actúan de "sustento" de las relaciones sociales dominantes. Nos invita a contextualizar estas instituciones de cierto modo —a considerarlas en sus relaciones funcionales con un poder social dominante—. Lo erróneo, al menos en mi opinión, es pasar de este sentido "adjetivo" del término a un sentido sustantivo —a un "ámbito" fijo y dado de instituciones que forman la "superestructura" y que incluye, por ejemplo, el cine—. ¿Son las películas fenómenos superestructurales? La respuesta es a veces sí y a veces no. Puede haber aspectos de una determinada película que suscriben las relaciones de poder existente, y que en esa medida son "superestructurales". Pero puede haber otros aspectos de ella que no lo hagan. Una institución puede comportarse "superestructuralmente" en un momento, pero no en otro, o en algunas de sus actividades pero no en otras. Se puede examinar un texto literario en su historia editorial, en cuyo caso, por lo que respecta al modelo marxista, se trata como parte de la base material de la producción social. O bien se puede contar el número de puntos y coma, una actividad que no parece encajar bien en ninguno de los dos niveles del modelo. Pero tan pronto se examinan las relaciones del texto con una ideología dominante, se está tratando a este en el nivel superestructural. En otras palabras, la doctrina se vuelve más plausible cuando se considera menos un corte del mundo por la mitad que como cuestión de diferentes perspectivas. Es dudoso que los propios Marx y Engels hubiesen aceptado esta reformulación de sus tesis, pero en mi opinión es dudoso que esto también importe mucho" (1997: 116-117, el subrayado es del autor).

Tenemos entonces, en la letra de Marx, la coexistencia y prácticamente una superposición de diversas posiciones sobre la ideología: la epistemología que indica que se han desgajado de su raíz social, ante lo cual hace falta "la ciencia" del materialismo histórico para poner las cosas en su lugar. Pero también "ilusiones" con eficacia, ideas dominantes de una clase que, ejerciendo su poderío material, hace "dominantes" esas ideas, ilusorias aunque no falsas, ante lo cual puede oponerse el propio socialismo como ideología. Eagleton nos recuerda que el mismo Lenin en el *¿Qué hacer?* afirma que la única elección es "ideología burguesa o ideología socialista" y que el socialismo es introducido en la conciencia espontánea de la clase obrera por "los ideólogos". Es decir, que el propio Lenin combatía el espontaneísmo y el revolucionario debía ser el científico militante que introdujera el socialismo en los alcances que la conciencia obrera había tenido por sus propias luchas. Ideología y teoría científica se confunden en un abrazo siempre al servicio de la lucha obrera. Esto encuentra una clara suscripción a Marx cuando nos explica que las ideologías son formas mentales en las que los hombres cobran conciencia del conflicto social que los atraviesa.

No entraremos aquí a considerar, con la extensión que merece, los matices que tiene Eagleton con la concepción de la ideología en Marx ligada al problema del fetichismo en su obra cumbre, *El Capital*. Sólo diremos que ahí el autor reconoce una potente herramienta analítica para dilucidar causales de determinadas producciones ideológicas en

los hombres (aunque más adelante veremos, con Eagleton, que esto no es suficiente para explicar todo tipo de ideología en la sociedad capitalista y, mucho menos, en otras sociedades donde no rige plenamente la producción de mercancías) por el hecho de que es en la propia estructura capitalista que la percepción fetichista en lo social es posible. “Los hombres y mujeres”, dice el autor, “crean productos que a continuación escapan a su control y determinan las condiciones de su vida” (1997: 118). La objetividad con que la estructura capitalista determina a los hombres obliga a estos a reproducir en sus conciencias la misma fragmentación y “fetichización” en lo social que impone la producción de mercancías. Parecería así que existe nuevamente una correspondencia de “reflejo” o “mecanicidad” entre la estructura objetiva de un sistema y lo que los hombres reproducen de él sin escapar. La estructura “fragmenta”, “fetichiza” la producción de mercancías basada en el intercambio desigual, como efecto de la propiedad privada, de los productos de los hombres que sostienen la ilusión de ser ellos los creadores de valores en un cambio social y material, sobre la base del trabajo explotado, que los hombres no alcanzan e percibir en su verdadero valor social. “Marx no afirma que en el capitalismo las mercancías parecen ejercer un dominio tiránico sobre las relaciones sociales; afirma que la ejercen realmente” (1997: 119). Sólo la ciencia puede ayudarnos a despojarnos de estas apariencias estructurales y necesarias inherentes al propio sistema capitalista. Pero si bien esto es bastante extensible al conjunto de la sociedad burguesa, Eagleton se pregunta si toda operación ideológica es reducible a las operaciones económicas del capitalismo. Lo expresa de esta forma:

¿En qué sentido importante, por ejemplo, puede imputarse la doctrina de que los hombres son superiores a las mujeres, o los blancos a los negros, a un origen secreto en la producción de mercancías? ¿Y qué hemos de decir de las formaciones ideológicas de las sociedades que desconocen aún la producción de mercancías, o en las que éstas no ocupan aún un lugar central? Aquí parece existir un cierto esencialismo de la ideología, que reduce la variedad y efectos de los mecanismos ideológicos a una causa homogénea.” (1997: 121-122).

El fetichismo de las mercancías no agota, entonces, una explicación causal que pudiera dar cuenta de la constitución de los mecanismos ideológicos en toda su extensión y profundidad, no obstante ser una verdad implacable para la esencia del funcionamiento del modo de producción capitalista cuyo análisis Marx ha comenzado por efectuar en su célula elemental: la producción de mercancías. Nuevamente aparece la disyuntiva “falsedad/verdad” cuando el autor indica que esta noción del fetichismo de la mercancía y su relación con la ideología en Marx, “ya no es totalmente reducible a la noción de falsa conciencia: la idea de falsedad subsiste en la noción de apariencias engañosas, pero éstas son menos ficciones de la mente que efectos estructurales del capitalismo” (1997: 121). De todos modos más adelante afirma que esta noción no da cuenta de la complejidad de las formaciones generales del proceso ideológico (por su “negativismo” y “empirismo”).

Eagleton finaliza este capítulo, dedicado a la ideología en Marx, explicando que si todo pensamiento está socialmente determinado también lo está, naturalmente, el marxismo, en cuyo caso hay que preguntarse qué sucede con sus pretensiones de objetividad científica. Si se desecha el nombre de “una verdad” y se recuerda el problema mencionado anteriormente en cuanto a que la problemática de las ideologías no se dirime en términos de una verdad o falsedad sino como lo más próximo a un campo de batalla, Eagleton nos transmite que podríamos estar deslizándonos al lodo del relativismo histórico pero que el marxismo, y es de notar que no dice Marx sino “el marxismo”, ha caído en una trampa metafísica:

En resumen, nos estamos deslizando al lodo del relativismo histórico; pero la única alternativa aparente sería una forma de positivismo o racionalismo científico que reprimiese sus propias condiciones históricas, y este era el peor de los sentidos de la Ideología presentados por La ideología alemana. ¿No será que, en la suprema de las ironías, el propio marxismo ha terminado por ser un claro ejemplo de las mismas formas de pensamiento metafísico o trascendental que se propuso desacreditar, confiando en un racionalismo científico que flotase desinteresadamente más allá de la historia?" (1997: 126).

Sería del todo inconveniente para la lucha revolucionaria quedar atrapado en la disyuntiva "relativismo histórico" o "racionalismo científicista a-histórico" por motivos que huelgan explicarse. Pero lo que podemos extraer de Eagleton (quien no se explaya mucho más sobre los peligros del "lodo del relativismo histórico" y sí lo hace sobre el "pantano" del racionalismo científicista, como hemos podido observar), es que la complejidad y diversidad de acepciones que tiene el concepto de ideología en Marx no impide poder concluir de él que la clase obrera no tiene asegurado su porvenir en ninguna garantía "ontológica-epistemológica" sino en sus estrategias políticas dentro del campo de batalla que le presenta la burguesía permanentemente donde las trampas más "eficaces" y menos "falaces" de la ideología se hacen escuchar y percibir. Como Eagleton mismo afirma sobre el final de su libro: "la ideología contribuye a la constitución de intereses sociales, en vez de reflejar pasivamente posiciones dadas de antemano; pero con todo no da carta de naturaleza ni crea estas posiciones por su propia omnipotencia discursiva" (1997: 277).

Los términos "lucha ideológica" muchas veces suenan a "desviaciones" frente a lo central: "la economía", "la clase", "el sujeto", la "coyuntura" o "la última crisis desatada". El empirismo, el economicismo, el positivismo son, entre otras, conjugaciones para propiciar estos errores. Evaluar cuáles son esas luchas ideológicas, que carácter deberán tener, el hecho de que no son factores "eternamente secundarios" sino constitutivos de la lucha de clases, es una tarea indelegable, también, de todo revolucionario.

Referencias

Eagleton, Terry (1997) *Ideología. Una introducción*, Barcelona - Buenos Aires: Paidós.

La revolución rusa de 1905 y la teoría de la revolución permanente

Constanza Bosch Alessio

Universidad Nacional de Córdoba – CONICET
cobosch@gmail.com

Daniel Gaido

Universidad Nacional de Córdoba – CONICET
danielgaid@gmail.com

Resumen

El presente artículo presenta un resumen del debate abierto a partir de la publicación del libro *Witnesses to Permanent Revolution: The Documentary Record*, editado por Richard Day y Daniel Gaido en 2009. En primer término se presentan los principales ejes del planteo de los autores, que rastrean el desarrollo y la evolución histórica del concepto de "revolución permanente" desde los escritos de Marx de mediados del siglo XIX hasta su sistematización por Trotsky a comienzos del siglo XX. A continuación, se presentan y discuten los argumentos de diversos críticos del libro, que vieron la luz en un simposio especialmente convocado por la revista norteamericana *Science & Society*.

La revista norteamericana *Science & Society* ha publicado, en su número de julio de 2013 (Vol. 77, Nro. 3), un simposio sobre el libro *Witnesses to Permanent Revolution: The Documentary Record*, (Brill, 2009), editado por Richard B. Day y Daniel Gaido. En dicho simposio participaron el historiador Lars Lih (autor de *Lenin Rediscovered: What Is to Be Done? in Context*, Brill, 2006), John Marot (*The October Revolution in Prospect and Retrospect*, Brill, 2012) y Alan Shandro (Laurentian University in Canada). La crítica de Lars Lih a *Witnesses to Permanent Revolution* se titula “Democratic Revolution in Permanenz” y sostiene que la tesis del libro, según la cual las ideas básicas de la teoría de Trotsky sobre la “revolución permanente” fueron compartidas por otros socialdemócratas alemanes y rusos, es errónea. Según Lih, en realidad, los documentos incluidos en *Witnesses* muestran que estos escritores no utilizaron la expresión “revolución permanente” en el mismo sentido que Trotsky, es decir, para conectar las tareas democráticas y socialistas, sino para enlazar episodios dentro del proceso de la revolución democrática. Lih sostiene que, a excepción de Trotsky, los otros autores incluidos en el libro (Karl Kautsky, Franz Mehring, Parvus, Rosa Luxemburgo y David Riazanov) eran partidarios de una revolución *democrático-burguesa* en permanencia, y que la razón fundamental de su falta de interés en la perspectiva de Trotsky era su análisis del papel del campesinado no socialista. La réplica de los editores se titula “Permanent Revolution – But Without Socialism?” y afirma que esta interpretación es errónea, ya que hace que se pierda el sentido de la discusión, que fue precisamente en qué medida los elementos burgueses (campesinos) y socialistas (proletarios) se combinarían en la revolución que se avecinaba. Filosóficamente, la posición de Lih revela una falta de dialéctica por su intento de forzar la ley de identidad (escoger entre una revolución democrática burguesa y una socialista) sobre un evento que fue básicamente una combinación de dos fenómenos históricamente diferentes: una *jacquerie* y una revolución obrera urbana – a lo que habría que agregar la revuelta de las naciones oprimidas por el yugo zarista. El artículo concluye analizando los aportes de los otros participantes en el debate y las líneas de investigación aun no exploradas.

El impacto de la revolución rusa de 1905 en el movimiento socialista internacional

La repercusión de la revolución rusa de 1905 ha sido opacada por la de su “hermana mayor”, la revolución rusa de 1917, que llevó al poder a los bolcheviques y condujo a la fundación de la Internacional Comunista en 1919. Pero en su momento tuvo un impacto notable, no solo dentro de las fronteras del imperio zarista sino también en la izquierda internacional. Así vemos, por ejemplo, al congreso fundacional de los *Industrial Workers of the World* norteamericanos adoptar una resolución expresando su solidaridad con la “gran lucha de la clase trabajadora de la lejana Rusia”, cuyo resultado “es de fundamental importancia para los miembros de la clase obrera de todos los países en su lucha por su emancipación”.¹ En el Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD), que con su millón de miembros era la columna vertebral de la Segunda Internacional, la revolución rusa de 1905 fortaleció al ala izquierda liderada, en aquel entonces, por Rosa Luxemburg y Karl Kautsky, y condujo a una disputa furiosa en torno a la huelga de masas con el liderazgo sindical, oficialmente subordinado a las decisiones de los congresos partidarios pero ya en proceso de burocratización, agrupado en torno a la *Generalkommission der Gewerkschaften Deutschlands*, liderada por Karl Legien (Day y Gaido, 2009: 44-47).²

Pero no menos importante que los aspectos institucionales del impacto de la revolución rusa de 1905 fue su influencia sobre el desarrollo de la teoría marxista, tanto den-

tro como fuera del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. En lo referente a la famosa escisión entre bolcheviques y mencheviques, que había tenido lugar dos años antes por motivos organizacionales, la revolución de 1905 ayudó a solidificar estas divergencias al otorgarles una base estratégica. Nos referimos, por supuesto, a la famosa consigna de Lenin acerca de la “dictadura democrática del proletariado y el campesinado”, que rompe con la estrategia menchevique de concertar una alianza entre la clase obrera y la burguesía en el marco de la revolución democrática, pero al mismo tiempo limita la alianza obrero-campesina a la nacionalización de la tierra, la proclamación de la república democrática y la jornada de ocho horas – es decir, excluye el programa máximo socialista (la expropiación de la burguesía y la socialización de los medios de producción) de las metas alcanzables en el marco de la revolución rusa. Esta aparentemente extraña posición, que Lenin abandonaría en la famosas *Tesis de abril* de 1917, se explica por su convencimiento de que el campesinado ejercería la hegemonía en el futuro gobierno obrero-campesino, lo que limitaría los objetivos a alcanzar por los revolucionarios a la consecución de una “vía (norte)americana de desarrollo capitalista”, por oposición a la “vía prusiana” a la que apuntaban las reformas de Stolypin.³ Si bien esta teoría sería resucitada por Stalin y Bujarin para justificar la desastrosa subordinación del Partido Comunista Chino al Kuomintang luego de la muerte de Lenin, no jugó un rol destacado en la segunda revolución rusa de 1917 ya que, como hemos dicho, Lenin mismo la abandonaría *de facto* al momento de su llegada a Petrogrado.

Mucho más significativo a largo plazo fue, por ende, otro efecto de la revolución rusa de 1905 sobre el desarrollo de la teoría marxista: nos referimos al redescubrimiento de la teoría de la revolución permanente, proclamada por primera vez en el famoso *Mensaje del Comité Central a la Liga de los Comunistas*, escrito por Marx y Engels a fines de marzo de 1850, y que, según la mayoría de las descripciones posteriores, habría resurgido completamente formulada, como Minerva de la cabeza de Zeus, en el libro de León Trotsky *Resultados y Perspectivas*, escrito en la cárcel zarista en los primeros meses de 1906.⁴ Fue con el fin de colmar esta laguna historiográfica que produjimos, junto con el profesor Richard B. Day de la Universidad de Toronto, una edición crítica de fuentes primarias que describen el redescubrimiento gradual de dicha teoría a la luz de la experiencia revolucionaria de 1905. El libro fue publicado en 2009 por la editorial holandesa Brill con el título *Witnesses to Permanent Revolution: The Documentary Record* y fue reeditado en el año 2011 por la editorial norteamericana Haymarket.

La recepción de *Witnesses to Permanent Revolution: The Documentary Record*

Witnesses to Permanent Revolution incluye 23 documentos traducidos del ruso y del alemán, ocho de ellos escritos por Karl Kautsky, cinco por Leon Trotsky, cuatro por Rosa Luxemburg, dos por Parvus, dos por N. Ryazanov, uno por Franz Mehring y uno por G.V. Plekhanov. El libro tuvo cierto eco en la izquierda anglosajona: siete reseñas en revistas y websites, las cuales fueron todas positivas, con la excepción de la pergeñada por los *Spartacists* con el título bastante elocuente de “*Recycling the Second International: The Neo-Kautskyites*”. De este conjunto de lecturas destaca la reseña hecha por David North en el *World Socialist Web Site*, titulada “*A significant contribution to an understanding of Permanent Revolution*”, que con más de 10.000 palabras es no solo la más extensa sino también la más erudita.

Mucha más circunspecta fue la recepción de nuestro libro en el ámbito académico, si bien fue favorablemente reseñado por William Pelz en *Critique* y por Reiner Tosstorff en

Archiv für die Geschichte des Widerstandes und der Arbeit. Cabe mencionar, por su extrañeza, la crítica que hizo Erik van Ree en la revista *History of European Ideas*, según la cual la socialdemocracia alemana, y particularmente Kautsky, no se habrían percatado de que, en un capitalismo desarrollado, no queda ninguna clase revolucionaria.⁵

Dado el escaso debate académico serio sobre nuestro libro, fue con grandes expectativas que acogimos la celebración de un simposio sobre *Witnesses to Permanent Revolution* en las páginas de *Science & Society*, una revista publicada trimestralmente desde 1936 en New York, de amplia difusión en los ámbitos académicos marxistas anglosajones. Para mejor comprensión del debate, reseñaremos brevemente los contenidos del libro.

Los orígenes de la teoría de la revolución permanente en marzo de 1850

En el *Mensaje del Comité Central a la Liga de los Comunistas* de marzo de 1850 (*Ansprache der Zentralbehörde an den Bund vom März 1850*), Marx y Engels hacen un balance de la experiencia revolucionaria en Alemania desde marzo de 1848, y llegan a la conclusión de que es necesario delimitar políticamente a la clase obrera de la pequeña burguesía democrática. La burguesía liberal alemana había traicionado a las clases populares en 1848, aliándose con los monarcas y la burocracia por temor a una insurrección obrera –un temor inspirado ante todo por el ejemplo del proletariado parisino desde febrero de 1848, que culminó con la masacre de 3.000 obreros en junio. Marx y Engels prevén que durante la próxima ola revolucionaria los pequeños burgueses democráticos jugarán un rol igualmente pérfido. Fijan, por lo tanto, la siguiente tarea para la Liga de los Comunistas:

La actitud del partido obrero revolucionario ante la democracia pequeñoburguesa es la siguiente: marcha con ella en la lucha por el derrocamiento de aquella fracción a cuya derrota aspira el partido obrero; marcha contra ella en todos los casos en que la democracia pequeñoburguesa quiere consolidar su posición en provecho propio (Marx y Engels, 1850: 182).

Y continúan:

Mientras que los pequeños burgueses democráticos quieren poner fin a la revolución lo más rápidamente que puedan... nuestros intereses y nuestras tareas consisten en hacer la revolución permanente hasta poner fin a la dominación de las clases más o menos poderosas, hasta que el proletariado conquiste el poder del Estado, hasta que la asociación de los proletarios se desarrolle, no sólo en un país, sino en todos los países dominantes del mundo... Para nosotros no se trata de reformar la propiedad privada, sino de abolirla; no se trata de paliar los antagonismos de clase, sino de abolir las clases; no se trata de mejorar la sociedad existente, sino de establecer una nueva (Marx y Engels, 1850: 183).

Exhortan a sus seguidores a establecer “una organización propia del partido obrero, a la vez legal y secreta” para asegurar la independencia política del proletariado y a crear una situación de doble poder.⁶ A tal fin, llaman al armamento del proletariado y a su organización independiente como milicias obreras, a la presentación de candidatos obreros junto con los candidatos burgueses democráticos, a la confiscación sin indemnización de las fábricas y de los medios de transporte por el Estado, a la adopción de impuestos confiscatorios sobre el capital y al no pago de la deuda pública. Y concluyen diciendo que los obreros alemanes harán su máxima aportación a la victoria final

... cobrando conciencia de sus intereses de clase, ocupando cuanto antes una posición independiente de partido e impidiendo que las frases hipócritas de los demócratas pequeñoburgueses les aparten un solo momento de la tarea de organizar con toda independencia el partido del proletariado.

Su grito de guerra ha de ser: la revolución permanente” (Marx y Engels, 1850: 189).

En una carta enviada un año más tarde a Engels, Marx resume de la siguiente manera el contenido del documento: “El *Mensaje a la Liga* que escribimos conjuntamente [no es] en el fondo sino un plan de campaña contra la democracia”.⁷ El *Mensaje del Comité Central a la Liga de los Comunistas* fue reproducido por Engels en 1885 como apéndice a la reedición de las *Revelaciones sobre el proceso de los comunistas de Colonia*.

Atacada por Eduard Bernstein como un vestigio de putschismo blanquista durante la controversia revisionista que estalló en 1898⁸ —y defendida por Franz Mehring, futuro biógrafo de Marx y miembro de la Liga Espartaco—, la teoría de la revolución permanente continuó sin concitar demasiada atención en los círculos marxistas internacionales hasta los primeros años del siglo XX.

La introducción de la teoría de la revolución permanente en la socialdemocracia rusa

Una de nuestras sorpresas en el transcurso de la investigación que condujo a la publicación de *Witnesses to Permanent Revolution* fue descubrir que la teoría de la revolución permanente fue introducida en el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (POSDR) por David Riazanov (David Borisovich Goldendach, el futuro biógrafo de Marx y Engels), en un largo comentario de 302 páginas al bosquejo de programa escrito por el grupo que editaba *Iskra*, el cual incluía tanto a Lenin como a Plejánov (Riazanov, 1903).

Del análisis de este documento se desprende que, si en Alemania la teoría de la revolución permanente estuvo íntimamente ligada a la crítica de la democracia burguesa, en Rusia el énfasis fue puesto en la transición directa de una revolución democrático-burguesa a una revolución socialista en un país de desarrollo capitalista incipiente. Este énfasis en la dinámica revolucionaria peculiar de los países atrasados surge incorporando al discurso marxista ruso ciertas ideas de los *Narodniks* o “populistas”, desarrolladas en particular por Nikolai Chernyshevsky, el líder del movimiento revolucionario de la década de 1860, y por los “populistas legales” Nikolai Danielson (bajo el seudónimo Nikolai-on) y V.P. Vorontsov. Todos estos autores resaltaron los así llamados “privilegios del atraso”, es decir, la posibilidad de que los países históricamente rezagados no copien mecánicamente todos los estadios de desarrollo de los países avanzados sino que, aprendiendo de su experiencia y asimilando sus avances tecnológicos e intelectuales, salten etapas históricas y experimenten un desarrollo económico y social acelerado.⁹

En su crítica al programa de *Iskra* Riazanov retoma estos argumentos e intenta aplicarlos al análisis de lo que él denomina “las características especiales de Rusia y las tareas de los socialdemócratas rusos”, formulando una teoría preliminar de la revolución permanente (Day y Gaido, 2009: 84). Si la Rusia “atrasada” podía iniciar el despertar revolucionario de Europa, era imprescindible entender cómo un país “campesino”, que de todas las potencias capitalistas era la menos desarrollada, podía saltar de la asfixia de las instituciones semif feudales a una revolución que despejaría el camino hacia un futuro socialista. Riazanov respondió con el argumento audaz de que Rusia era una excepción al “patrón normal” de evolución del feudalismo al capitalismo y de allí al socialismo.

En “El proyecto de programa de *Iskra* y las tareas de los socialdemócratas rusos”, Riazanov exploró sistemáticamente las “peculiaridades” de la historia de Rusia, al igual que Trotsky lo haría casi tres décadas más tarde en el primer capítulo de su *Historia de la Revolución Rusa*. Riazanov observó que, a diferencia de Europa occidental, en Rusia

había surgido un movimiento social-revolucionario autóctono que coincidió con el surgimiento del capitalismo. Dado que el capitalismo ruso había sido en gran parte financiado por importaciones de capital, y en ese sentido había sido trasplantado de Europa occidental, la burguesía rusa era demasiado débil para ofrecer una oposición liberal efectiva a la autocracia. Y la combinación de un desarrollo capitalista acelerado con el liberalismo impotente, necesariamente transformaba a los trabajadores organizados en responsables del futuro revolucionario de Rusia. La esterilidad política de la burguesía rusa hacía que la principal tarea de los socialdemócratas fuera, según Riazanov, “impulsar la revolución hacia adelante, y llevarla hasta sus últimas consecuencias. El lema de la actividad socialdemócrata es la *revolución en permanencia* –no el ‘orden’ en lugar de revolución, sino la revolución en lugar del ‘orden’” (Riazanov, 1903: 131).

Vemos que Riazanov efectivamente anticipó los argumentos principales que León Trotsky posteriormente incorporó a su famoso libro *Resultados y perspectivas*. Esta convicción es reforzada por la evidencia proporcionada por un segundo documento, escrito tres años más tarde y también incluido en *Witnesses to Permanent Revolution*, en el cual Riazanov afirma:

Concentrando todos sus esfuerzos en completar sus propias tareas, el proletariado al mismo tiempo se acerca al momento en que el problema no será la participación en un gobierno provisional, sino la toma del poder por la clase obrera y la conversión de la ‘revolución burguesa’ en un prólogo directo a la revolución social (Riazanov, 1905: 473).

Parvus y la teoría de la revolución permanente

Mucho mejor conocido que el papel de Riazanov en la reelaboración de la teoría de la revolución permanente durante la revolución rusa de 1905 es el de Parvus (Alexander Israel Helphand), cuyo rol es resaltado, por ejemplo, en la trilogía biográfica sobre Trotsky escrita por Isaac Deutscher. Pero curiosamente, el principal documento al cual se hace generalmente referencia en este contexto, su introducción al folleto de Trotsky *Antes del 9 de enero*, titulado “¿Qué se logró el 9 de enero?”, nunca había sido traducido al inglés ni al castellano. En *Witnesses to Permanent Revolution* tradujimos tanto el folleto de Trotsky como la introducción de Parvus (Day y Gaido, 2009: 251-332), así como un artículo de Parvus titulado “Nuestras tareas”, fechado el 13 de noviembre de 1905.

En “¿Qué se logró el 9 de enero?” Parvus sostiene que el liberalismo en Europa occidental había florecido en el contexto de la vida urbana y del comercio, pero que el liberalismo ruso había sido una idea importada, con raíces poco profundas. Históricamente, la vida urbana de Rusia se parecía muy poco a la de Europa occidental: las “ciudades” eran sobre todo puestos administrativos de la autocracia o, a lo sumo, “bazares comerciales para la aristocracia de los alrededores y el campesinado”. Cuando las presiones extranjeras finalmente obligaron a Rusia a importar elementos de la modernidad capitalista, el proletariado industrial emergente se concentró en grandes fábricas, saltando el estadio de la organización en guildas y de la manufactura.

Parvus creía que en la primera etapa de la revolución rusa las fuerzas opuestas del liberalismo y el socialismo podrían encontrar un terreno común, pero que el derrocamiento de la autocracia iniciaría una prolongada lucha política en la que se habrían de definir sus relaciones en términos de objetivos mutuamente contradictorios. Mientras que los liberales tratarían de conseguir el apoyo de la clase trabajadora para el constitucionalismo burgués, la obligación más importante de los socialdemócratas sería mantener la independencia política del

proletariado y su compromiso con un programa socialista. Los socialdemócratas debían hacer uso del apoyo de los liberales siempre que fuera posible, pero debían también prepararse para una prolongada lucha de clases e incluso para una guerra civil, en la cual la experiencia histórica de Europa occidental podía ser drásticamente abreviada y el proletariado ruso podía surgir como la vanguardia de la revolución socialista internacional. La conclusión ineludible era que sólo los trabajadores podrían completar el derrocamiento revolucionario del absolutismo (Parvus, 1905).

La visión Parvus era impresionante por su audacia, pero también dejó profundas cuestiones sin respuesta: ¿hasta qué punto un gobierno obrero en Rusia se vería obligado por su propia misión a avanzar en la dirección del socialismo, y hasta qué punto podía avanzar antes de ser finalmente derrocado por la reacción?

Karl Kautsky y la revolución en permanencia

Quizás la mayor sorpresa que tuvimos fue descubrir el rol central que jugó Karl Kautsky –generalmente considerado un apóstol del quietismo y del reformismo socialdemócrata– en el renacimiento de la teoría de la revolución permanente durante la revolución rusa de 1905. Lamentamos sinceramente que los *Spartacists* norteamericanos nos consideren “neo-kautskistas” interesados en “reciclar la Segunda Internacional”, pero como historiadores nuestro deber es ante todo reflejar lo que dicen las fuentes.¹⁰

De hecho ya Trotsky había mencionado a Kautsky como partidario de la teoría de la revolución permanente en 1905, en su introducción del año 1922 a su libro sobre la primera revolución rusa. En ella afirma:

El debate sobre el carácter de la revolución rusa rebasó desde un comienzo los límites de la socialdemocracia rusa e involucró a los elementos avanzados del socialismo mundial. La manera en que los mencheviques concebían la revolución fue expuesta en su forma más concienzuda, es decir, vulgar, en el libro de Cherevanin (Tscherewanin, 1908). Los oportunistas alemanes inmediatamente abrazaron con entusiasmo dicha perspectiva. A propuesta de Kautsky, hice la crítica de ese libro en *Die Neue Zeit* (Trotsky, 1908). Entonces Kautsky se mostró totalmente de acuerdo con mi apreciación. También él, como el fallecido Mehring, adhería al punto de vista de la “revolución permanente” (Mehring, 1905). Ahora Kautsky pretende unirse retrospectivamente a los mencheviques, es decir, reducir su pasado al nivel de su presente. Pero esta falsificación, requerida por los resquemores de una conciencia sucia, encuentra obstáculos en la forma de documentos impresos. Lo que en aquella época escribió Kautsky, lo mejor de su actividad literaria y científica (su respuesta al socialista polaco Luśnia, los estudios sobre los obreros norteamericanos y rusos, la respuesta a la encuesta de Plejánov sobre el carácter de la revolución rusa, etc.), fue y sigue siendo una implacable refutación del menchevismo, y justifica completamente, desde el punto de vista teórico, la táctica política adoptada más tarde por los bolcheviques, a la que los estúpidos y renegados, con el Kautsky de hoy a la cabeza, acusan de ser aventureros, demagogos y bakuninistas (Trotsky, 2006: 15).

Los tres documentos de Kautsky mencionados por Trotsky, junto con cinco más, han sido incluidos en *Witnesses to Permanent Revolution*. Kautsky pensaba que el centro de la actividad revolucionaria se desplazaba a Europa Oriental, y que las tormentas políticas que se avecinaban en Rusia podrían revitalizar la socialdemocracia alemana.

En su respuesta a una crítica de su libro de *Die Soziale Revolution* realizada por el líder socialista polaco Michał Luśnia (Kazimierz Kelles-Krauz), el teórico más importante del Partido Socialista Polaco (PPS), Kautsky desarrolla la idea de que, una vez que el partido proletario se haga con el poder político, la lógica objetiva de su situación lo obligará a empezar a aplicar un programa socialista. Afirma textualmente que “allí donde el proletariado ha conquistado el poder político, la producción socialista aparece como una

necesidad natural... Sus intereses de clase y la necesidad económica lo fuerzan a adoptar medidas que conduzcan a la producción socialista” (Kautsky, 1904: 199). El impacto de estos argumentos sobre Trotsky fue enorme: en lugar del determinismo económico tradicional, según el cual las fuerzas productivas en Rusia no estaban suficientemente desarrolladas como para permitir la realización de tareas socialistas, Kautsky plantea que *la dinámica de la lucha de clases* va a obligar a la clase obrera, cuando se haga con las riendas del poder político, a implementar medidas económicas de carácter socialista.

Más elocuente aun es el artículo “Las consecuencias de la victoria japonesa y la socialdemocracia”, escrito en julio de 1905, donde Kautsky utiliza la expresión “revolución en permanencia” en *ocho* ocasiones. Una cita bastará para mostrar en qué medida Trotsky se apoyó en Kautsky cuando escribió *Resultados y perspectivas* un año más tarde, en el verano de 1906:

La revolución en permanencia es precisamente lo que los trabajadores de Rusia necesitan. La revolución ya ha madurado y crecido enormemente en fuerza, especialmente en Polonia. En pocos años podría convertir a los obreros rusos en una tropa de elite, tal vez en la tropa de elite del proletariado internacional; una tropa que unirá a todo el fuego de la juventud con la experiencia de una praxis de lucha histórico-mundial y con la fuerza de un poder dominante en el Estado. Tenemos todas las razones para esperar que el proletariado ruso llegará a la revolución en permanencia o, para decirlo en términos burgueses, al caos y a la anarquía, y no en al gobierno fuerte que el señor Struve y sus amigos liberales están deseando (Kautsky, 1905^a: 380).

El artículo de Kautsky “Vieja y nueva revolución”, escrito para un folleto conmemorando el primer aniversario del “Domingo sangriento” del 22 de enero de 1905, es notable por su comparación de la dinámica de clases de la revolución inglesa, francesa y rusa. Según Kautsky, la revolución inglesa había sido “un evento puramente local”; la revolución francesa, aunque convulsionó a toda Europa, terminó en el régimen militar de Napoleón, pero la revolución rusa prometía “inaugurar una era de revoluciones europeas que terminará con la *dictadura del proletariado* allanando el camino para el establecimiento de una *sociedad socialista*” (Kautsky, 1905b: 536, énfasis en el original).

En cuanto a la respuesta de Kautsky al cuestionario de Plejánov sobre el carácter de la revolución rusa, titulada “Las fuerzas motrices de la revolución rusa y sus perspectivas” (Kautsky, 1906b: 567-607), Trotsky mismo la definió en 1908 como “la mejor exposición teórica de mis propios puntos de vista”.¹¹ Es interesante constatar que el artículo fue traducido del alemán al ruso separadamente tanto por Trotsky como por Lenin, ya que ambos lo consideraron una vindicación de sus respectivos puntos de vista sobre la revolución rusa.¹²

Los “estudios sobre los obreros norteamericanos y rusos”, mencionados por Trotsky de acuerdo al título de la traducción rusa, son una serie de artículos publicados originalmente en *Die Neue Zeit* bajo el título *El obrero norteamericano* en febrero de 1906, en respuesta al famoso ensayo del historiador alemán Werner Sombart *¿Por qué no hay socialismo en los Estados Unidos?*, que ha sido traducido al castellano.¹³ La conclusión de Kautsky era que *no había ni podía haber una “vía única” de desarrollo capitalista*. Kautsky comparó la evolución histórica de Gran Bretaña, Inglaterra y los Estados Unidos en base a la idea de que el mercado mundial es la totalidad contradictoria que explica las particularidades necesarias de todas las partes. Dentro de este marco más amplio, Kautsky no vio un “patrón” capaz de explicar de manera uniforme las relaciones de clase en términos abstractos de “niveles” de desarrollo capitalista. Por el contrario, sostuvo que “cada extremo puede estar presente en un país en la medida en que el extremo opuesto existe en otro país”. Rusia y Estados Unidos eran los extremos del capitalismo que en su conjunto presagiaban el futuro del socialismo mun-

dial. En ambos, “uno de los dos elementos del modo capitalista de la producción es desproporcionadamente fuerte, es decir, más fuerte de lo que debería ser de acuerdo a su nivel de desarrollo: en Estados Unidos, la clase capitalista; en Rusia, la clase obrera” (Kautsky, 1906a: 620-621).¹⁴

Rosa Luxemburg sobre el carácter combinado de la revolución rusa

Finalmente, debemos mencionar el aporte de Rosa Luxemburg al debate sobre la teoría de la revolución permanente. En un artículo titulado “Después del primer acto”, publicado el 4 de febrero de 1905, Luxemburg fue *la primera persona* en hacer referencia en la prensa socialista de Europa occidental a una “situación revolucionaria en permanencia” en Rusia (Luxemburg, 1905a: 370). Luxemburg esperaba que la revolución llegara a ser permanente, no sólo en el sentido de abarcar todos los pueblos y regiones del imperio del zar, sino también en términos de infundir a un evento formalmente burgués el contenido vital de la lucha proletaria consciente.

En otro documento incluido en nuestro libro, titulado “La revolución rusa” (20 de diciembre 1905), Rosa Luxemburg analiza cómo la revolución rusa estaba relacionada con la historia europea después de la revolución francesa de 1789. La idea básica es que una *revolución de carácter dual* en Rusia completaría la serie de las revoluciones burguesas inaugurada en 1789 y, al mismo tiempo, comenzaría una nueva ronda de revoluciones proletarias a escala internacional que llevaría al triunfo del socialismo. Así como la revolución francesa afectó toda la historia política del siglo XIX, Luxemburg esperaba que la revolución rusa tuviera una influencia similar en el siglo XX (Luxemburg, 1905b).

Finalmente, en su discurso ante el quinto congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, celebrado en Londres del 13 de mayo al 1 de junio de 1907, Rosa Luxemburg afirmó que los obreros rusos no podían contar ni con los liberales ni con los campesinos como aliados confiables. Sus únicos aliados de confianza eran los trabajadores de los otros países. Abandonado a sus propias fuerzas, el gobierno obrero en Rusia sucumbiría inevitablemente, por lo que el resultado final de la revolución rusa dependía del contexto internacional — más particularmente, de la medida en que la revolución rusa sirviera como detonante de una serie de revoluciones proletarias en los países de capitalismo desarrollado (Luxemburg, 1907).

La crítica de Lars Lih a *Witnesses to Permanent Revolution* y nuestra réplica

En su larga reseña de nuestro libro (Lih, 2012) Lars Lih afirma que, a pesar de los seis años que pasamos reuniendo y traduciendo del ruso y del alemán los documentos incluidos en *Witnesses to Permanent Revolution*, no comprendimos su verdadero significado porque llevamos a cabo este proyecto con una misión ideológica, a saber argüir “que Riazanov, Parvus, Luxemburg, Mehring y particularmente Kautsky ‘anticiparon’ el argumento de Trotsky acerca de la ‘revolución permanente’”. “Hipnotizados” por la expresión “revolución permanente”, no notamos que existían de hecho diferencias importantes entre estos autores, y supusimos que “cualquier persona que utilice esta expresión estaba... esencialmente de acuerdo con el argumento particular de Trotsky”. Por ende, llegamos a la conclusión simplista de que todas estas luminarias de la primera revolución rusa eran trotskistas incipientes, haciéndose acreedores de nuestras más cálidas alabanzas, mientras que todos los que no estaban de acuerdo con Trotsky (particularmente Plejánov y Lenin) juegan en nuestro libro el papel de villanos. Lih procede a leer

los documentos “correctamente” y afirma que solo Trotsky señaló “un vínculo entre la revolución democrática y la revolución socialista”, mientras que “ninguno de los otros escritores” fue más allá “del marco de la revolución democrática” – de hecho, todos ellos contemplaban nada más que una “revolución democrática *en Permanenz*” (Lih, 2012: 434-435).

El problema metodológico fundamental de la crítica de Lih es que toma como base el principio aristotélico de identidad ($A=A$) – o, para ponerlo en términos bíblicos: “cuando ustedes digan ‘sí’, que sea realmente sí; y cuando digan ‘no’, que sea no. Cualquier cosa de más, proviene del maligno” (Mateo 5:37). En otras palabras, Lih opera con las rígidas categorías de “una cosa o la otra”: en su opinión, una revolución puede ser democrático-burguesa o socialista; al hablar de una revolución permanente, los participantes en el debate deben haber hecho referencia, o bien a una “revolución democrática *in Permanenz*”, o bien a una revolución permanente que conduce inevitablemente al socialismo. Fue precisamente este tipo de dicotomía la que nos propusimos evitar, ya que no solamente es un razonamiento profundamente anti-dialéctico, sino que todo el problema con el análisis de la revolución rusa de 1905 parte del hecho de que no fue una revolución ni puramente burguesa ni puramente socialista, sino un fenómeno histórico *sui generis* que combinó elementos burgueses y proletarios. Más específicamente, la revolución rusa fue una combinación de una *jacquerie* en las zonas rurales, en las cuales vivía más del 80% de la población (a lo que habría que sumarle el movimiento de liberación de las naciones oprimidas por el imperio zarista), con una revuelta obrera en la ciudades, en una sociedad que contaba con tres millones de asalariados sobre un total de 150 millones de habitantes (Haupt, 1979). Por lo tanto, el intento de imponer a la revolución rusa la ley metafísica de identidad hace violencia a su carácter. En nuestro libro reproducimos el siguiente párrafo de Rosa Luxemburg sobre la naturaleza dual de la revolución rusa:

La revolución actual en nuestro país, así como en el resto del reino zarista, tiene un carácter dual. En sus objetivos inmediatos, es una revolución burguesa. Su objetivo es la introducción de la libertad política en el estado zarista, la república y el orden parlamentario que, con el dominio del capital sobre el trabajo asalariado, no es más que una forma avanzada del estado burgués, una forma de la dominación de clase de la burguesía sobre el proletariado. Sin embargo, en Rusia y en Polonia, la revolución burguesa no fue llevada a cabo por la burguesía, como ocurrió anteriormente en Alemania y Francia, sino por la clase obrera – y, por añadidura, por una clase obrera que es en gran medida consciente de sus intereses de clase, una clase obrera que no ha conquistado la libertad política para la burguesía, sino, por el contrario, con el objetivo de facilitar su propia lucha contra la burguesía, con el objetivo de acelerar el triunfo del socialismo. Por esa razón, la presente revolución es al mismo tiempo una revolución obrera. Por lo tanto, la lucha contra el absolutismo en esta revolución tiene que ir de la mano con la lucha contra el capital, contra la explotación”. (Rosa Luxemburg, ‘In revolutionärer Stunde: Was weiter?’, *Czerwony Sztandar* [Cracow], Nr. 26, mayo 1905, Beilage, reproducido en Luxemburg, *Gesammelte Werke*, Vol. 1, Nr. 2, Berlin: Dietz Verlag, citado en Day y Gaido, 2009: 521-22).

El tema del artículo de Rosa Luxemburg, “La revolución rusa” (reproducido en el capítulo 18 de *Witnesses to Permanent Revolution*), es que una doble revolución en Rusia al mismo tiempo completaría la serie de las revoluciones burguesas inaugurado en 1789 y comenzaría una nueva ronda de revoluciones proletarias que conducirían al triunfo internacional del socialismo. El *carácter dual de la revolución permanente* en términos de la finalización de un proyecto histórico dirigido por la burguesía y el comienzo de otro en el cual el sujeto revolucionario serían los obreros –y, en el caso de Rusia, los campesinos– es el eje en torno al cual gira todo nuestro libro. Curiosamente, en su respuesta a nuestra réplica, Lih vio en esta afirmación del carácter dual de la revolución rusa “*a de facto retraction*” (Lih, 2013).

El simposio sobre *Witnesses to Permanent Revolution in Science & Society*

Las contribuciones de Alan Shandro y John Marot pueden ser tratadas más brevemente. Marot nos acusa de tener un “actitud deferencial ante el ‘visionario’ Trotsky” y afirma que “Lih ha intervenido decisivamente para aclarar el asunto” (Marot, 2013: 412). Hay un elemento de incoherencia notable, sin embargo, porque Marot afirma que “Trotsky demostró ser incorregiblemente doctrinario hasta 1917, cuando los bolcheviques adoptaron la teoría de la revolución permanente de Trotsky en forma totalmente independiente, mediante la adopción de las Tesis de abril de Lenin, para orientar su actividad política” (Marot, 2013: 414). Lih, por el contrario, niega que los bolcheviques hayan adoptado la teoría de la revolución permanente en 1917 y afirma que no existen diferencias sustanciales entre dicha teoría y la “dictadura democrática del proletariado y el campesinado”. En palabras de Lih: “Day y Gaido siguen la tradición trotskista de prestar mucha atención al supuesto enfrentamiento entre la fórmula de Lenin ‘dictadura democrática de los obreros y de los campesinos’ y la fórmula asociada con Trotsky, es decir, ‘los trabajadores apoyándose en los campesinos’”, a pesar de que “las diferencias políticas reales entre estas fórmulas son insustanciales” (Lih, 2012: 443, nota 8).

Shandro, por el contrario, tiende a defender nuestro análisis contra la crítica de Lih, si bien lo hace en términos ajenos al universo conceptual de los participantes en el debate (“telos” vs. “agency”). No obstante, reproduce dos citas que confirman nuestro énfasis en el carácter dual de la revolución rusa. La primera está tomada del artículo de Rosa Luxemburg “La revolución rusa”, escrito el 20 de diciembre de 1905, y dice claramente que la revolución rusa, “siendo formalmente democrático-burguesa, pero esencialmente proletario-socialista, es, tanto por su contenido como por su método, una *forma transicional* de las revoluciones burguesas del pasado a las revoluciones proletarias del futuro, lo que implicará directamente la dictadura del proletariado y la realización del socialismo” (Day y Gaido, 2009: 526, énfasis nuestro). La segunda cita, tomada de la respuesta de Karl Kautsky al cuestionario de Plejanov, afirma que la revolución rusa no es “ni una revolución burguesa en el sentido tradicional ni es socialista, sino un proceso totalmente singular que tiene lugar en la frontera entre la sociedad burguesa y la socialista, que requiere la disolución de la primera mientras prepara la creación de la segunda” (Day y Gaido, 2009: 607). Shandro concluye afirmando que Lih intenta “marginalizar en forma poco convincente” las “referencias a la revolución socialista de Kautsky, Luxemburg, etc.” (Shandro, 2013: 409).¹⁵

Conclusión

En nuestra opinión, los documentos reunidos en *Witnesses to Permanent Revolution* aún no han encontrado lectores lo suficientemente informados como para hacer avanzar realmente el análisis histórico mediante la consulta de fuentes documentales aun no exploradas, que permitan contextualizar el resurgimiento de la teoría de la revolución permanente en forma más detallada. Por ejemplo, la siguiente línea de investigación merecería recibir un examen más atento: el líder menchevique Martov escribió en *Iskra*, núm. 93 (17 de marzo de 1905), que si los partidos radicales “se desvanecen antes de que hayan tenido tiempo de florecer... el proletariado no podrá rechazar el poder político. Pero también es claro que... no podrá limitarse a los límites de una revolución burguesa... No puede sino luchar por una revolución *in Permanenz*, por una lucha directa con el conjunto de la sociedad burguesa. En términos concretos esto significa otra Comuna de París o el comienzo de una revolución socialista en Occidente, que se extenderá a Rusia. Estamos obligados a aspirar a este último escenario” (citado en Keep, 1963: 200).

Notas

- ¹ Industrial Workers of the World (1905: 213).
- ² Sobre Karl Legien y el rol político desempeñado por los burócratas de la Comisión General de Sindicatos “Libres” (es decir, socialdemócratas) de Alemania, ver Bosch y Gaido (2012).
- ³ Sobre el análisis de Lenin acerca de la vía norteamericana de desarrollo capitalista ver Gaido (2006: 28-48) y Gaido (2013). Sobre la reforma agraria de Stolypin ver Ascher (2004: 176-182).
- ⁴ Dos excepciones parciales a esta generalización son los libros de Reidar Larsson y Hartmut Mehringer, enumerados en la bibliografía.
- ⁵ “*Permanent revolution expressed the hope that communist parties could manoeuvre themselves into power and even convince the other parties to follow them to socialism, in the heat of national struggles in which vast masses were on the move. With the economic progress and political reforms of the latter decades of the nineteenth century this kind of popular revolution became an illusion. Kautsky was only unrealistic in the sense that he failed to understand that the proletariat too was in the process of being integrated into society. In other words, that there was not just one revolutionary class left; there were none*” (Van Ree, 2012: 587-8).
- ⁶ “Al lado de los nuevos gobiernos oficiales, los obreros deberán constituir inmediatamente gobiernos obreros revolucionarios, ya sea en forma de comités o consejos municipales, ya en forma de clubs o de comités obreros, de tal manera que los gobiernos democrático-burgueses no sólo pierdan inmediatamente el apoyo de los obreros, sino que se vean desde el primer momento vigilados y amenazados por autoridades tras las cuales se halla la masa entera de los obreros” (Marx y Engels, 1850: 185).
- ⁷ El original alemán dice: “*Dies die von uns beiden verfasste ‘Ansprache an den Bund’ - au fond nichts als ein Kriegsplan gegen die Demokratie.*” (Marx an Engels in Manchester [London], 13 julio 1851. Marx und Engels, *Werke*, Berlin: Dietz Verlag, 1965, Band 27, p. 278.)
- ⁸ Bernstein (1899), cap. 2 *Der Marxismus und Hegelsche Dialektik. A. Die Fallstricke der hegelianisch-dialektischen Methode* (“Las trampas del método dialéctico hegeliano”) y Mehring (1899).
- ⁹ Sobre este tema ver el excelente libro de Walicki (1971).
- ¹⁰ El provincialismo anglosajón de los *Spartacists* hace que no estén familiarizados con la principal biografía de Kautsky, solo disponible en polaco e italiano (Waldenberg, 1980).
- ¹¹ Carta de Trotsky a Kautsky, 11 de agosto de 1908, Kautsky Archive, International Institute of Social History, Amsterdam, citado en Donald (1993: 91)
- ¹² Ver la introducción de Lenin al mismo en Lenin (1906).
- ¹³ Sombart (2009). Karl Kautsky, ‘Der amerikanische Arbeiter’, *Die Neue Zeit*, 24. 1905-1906, 1. Bd. (1906), pp. 676-83, 717-27, 740- 52 y 773-87. Traducido al inglés en Day y Gaido (2009: 609-61).
- ¹⁴ Lamentablemente no podemos reseñar, en el marco del presente ensayo, el brillante análisis que Kautsky hace de las causas de la debilidad política de la clase obrera estadounidense en comparación con la alemana y especialmente la rusa.
- ¹⁵ Como detalle curioso cabría agregar la cita que Shandro ofrece del marxista favorito de la academia, Antonio Gramsci, quien en los *Quaderni del carcere* afirma, en forma totalmente inepta, que la teoría de la revolución permanente “*ripresa, sistematizzata, elaborata, intellettualizzata dal gruppo Parvus-Bronstein, si manifestò inerte e inefficace nel 1905 e in seguito: era una cosa astratta, da gabinetto scientifico*” (Q19, §24, Gramsci, 1975: 2034). Gramsci ya había afirmado anteriormente que la teoría de la “*revolución permanente*” (en tanto “*guerra de movimiento*”) fue superada por el concepto de “*hegemonía civil*” (entendido como “*guerra de posición*”): “*la formula quarantottesca della «rivoluzione permanente» viene elaborata e superata nella scienza politica nella formula di «egemonia civile». Avviene nell’arte politica ciò che avviene nell’arte militare: la guerra di movimento diventa sempre piú guerra di posizione*” (Q13, §28, Gramsci, 1975, vol. 3: 1566).

Referencias

Ascher, Abraham (2004), *The Revolution of 1905: A Short History*, Stanford University Press.

- Bernstein, Eduard (1899), *Die Voraussetzungen des Sozialismus und die Aufgaben der Sozialdemokratie*, Stuttgart: J.H.W. Dietz Nachfolger.
- Bosch, Constanza Alessio, y Daniel Gaido (2012), "El marxismo y la burocracia sindical: La experiencia alemana (1898-1920)", *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, año 1, nro. 1, pp. 129-152.
- Day, Richard B., y Daniel Gaido (eds.) (2009), *Witnesses to Permanent Revolution: The Documentary Record*, Leiden: Brill.
- Day, Richard B., y Daniel Gaido (eds.) (2013), "Permanent Revolution — But Without Socialism?", *Science & Society*. Vol. 77, No. 3, July 2013, pp. 397-404.
- Donald, Moira (1993), *Marxism and Revolution: Karl Kautsky and the Russian Marxists, 1900-1924*, New Haven: Yale University Press.
- Gaido, Daniel (2006), *The Formative Period of American Capitalism: A Materialist Interpretation*, London: Routledge.
- Gaido, Daniel (2013), "The American Path of Bourgeois Development Revisited", *Science & Society* (New York), Vol. 77, No. 2, April 2013, 227-252.
- Gramsci, Antonio (1975), *Quaderni del carcere*, Edizione critica dell'Istituto Gramsci; a cura di Valentino Gerratana, Torino: Giulio Einaudi.
- Haupt, Georges (1979), "In What Sense and to What Degree Was the Russian Revolution a Proletarian Revolution?", *Review (Fernand Braudel Center)*, Vol. 3, No. 1 (Summer), pp. 21-33.
- Industrial Workers of the World (1905), *The Founding Convention of the IWW: Proceedings*, (27 June to 8 July 1905), New York: Merit Publishers.
- Kautsky, Karl (1904), "Revolutionary Questions" (febrero de 1904), en Day y Gaido 2009, pp. 187-250.
- Kautsky, Karl (1905a), "The Consequences of the Japanese Victory and Social Democracy" (julio de 1905), en Day y Gaido 2009, pp. 373-408.
- Kautsky, Karl (1905b), 'Old and New Revolution' (diciembre de 1905), en Day y Gaido 2009, pp. 529-536.
- Kautsky, Karl (1906a), 'The American Worker' (febrero de 1906), en Day y Gaido 2009, pp. 609-662.
- Kautsky, Karl (1906b), 'The Driving Forces of the Russian Revolution and Its Prospects' (noviembre de 1906), en Day y Gaido 2009, pp. 567-607.
- Keep, J.L.H. (1963), *The Rise of Social Democracy in Russia*, Oxford University Press.
- Larsson, Reidar (1970), *Theories of Revolution: From Marx to the First Russian Revolution*, Stockholm: Almqvist & Wiksell.
- Lenin, V.I. (1906), "Preface to the Russian Translation of K. Kautsky's Pamphlet: *The Driving Forces and Prospects of the Russian Revolution*" (diciembre de 1906), en Lenin, *Collected Works*, Moscow: Progress Publishers, 1965, vol. 11, pp. 408-413.
- Lih, Lars T. (2012), "Democratic Revolution in Permanenz", *Science & Society*, Vol. 76, No. 4, October 2012, pp. 433-462.
- Lih, Lars T. (2013), "Permanent Revolution: A Rejoinder", *Science & Society*, Vol. 77. No. 3, July 2013, pp. 416-427.
- Luxemburg, Rosa (1905a), 'After the First Act' (4 de febrero de 1905), en Day y Gaido 2009, pp. 365-372.
- Luxemburg, Rosa (1905b), 'The Russian Revolution' (20 de diciembre de 1905), en Day y Gaido 2009, pp. 521-528.
- Luxemburg, Rosa (1907), "'The Role of the Bourgeoisie and the Proletariat in the Russian Revolution', Speech to the Fifth (London) Congress of the Russian Social-Democratic Labour Party (25 de mayo de 1907)", en Day y Gaido 2009, p. 543-566.
- Marot, John (2013), "A Maverick in European Social Democracy: Trotsky's Political Trajectory Between 1905 and 1917?", *Science & Society*, Vol. 77, No. 3, July 2013, pp.. 412-415.
- Marx, Karl y Friedrich Engels (1850), "Mensaje del Comité Central a la Liga de los Comunistas (marzo de 1850)", en Marx y Engels, *Obras Escogidas*, Editorial Progreso, 1974, Tomo I, pp. 179-189.
- Mehring, Franz (1899), "Eine Nachlese", *Die Neue Zeit*, 17.1898-99, 2. Bd. (1899), H. 31, 33, 34, pp. 147-154, 208-215, 239-247.
- Mehring, Franz (1905), 'The Revolution in Permanence' (1 November 1905), en Day y Gaido 2009, pp. 457-464.

- Mehring, Hartmut (1978), *Permanente Revolution und russische Revolution: Die Entwicklung der Theorie der permanenten Revolution im Rahmen der marxistischen Revolutionskonzeption 1848–1907*, Frankfurt a.M.: Peter Lang.
- Parvus (1905), 'What Was Accomplished on the Ninth of January' (January 1905), en Day y Gaido 2009, pp. 251-272.
- Ryazanov, N. (1903), *The Draft Programme of 'Iskra' and the Tasks of Russian Social Democrats*, en Day y Gaido 2009, pp. 67-134.
- Ryazanov, N. (1905), *The Next Questions of Our Movement* (septiembre de 1905), en Day y Gaido 2009, p. 465-478.
- Shandro, Alan (2013), "Revolutionary Theory and Political Agency", *Science & Society*, Vol. 77, No. 3, July 2013, pp. 104-411.
- Trotsky, Leon (1908), "Das Proletariat und die russische Revolution", *Die neue Zeit*, 26.1907-1908, 2. Bd., H. 48, pp. 782-791.
- Trotsky, Leon (2006), *1905*, Buenos Aires: CEIP.
- Sombart, Werner (2009), *¿Por qué no hay socialismo en los Estados Unidos?*, Capitán Swing.
- Tscherewanin, A. (1908), *Das Proletariat und die russische Revolution*, mit einer Vorrede von H. Roland-Holst und einem Anhang vom Übersetzer S. Lewitin, Stuttgart: J.H.W. Dietz.
- Van Ree, Erik (2012), "German Marxism and the Decline of the Permanent Revolution, 1870–1909", *History of European Ideas*, 38:4, pp. 570-589.
- Waldenberg, Marek (1980), *Il Papa rosso: Karl Kautsky*, Roma: Editori Riuniti, 2 vols.
- Walicki, Andrzej (1971), *Populismo y marxismo en Rusia: La teoría de los populistas rusos, controversia sobre el capitalismo*, Barcelona: Estela.

La socialdemocracia rusa frente a las elecciones de las dos primeras Dumas del estado

Juan Manuel García

Facultad de Filosofía y Letras - UBA

hombredemilnombres@hotmail.com

Los partidos de la Segunda Internacional, antes de la Primera Guerra Mundial, recurrieron a la intervención electoral de forma sistemática. Esta intervención posibilitó progresos políticos importantes, y, especialmente en Alemania, hizo posible la formación de amplias bancadas parlamentarias de izquierda. La adaptación al parlamentarismo, sin embargo, fue uno de los elementos que contribuyó al abandono del programa revolucionario de la socialdemocracia europea, a partir de la Primera Guerra Mundial. En términos generales, sin embargo, la definición de un ala reformista al interior de la Segunda Internacional es anterior, y tiene un episodio destacado en la polémica entre Bernstein y Kautsky.

En Rusia, en cambio, la intervención electoral bajo la autocracia presentó perfiles particulares dentro de la socialdemocracia europea. Esto determinó que el debate sobre la presentación o no a elecciones y, por sobre todo, sobre con qué política debían intervenir los socialistas, cobrara rasgos novedosos. Este artículo busca reconstruir esos debates y alternativas en el período que va desde la revolución de 1905 hasta las elecciones de enero de 1907, a la II Duma del estado. Especialmente, nos interesa reconstruir los planteos de Lenin para abordar las elecciones.

Nada más contrario al pensamiento político de Lenin que abordarlo como un recetario. Por el contrario, la política de los bolcheviques en la revolución de 1905 –uno de cuyos resultados es la intervención electoral posterior– es el resultado de una evaluación concreta de la acción de los partidos y tendencias políticas rusas, que está condicionado, por supuesto, por la naturaleza histórica de las relaciones sociales y de la revolución en curso en la Rusia zarista. Pero no se trata de derivar en forma mecánica el segundo del primero –o sea, la acción de los partidos de su naturaleza de clases– sino de apreciar la situación concreta para orientarse y orientar a la clase obrera en la acción revolucionaria. Por eso, nos interesa, además de analizar las conclusiones a las que llegaron los bolcheviques al abordar las elecciones, el método de análisis y de intervención política puestos en práctica para llegar a estas conclusiones.

La primera etapa: el boicot

A principios del siglo XX, Rusia continuaba siendo una autocracia gobernada por el Zar, y una casta de nobles de naturaleza feudal. Las relaciones sociales en el campo todavía eran más propias del feudalismo que de un país avanzado. El campesinado no tenía la propiedad de las tierras y estaba sujeto por todo tipo de relaciones de sometimiento a los nobles y terratenientes. El atraso en el campo ruso era proverbial. Al interior de la comunidad campesina existían formas de propiedad comunal. Sobre este trasfondo, se fue desarrollando en las ciudades una industria fabril impulsada por inversiones extranjeras, que fue creando un proletariado numeroso y cohesionado. El primer gran desafío a la autoridad del zar y a todo este régimen social en el siglo XX fue la revolución de 1905, que llevó a las primeras convocatorias electorales a la Duma (un parlamento aunque sin atribuciones soberanas) del Estado.

Las primeras dos convocatorias a la Duma del Estado fueron boicoteadas por la socialdemocracia. ¿Por qué? La convocatoria a la primera Duma, la llamada “Duma de Bulligyn” se produjo a mediados de 1905. La forma de elección era totalmente antidemocrática, y prácticamente no permitía la presentación de los partidos socialistas ni la intervención del movimiento obrero. Pero el factor más importante en la definición de la táctica del boicot, tanto a la Duma de Bulligyn como, posteriormente, a la Duma de Witte, fue la estrategia de los bolcheviques en el cuadro abierto desde el 9 de enero de

1905, con el desarrollo de la primera revolución rusa.

La intervención del movimiento obrero el 9 de enero abre un escenario revolucionario en la Rusia zarista. Una movilización de miles de obreros al centro de Petersburgo, encabezada por el cura Gapón, y llevando un petitorio dirigido al zar, es brutalmente reprimida por la policía dejando como saldo miles muertos en las calles. Es el primer acto de la gran revolución rusa: por así decirlo, su bautismo de fuego.

La movilización se produce en un cuadro de crisis del Gobierno, que se agudiza transcurriendo el año, con las derrotas en la guerra ruso japonesa. En ese cuadro, se agudiza la agitación política entre los trabajadores, pero también entre las clases medias y la burguesía liberal. Las tropas juegan un rol importante: en junio se produce la insurrección del Potemkin, un botón de muestra de todo el estado de ánimo de las guarniciones zaristas, que debían sufrir condiciones terribles de opresión en el lapso de la guerra con los japoneses.

En este contexto, el Gobierno lanza la convocatoria a la Duma. El boicot de los partidos socialistas a la Duma es unánime y, sin embargo, se produce en el marco de un importante debate derivado de la caracterización y las tareas de la clase obrera en la revolución. Estas diferencias se expresan en forma profunda en la cuestión del Gobierno Provisional Revolucionario.

Lenin opone a la participación electoral el llamado a la clase obrera a la insurrección y la preparación sistemática de la misma. La preparación de la insurrección incluía, por supuesto, la cuestión del armamento de la clase obrera, un tema en el cual Lenin insiste especialmente en diversos artículos durante 1905, antes de la huelga general de octubre –en el lapso de la cual se forman por primera vez los soviets–. Para Lenin, el objetivo de la insurrección debía ser la conformación de un gobierno provisional revolucionario.

La posición de Lenin centra el problema en la cuestión del poder. Efectivamente, ¿qué poder soberano podría tener una asamblea constituyente convocada en el marco del régimen zarista, con la represión, las tropas y los servicios velando a favor del Gobierno, sin ni siquiera libertad de reunión y de prensa? Lenin hace especial hincapié en esta consigna, para cortar con las llamadas “ilusiones constitucionalistas”, o sea, las ilusiones en que podría compatibilizarse una apertura democrática con la subsistencia del régimen zarista.

En realidad, la cuestión del Gobierno Provisional revolucionario se combina con una segunda, que nos lleva directamente al problema de la naturaleza y las tareas de la revolución. ¿Debía la clase obrera participar del Gobierno Provisional?

En este punto, comienzan a dividirse con especial claridad las posiciones de las dos alas de la socialdemocracia rusa. Los mencheviques tienen una posición contraria a la participación de los partidos de los trabajadores en el gobierno. Sostienen que la revolución rusa es una revolución burguesa, y que, por lo tanto, la clase que debe encabezarla es la burguesía, a través de sus propios partidos. ¿Cuál debe ser entonces, el rol de la clase obrera? Organizarse para la insurrección, pero, inmediatamente luego de la caída del zar, pasar inmediatamente a la oposición, para preparar una oposición de clase al Gobierno encabezado por las diferentes alas de la democracia burguesa. En opinión de Plejanov, la clase obrera debía organizar una oposición “por abajo” al nuevo Gobierno, y desde allí presionar por el logro de sus objetivos, pero no transformarse ella misma en un factor de poder. Para ello habría que esperar a la fase de la revolución socialista, que vendría precedida de un largo desarrollo de la democracia burguesa.¹

Desde el principio, todas las variantes de la socialdemocracia rusa admitían que la revolución sería una revolución burguesa. Rusia era un país atrasado, donde el desarrollo capitalista en las ciudades, que había dado origen a una clase obrera numerosa, se combinaba con el atraso en el campo, donde pervivían relaciones de servidumbre y un campesinado (90 millones) empobrecido y sumido en el atraso.

Sin embargo, Lenin defiende la participación de los trabajadores en el Gobierno Provisional Revolucionario, en el bloque de fuerzas junto a la “masa del pueblo” con aspiraciones democráticas, cuyas reivindicaciones son las de la revolución democrática burguesa. Lenin se delimita, así, tanto, de quienes niegan la necesidad de la participación de la clase obrera en el poder, como de quienes, como Trotsky o Parvus, sostienen ya que “el gobierno provisional será, en Rusia, un gobierno de la democracia obrera” (“Socialdemocracia y Gobierno Provisional Revolucionario”, t. VIII, “Sobre el Gobierno Provisional Revolucionario”, t. VIII).

Según Lenin, el Gobierno Provisional Revolucionario debía convocar una asamblea constituyente y llevar adelante un pliego de reclamos: el otorgamiento de la tierra a los campesinos, sin rescates de ninguna clase, el establecimiento de todas las libertades de reunión y asociación, y la libertad para el movimiento obrero para pelear por sus reclamos.

¿Por qué debía participar entonces la clase obrera en el poder? En primer lugar, por ser la clase más avanzada y tenaz en la lucha contra la autocracia, para defender al gobierno revolucionario, afianzarlo y extender sus conquistas. Esto implicaba llevar adelante la “dictadura revolucionaria de obreros y campesinos” para aplastar a la contrarrevolución y garantizar la puesta en pie de un nuevo régimen social. En segundo lugar, para pelear, desde el poder, por las reivindicaciones del “programa mínimo”: los reclamos obreros compatibles con el desarrollo burgués, que al no ser todavía socialistas, debían llevarse adelante en el marco de una revolución burguesa. La participación de la clase obrera en el gobierno no ponía así en cuestión el carácter burgués de la revolución.

Lo interesante, sin embargo, es que la posición concreta de Lenin sobre este problema se va desarrollando conforme la burguesía liberal y sus partidos van dando pasos concretos en torno a la búsqueda de un entendimiento con el zar. En junio de 1905, una asamblea de representantes de los *zemstvos*² y de la burguesía liberal encomienda a una comisión el pedido de audiencia con la corte para solicitar la convocatoria a una representación popular electa. Posteriormente la reunión se produce y el zar promete la convocatoria a elecciones.³

Estas negociaciones de la burguesía liberal con el zar van de la mano con el desarrollo de otra posición, cardinal: la negativa a conformar una milicia con el armamento general de la población. Esta milicia hubiera implicado armar a la clase obrera, algo que la burguesía liberal rusa no estaba dispuesta a llevar adelante bajo ningún punto de vista. En *Resultados y perspectivas*, Trotsky saca de esta situación la conclusión fundamental de que el triunfo de la revolución rusa está indisolublemente atado a la lucha por el poder para la clase obrera. Lenin, por su parte, condensó estas conclusiones sobre el rol de la burguesía liberal en la Revolución Rusa en su obra *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática*, de mediados de 1905.

Se va configurando así un escenario en donde la clase obrera recurre a medidas de lucha cada vez más avanzadas, mientras la burguesía liberal busca una salida por medio de la negociación con el gobierno. La “constitución” de Bulligyn, que promovía la con-

vocatoria a esta primera Duma del estado, se produce en el marco de estas negociaciones, y la burguesía liberal convoca a elegir representantes. Por eso la posición del boicot y la preparación de la insurrección se combinan, en los momentos previos a la gran huelga de octubre, con la denuncia de este regateo entre la burguesía liberal y el zar sobre el carácter de la nueva constitución.

Sin embargo, en su intento de buscar una salida “ordenada” a la crisis política abierta, la burguesía liberal fracasa. Por un lado, la constitución de Bulligyn no satisface a nadie, no garantiza la libertad de reunión ni asociación e incluso los periódicos liberales son clausurados. Pero el factor que barre con este intento de I Duma es la insurrección de octubre. Detonada por un reclamo menor del gremio de los tipógrafos, la misma se extiende como huelga general revolucionaria a toda Rusia. En este cuadro la clase obrera crea sus propios organismos de deliberación, los *soviets* de diputados obreros, campesinos y soldados, que actúan como un “centro político” de la insurrección, que agrupan al conjunto de los partidos y tendencias revolucionarias en las principales ciudades.

La huelga general de octubre obtiene, por parte del zar, lo que no había obtenido el regateo de los constitucionalistas: un documento escrito comprometiéndose a garantizar la libertad de reunión, de asociación y de prensa, la convocatoria a elecciones libres y la satisfacción de un conjunto de reclamos de la revolución.

El zar se compromete en octubre a convocar a la II Duma del estado. Sin embargo, toda su política durante octubre y noviembre se encamina a quebrar el movimiento revolucionario. En diciembre, una nueva insurrección, dirigida por los bolcheviques de Moscú, es nuevamente derrotada. Sin embargo, la monarquía se ve obligada a convocar a las elecciones para la Duma.

Durante el transcurso de esta primera fase la posición original de Lenin sobre la dictadura democrática de obreros y campesinos (en la cual, recordemos, no se desarrolla a fondo el problema del rol de la burguesía liberal en el curso de la revolución) se va clarificando con el transcurso de los sucesos revolucionarios hasta cristalizar en una caracterización de los partidos políticos de la burguesía liberal rusa y de sus tendencias a la negociación con el gobierno. Luego de la insurrección de diciembre, Lenin escribe, en un texto sintomático, que, una vez el proletariado en el poder, la burguesía pasará a la contrarrevolución arrastrando tras de sí a un sector del campesinado acomodado y medio, y que la derrota de esta contrarrevolución, unida al desarrollo de la revolución en Europa, conducirá a una nueva revolución, esta vez de carácter socialista. Con estas posiciones, el balance de la revolución de 1905 acerca a Lenin a las posiciones de Trotsky sobre la naturaleza de la Revolución Rusa.⁴

El boicot a la Duma de Witte

No es el objetivo de este texto hacer un balance exhaustivo de las jornadas revolucionarias de octubre y diciembre de 1905. Baste tener en cuenta, por un lado, que fue la experiencia revolucionaria más avanzada de la clase obrera y los campesinos rusos en el marco de la revolución y, por otro, que el movimiento no encontró fuerzas para derrotar en forma completa a la monarquía. En efecto, en diciembre de 1905 fue derrotada la insurrección bolchevique en Moscú, en lo que representó el último gran episodio de esta etapa de la revolución. Interesa analizar cómo, a la luz de esta experiencia, se va forjando la posición de ambas fracciones de la socialdemocracia rusa frente al problema electoral.

La insurrección de diciembre, incluso derrotada, da origen a la convocatoria a la I Duma del Estado que llega efectivamente a reunirse: la Duma de Witte. Es sintomático que sólo se efectivizara la convocatoria a elecciones una vez aplastada la revolución. En la socialdemocracia, que atravesaba un proceso de unificación, se produjo un debate: estando de acuerdo en que la tarea central era la denuncia del carácter manipulado de la representación de la Duma, y en la necesidad de volver a preparar las condiciones de la insurrección contra el gobierno, los bolcheviques proponían boicotear, en tanto los mencheviques propusieron presentarse, aunque sólo para la primera fase de las elecciones, en las que se elegían compromisarios, y no para la segunda, donde se elegían electores a la Duma.

La táctica de los mencheviques estaba fundada sobre una concepción según la cual la socialdemocracia debía apuntar a formar autogobiernos locales, en cada uno de los distritos. Esta táctica fue siempre combatida por Lenin, quien la consideraba distraccionista respecto del objetivo de la formación de un Gobierno Provisional –que implicaba el fin de la autocracia– y, por sobre todas las cosas, utópica. En el congreso de unificación entre ambas fracciones, que se realizó en paralelo al proceso electoral, se impuso la táctica bolchevique del boicot.

El boicot tenía motivos precisos. En primer lugar, la Duma no era un parlamento europeo, sino una institución cuasi consultiva cuya autoridad estaba limitada por el monarca. En segundo lugar, tampoco había, en un período contrarrevolucionario, condiciones de libertad de agitación para participar con banderas propias en la campaña electoral. Por ello, el rol central de los socialdemócratas debía ser diferenciar con claridad a la Duma de la verdadera representación popular, y sobre esa base, llamar a organizarse para la lucha contra la autocracia. Por último, la participación electoral, en opinión de Lenin, habría llevado agua al molino de la burguesía liberal, que quería utilizar la Duma como una plataforma para un acuerdo con la monarquía zarista.

En efecto, el partido *cadete* fue el gran ganador en las elecciones de la I Duma del estado, triunfando ampliamente sobre todas las variantes monárquicas (los centurionegristas y los octubristas) y dando como resultado una Duma con mayoría de esta fuerza política. La particularidad de la situación es que un conjunto de diputados socialdemócratas, sin autorización del Partido, resultaron electos a la primera Duma, en base a acuerdos con los *cadetes*. Como resultado de esta situación, aun boicoteando las elecciones, se formó un bloque socialdemócrata a la I Duma.

Los *cadetes* eran uno de los dos partidos en los cuales se había dividido la burguesía rusa. En octubre de 1905, se divide el viejo partido de los *oszbvozdenistas*, en octubristas y cadetes. Los octubristas son directamente el partido de la gran burguesía, los propietarios fabriles. Los cadetes, en cambio, agrupan a la burguesía liberal, los abogados, intelectuales, escritores, periodistas. Este partido, como partido opositor al zar, manejaba una gran cantidad de periódicos legales y ejercía una enorme influencia sobre la pequeña burguesía y los trabajadores “de cuello blanco” empobrecidos de las ciudades. Los octubristas, un partido legalizado, por el régimen tenían acuerdos mucho más firmes con la nobleza y el zar que los Cadetes.

La experiencia de la I Duma del estado

La formación de este bloque en la I Duma tuvo importancia en la táctica socialdemócrata. La Duma comenzó pronto a chocar con el zar respecto a diferentes problemas. El

período de sesiones coincidió con una reanimación de la lucha de clases extraparlamentaria, especialmente en las provincias. La política de los socialdemócratas en la Duma hay que medirla con este rasero: los diputados socialdemócratas electos apuntaron a transformar a la Duma en una tribuna para una agitación política por el derrocamiento del Gobierno por medio de una movilización extraparlamentaria.

Sin embargo, la política de la mayoría *cadete* dentro de la Duma era distinta. El punto fundamental del reclamo de los *cadetes* dentro de la Duma fue la exigencia al Gobierno de la formación de un gabinete electo por la propia Duma. Se trataba de un intento de transacción entre el zarismo y la burguesía liberal para formar un cogobierno, respetando en lo fundamental los poderes de la autocracia. Dentro del propio bloque socialista, se dio un importante debate respecto de la posición a adoptar frente a esta exigencia. Lenin desarrolló toda una pelea política en contra de que el bloque socialdemócrata aceptara reclamar el Gabinete surgido de la Duma.

Paralelamente, los *cadetes* apoyaron medidas represivas del gobierno contra el ala izquierda, tanto en el plano extra parlamentario (votando a favor de proyectos represivos, por ejemplo, contra la libertad de reunión) como también en la propia Duma, apuntando a limitar la posibilidad de debate.

El otro punto central en el balance de la acción de la Duma del estado es la formación del llamado grupo *trudovique*. Estos eran los representantes de los partidos cercanos al campesinado, los *social revolucionarios*, también llamados “*eseristas*”. El grupo *trudovique* osciló en la Duma entre el apoyo a los *cadetes* y el bloque con los socialdemócratas.

¿Qué importancia tiene la formación del grupo *trudovique*? Lenin había previsto, en *Dos tácticas...*, la delimitación progresiva de la burguesía rusa en dos alas, una revolucionaria, constituida por el campesinado, y otra de conciliación: la burguesía liberal. El grupo *trudovique*, oscilante entre los *cadetes* y los socialistas, representaba para Lenin, políticamente, a esta burguesía revolucionaria, que debía ser una aliada irremplazable, por su peso social, de la clase obrera en la revolución democrática, pero que, en ausencia de una posición firme del ala izquierda, caía bajo la influencia *cadete*. El hecho de poder formar un bloque con este grupo en la Duma, para Lenin, mostraba la posibilidad de delimitar, en los hechos, a este sector, para arrancarlo de la influencia de la burguesía liberal.

La conclusión de esta primera Duma, sin embargo, es que las posiciones de los *cadetes* sobre la formación de un gabinete surgido de la Duma no llegaron a prosperar. Nuevamente, la autocracia pegó un golpe de mano y disolvió la Duma, haciendo uso de atribuciones totalmente legales. Esta disolución de la Duma tiene consecuencias importantes, porque dejó nuevamente al desnudo la endebles de la idea de combinar una representación electa “constitucional” con la monarquía zarista.

Los límites para un acuerdo eran fuertes de ambos lados. Por el lado de los *cadetes*, un acuerdo exitoso con el gobierno habría implicado romper con la base popular que los había llevado a la Duma. Por el lado del gobierno, implicaba hacer concesiones que la nobleza y la corte no estaban dispuestas a hacer, porque consideraban que una ampliación de las libertades democráticas condicionaba su propia supervivencia.

En última instancia el progreso de este tipo de cogobierno sólo hubiera sido viable a largo plazo con la derrota de la revolución. La evolución “burguesa” de Rusia, bajo esta forma de dictadura monárquico-liberal, podría haber seguido el rumbo de un desarrollo capitalista organizado “desde arriba”. Pero, como vemos, esta variante de colabora-

ción política implicaba la derrota total de las perspectivas de la revolución y la adaptación del zarismo a concesiones que, por su propia base política y social, no estaba dispuesto a llevar adelante.

El balance de la disolución de la Duma es instructivo políticamente: los *cadetes*, luego de las elecciones, aparecían en el centro de la situación política. Su táctica de negociación con el gobierno, su negativa a convocar a movilizarse en forma directa, los hizo perder la iniciativa. No hubo una respuesta general a la disolución de la Duma, y nuevamente quedaba planteado el problema de la incapacidad de los métodos parlamentarios para enfrentar al zarismo. Este fracaso ponía nuevamente a la orden del día el debate sobre los métodos para enfrentar al zarismo y, fundamentalmente, la vigencia de la huelga general y la insurrección.

La convocatoria a la II Duma y el debate sobre el frente electoral

En este cuadro, y en un artículo central, Lenin considera que el balance de la I Duma del estado hace necesario revisar la táctica del boicot electoral. Las elecciones, la formación de la Duma, y el debate en su interior produjeron, sostiene, una clarificación de posiciones y una tribuna parlamentaria a la cual la clase obrera no puede renunciar. En este cuadro, los bolcheviques resuelven presentarse nuevamente a elecciones en el caso de una nueva convocatoria (“Disolución de la Duma y las tareas del proletariado”, t. XI).

El debate, ahora, se traslada a qué política se debe llevar adelante y con qué métodos abordar la nueva campaña electoral para la II Duma del estado, que se produce pocos meses después. El dilema central es el siguiente: ¿qué bloques de fuerzas debían enfrentarse en las elecciones? Como hemos visto, los *cadetes* ganaron con amplitud las primeras elecciones a la Duma, superando a las centurias negras, el partido monárquico –zarista. ¿Debían los socialdemócratas formar un bloque común con los *cadetes* contra los partidarios de la monarquía, o presentar listas propias?

Los argumentos en pos de la primera opción, presentados fundamentalmente por Plejanov al interior del POSDR Unificado, pasaban fundamentalmente por la necesidad de enfrentar un posible triunfo electoral de los centurionegrastas si se presentaban dos listas separadas de oposición: socialdemócratas y liberales. Siendo éste el argumento central, había también otros factores, por ejemplo la posibilidad, en un frente con los *cadetes*, de facilitar la agitación electoral e incluso la distribución de la boletas de sufragios, cuyo reparto estaba prohibido incluso antes de las elecciones. El Bund, integrado también al POSDR, defendió asimismo el frente con los *cadetes* como un frente “técnico” es decir, un frente consumado en torno a las candidaturas, y sin una plataforma común, con el sólo sentido de triunfar frente a las fuerzas del zar. Los mencheviques, con Plejanov a la cabeza, sin embargo, defendieron el Frente mediante una línea de adaptación política: proponiendo reemplazar la consigna central del POSDR –la asamblea constituyente convocada por un Gobierno Provisional– por el de la “Duma con plenitud de poderes”. El último argumento para defender el frente con los *cadetes*, especialmente en Petersburgo, era el de la posibilidad de obtener una cantidad mayor de bancas por medio de una negociación que si se presentaban candidaturas propias.

En última instancia, la posición de Plejanov estaba condicionada por la aplicación de un esquema: la revolución rusa era una revolución burguesa, la clase obrera debía entonces presionar desde afuera del gobierno y ayudar al que la burguesía llegara al poder y, por lo tanto, el frente con los *cadetes* era políticamente necesario. Sin embargo,

este esquema contradecía todo el desarrollo previo de los acontecimientos, durante el transcurso de los cuales los *cadetes* habían mostrado a las claras sus límites políticos para enfrentar a la monarquía.

La posición de Lenin

Lenin, consecuentemente, defendió la necesidad de presentar candidaturas propias. La política electoral, sostenía, tiene que ser una continuación de la política general de un partido. La política electoral de los bolcheviques debía ser la continuación de la política revolucionaria, en la arena de la disputa electoral. Entonces, de lo que se trataba era de desarrollar, a partir de la campaña electoral, la conciencia de clase, la cohesión de la clase obrera, su firmeza de principios y su voluntad de lucha. Y los principales enemigos de estas cualidades no eran las cárceles zaristas, sino los discursos *cadetes* y las ilusiones constitucionales.

¿En qué consiste, para Lenin, el peligro de las Centurias Negras? El peligro central no se halla en su posibilidad de acción parlamentaria, sino en la acción fuera del parlamento, en la represión gubernamental, el encarcelamiento de los opositores, la censura y la cárcel. Sin embargo, para enfrentar este peligro, la clase obrera debía prepararse para dar una respuesta organizada en el terreno de la movilización extraparlamentaria. Las candidaturas comunes con los *cadetes* eran contrarias a esta posición, dado que éstos defendían el método de acción parlamentario y eran enemigos de las formas de lucha más avanzadas del movimiento obrero para derrotar a la reacción. Por otro lado, señala Lenin, la posición "frentista" con los *cadetes* sobreestima el rol de la Duma, que sigue sin ser una representación popular soberana. Por lo tanto, cobra aun mayor importancia la campaña electoral como medio para llamar a la clase obrera a organizarse por la vía extraparlamentaria.

Con esta premisa se echa luz a otro problema. Los mencheviques, con su posición, sostenían que, de presentar listas unificadas, podía formarse una Duma totalmente liberal, con un bloque de izquierda fuerte. ¿Vale la pena sacrificar la independencia política del partido obrero en pos de este objetivo? Responde Lenin:

Se trata de dos tipos de Duma: o 200 Centurionegristas, 280 Cadetes y 20 socialdemócratas, o 400 Cadetes y 100 socialdemócratas. Nosotros claramente preferimos la primera opción y consideramos pueril creer que eliminar a las centurias negras de la Duma equivale a eliminar el peligro centurionegrista" ("Sobre los bloques con los cadetes", t. XI).

En ausencia de bloques con los *cadetes*, ¿se debían concertar otro tipo de alianzas? La posición de Lenin sobre este punto sufre variaciones. En un primer momento, considera estéril cualquier tipo de alianza electoral con los partidos trudoviques, en la primera fase electoral. Para la segunda, la elección de los representantes a la Duma llevada adelante por los compromisarios, Lenin admite los frentes incluso con los *cadetes*, sobre la base de representación proporcional, para derrotar a los partidos monárquicos.

En un segundo momento, especialmente a partir de la resolución de la conferencia electoral de Petersburgo de enero de 1906, Lenin defiende ardientemente la conformación de un bloque único del conjunto de la izquierda, para enfrentar a los *cadetes*. La lucha, en este punto, aparece colocada por atraer a los partidos de la pequeña burguesía y el campesinado a un campo revolucionario común junto a los socialdemócratas. La condición, evidente, era que estos partidos no conformaran, a la vez, bloques electorales con los *cadetes*. O sea, que se mantuvieran las "tres listas" electorales: los monárqui-

cos, los *cadetes*, y las izquierdas.

La lucha por este frente de izquierda tenía además un objetivo de clarificación política. El Partido Socialista Revolucionario se había escindido, durante la fase previa, en tres tendencias distintas. La tercera de las tendencias, los llamados “enesistas” buscaba activamente un bloque con la burguesía liberal. El objetivo de Lenin, en este punto, era una ruptura de los *trudoviques* que clarificara posiciones entre el sector partidario de una alianza con el proletariado revolucionario y los aliados de los *cadetes*.

Para nosotros, sólo existe una línea, siempre y donde quiera: tanto en la lucha electoral como en la lucha librada dentro de la Duma y en los combates en las calles, con las armas en la mano: la socialdemocracia lucha en todas partes con la burguesía revolucionaria, contra los *cadetes* traidores (ídem anterior).

Por último, cabe remarcar que, además de estos argumentos de fondo, Lenin nunca subestimó el problema de una victoria electoral de las Centurias Negras. Dedicó abundantes páginas y folletos a demostrar, con números en la mano, que esta victoria no era posible, dado que en las elecciones de 1906 y en las de 1907 en los distritos en los que se votó antes que en Petersburgo, los votos a los *cadetes* más que duplicaban a los de los monárquicos, con lo cual, incluso en la peor de las variantes (una división en dos de los votos anti monárquicos, por la presentación independiente de la izquierda) no había ninguna posibilidad de que triunfaran las Centurias Negras.

Una vez establecido esto, quedaba por ver cómo debía ser la campaña electoral en Petersburgo. En este punto, los materiales de campaña redactados por Lenin son un intento de clarificación política: busca explicar a los electores las diferencias de clase de las tres opciones en disputa y su posición respecto a las reivindicaciones populares más urgentes: el reclamo de la tierra (para el otorgamiento de la cual los *cadetes* exigían el pago a los campesinos de un rescate), el problema de la libertad política, y la actitud y posición respecto a los reclamos fundamentales de los trabajadores.

La evolución de las negociaciones

Estando así planteadas las posiciones políticas, se convocó a una conferencia en Petersburgo para decidir la táctica a seguir por el POSDR. La conferencia se escindió, porque los mencheviques cuestionaron la representación de los mandatos. La ruptura fue provocada por motivos políticos, porque incluso tomando los criterios mencheviques para los mandatos la posición bolchevique contaba con mayoría en la conferencia.

Los “31 mencheviques” escindidos de la conferencia formaron un bloque común con los *trudoviques* para negociar una candidatura común con los *cadetes*. Esta negociación se rompió por un acuerdo de cargos. El bloque de los *eseristas* y mencheviques reclamaba tres lugares de seis en la Duma. Uno para los SR, uno para los mencheviques, y el tercero para la curia obrera (los representantes de los obreros, que votaban por separado). Los *cadetes* ofrecieron sólo dos cargos, con lo cual la negociación se rompió y colocó en crisis al bloque (“La táctica del POSDR frente a la campaña electoral”, t. XII).

¿Por qué los *cadetes* no accedieron a incorporar a estos partidos? Durante la campaña electoral, se emprendieron negociaciones con Stolipyn, el ministro zarista, para obtener la legalidad del partido. Estas negociaciones, según Lenin, los llevaron a bloquear un acuerdo con la izquierda. ¿Y por qué, por otra parte, la izquierda no aceptaría un acuerdo por dos bancas? Aquí viene una argumentación demoledora de parte de Lenin: si el

peligro es el ascenso de la derecha, habría que aceptar el bloque con los *cadetes* incluso con dos bancas. La negativa de los SR y mencheviques a aceptar este acuerdo ponía de manifiesto que el problema central, más allá de las centurias negras, era asegurar un puesto en la Duma. Con dos bancas, no había forma de asegurar este ingreso a todos los partidos en disputa.

En medio de este debate, se realizaron en Petersburgo las elecciones en la Curia Obrera. En ellas, se esperaba un triunfo aplastante de los socialdemócratas. Éstos, en efecto, salieron triunfantes, pero la novedad de la elección fue el progreso de los socialistas revolucionarios. En las fábricas grandes de una cantidad de distritos, derrotaron a los candidatos socialdemócratas, especialmente a los mencheviques. Los socialrevolucionarios recurrieron a un ardid: esconder las negociaciones con los *cadetes*, comunes con los mencheviques, y denunciar, como una posición menchevique, el reclamo de un frente con los *cadetes*. Las elecciones en la curia obrera fueron un golpe a los socialdemócratas (por el avance de los eseristas) que Lenin intentó asimilar atribuyendo la derrota al rechazo proletario a los bloques con los *cadetes*.

El desenlace

La crisis del bloque menchevique y social revolucionario por la dureza de los *cadetes* en la negociación de los cargos hizo su propio trabajo, y los social revolucionarios terminaron concertando un bloque de izquierdas con los bolcheviques en Petersburgo. Los mencheviques llamaron a votar a este frente excepto en los distritos en donde existía peligro del triunfo de las centurias negras. Incluso así, fue un enorme triunfo político del bolchevismo, en su esfuerzo de separar al campesinado de la pequeña burguesía y atraerlo a un campo común junto con la clase obrera revolucionaria, que Lenin atribuyó a la consistencia de la acción política, en base a la caracterización de la burguesía liberal, desde su obra *Dos tácticas...*

El balance de las elecciones confirmó todas las previsiones del bolchevismo. Las centurias negras obtuvieron una votación marginal. La extorsión del “triunfo de la derecha” se reveló como tal: un ardid de los liberales para impedir una presentación independiente de la izquierda y asegurar su propio liderazgo de la lucha contra el Gobierno. La izquierda progresó en votos, sobre elecciones anteriores (por ejemplo, las de Moscú, realizadas previamente), y obtuvo el 25% de los votos, a pesar de las condiciones proscripivas hacia sus organizaciones.

Pero además de este balance, las elecciones proporcionan un material adicional para un balance, porque otorgan datos sobre la penetración de cada partido en las diversas clases de la sociedad. En este sentido, el balance de Lenin, luego de un análisis distrito por distrito, también es instructivo:

Las elecciones han refutado categóricamente ese punto de vista, terriblemente desalentador, de que las ideas de la socialdemocracia son inaccesibles al oficinista y al empleado de comercio (...). Podemos arrebatar al Partido Cadete, que regatea con Stolipyn, a centenares de oficinistas, empleados de comercio, etc. en cada distrito. Si trabajamos en este sentido, podemos quebrar la hegemonía de los Cadetes sobre los pobres de la Ciudad (“Resultados de las elecciones en Petersburgo”, t. XII).

Este trabajo intenta reconstruir las posiciones de Lenin y los debates al interior de la

socialdemocracia sobre las elecciones a lo largo de 1905 y hasta 1907. Este análisis conserva una enorme actualidad. En primer lugar, por el método político de no poner por delante un esquema, a la hora de planificar la acción política, sino el análisis concreto de las relaciones entre los partidos y tendencias políticas, que Lenin llevó adelante desde 1905 y conforme al cual formó sus puntos de vista. En segundo lugar, porque proporciona un ejemplo de lucha política para defender un punto de vista revolucionario frente a los procesos electorales, que son un terreno habitual de adaptación política a los puntos de vista burgueses por parte de los partidos revolucionarios. En tercer lugar, porque muestra que, a diferencia de lo que plantearía una mirada superficial, la política bajo la Rusia zarista luego de 1905 marca una realidad compleja, de lucha de tendencias, intentos de cooptación, maniobras gubernamentales, y por sobre todo, de una intensa pelea de partidos, donde se fue forjando la experiencia política que luego llevó a la revolución de octubre. En cuarto lugar, porque muestra el valor de la pelea electoral para atraer, politizar y ganar para la lucha a capas cada vez más amplias de la población.

Por sobre todas las cosas, nos interesa despertar el interés por el estudio de la historia de la lucha de nuestra clase por su emancipación, en todos los terrenos.

Notas

¹ Ver Lenin: "Sobre el Gobierno Provisional Revolucionario", *Obras Completas*, tomo VIII, Buenos Aires, Cartago, 1960. Todas las citas de Lenin corresponden a esta edición de las *Obras Completas*, excepto cuando se aclara lo contrario.

² Los zemstvos eran asambleas locales creadas por el zarismo, como una forma de "auto gobierno" local, con atribuciones muy limitadas, y una participación mayoritaria de los terratenientes, los clérigos y la clase acomodada de las provincias.

³ Ver Lenin, "Los primeros pasos de la traición de la burguesía" y "Revolucionarios de guante blanco", t. VIII.

⁴ Ver Lenin, "The Stages, the trends, and the prospects of the revolution", *Collected Works*, vol. X, Progress Publishers, en www.marxists.org.

Reconversión capitalista mundial en salud mental. “Clasificar” y “medicalizar”: ¿único negocio?

Hernán Scorofitz

Facultad de Psicología – Universidad de Buenos Aires

hernyescoro@hotmail.com

Resumen

La próxima aparición de la quinta edición del *Manual Diagnóstico y Estadístico de Trastornos Mentales* (en inglés *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders*, comúnmente llamado por sus correspondientes iniciales *DSM*) editado –históricamente– por la American Psychiatric Association, ya ha generado el suficiente revuelo como para vislumbrar un escenario de fracturas en el amplio campo mundial del llamado ámbito de “la salud mental”.

Durante el primer semestre del año 2013, los principales foros virtuales y redes sociales vinculados con la “salud mental” se encuentran saturados de mails, comunicados y declaraciones de instituciones y personalidades denunciando casi por unanimidad el contenido estigmatizante de la nueva criatura de la psiquiatría americana.

Sin embargo, los motivos que despiertan un manantial de repudios no resultan para nada “novedosos” si nos guiamos por la tendencia histórica que se viene desarrollando en las distintas versiones de estas “sagradas escrituras” del campo diagnóstico de la psiquiatría, desde su primera edición de 1952, cuando “ofertara” oportunamente un amplio menú de 106 “trastornos”.

DSM V: Nada nuevo bajo el sol

61 años después de la primera edición, la nueva versión simplemente refuerza su espíritu a través de la ampliación en el número de clasificaciones de trastornos (particularmente a partir de proponer una suerte de “mitosis” de trastornos clasificados en la cuarta edición, donde “un” trastorno dará lugar a “dos” o más), “patologización” en rasgos de conducta y una larga lista de más “trastornos” donde el llamado umbral diagnóstico podría ampliarse como “techo” a sectores de la población contemplados antes como “sanos” o, para la ocasión, “no trastornados”.

La curva ascendente en términos cuantitativos en lo referente al incremento de las clasificaciones ya no sorprende: en 1969, el DSM II proponía alrededor de 180 trastornos, la tercera edición en 1980 aumentó a 265, catorce años más tarde la cuarta versión llegó a casi 300. Para ser fiel a su “inclinación” histórica, y no ser menos que sus predecesores, la nueva (y quinta) edición nos ofertará en breve una mayor abanico de “trastornos” (y/o “trastornados”) que hasta pone en riesgo el estudio clásico de las patologías por parte de la psiquiatría. Con un conocimiento minucioso, o al menos medianamente riguroso del nuevo y sacrosanto manual, el “arte del diagnóstico” y el “ojo clínico” (y de vez en cuando en la psiquiatría “el oído clínico”) quedaría relegado a una simple selección semiológica en un frondoso catálogo de signos y síntomas del “sufrir”.

La histórica autoridad del psiquiatra quedaría disuelta en un simple oficio de óptima percepción (generalmente visual) en un sujeto de acuerdo a su “padecer” clasificado en un manual. Como si el arte del “gourmet” pasara a ser igualado por el criterio de un buen camarero a la hora de sugerir un succulento plato al comensal.

Sin lugar a dudas, la fórmula directamente proporcional “a mayores trastornos, mayor medicalización” (y mayor facturación de los laboratorios) responde a los parámetros del llamado “mercado” de la cura... o mejor dicho, el mercado capitalista de la salud mental. Pero reducir la tasa de ganancia del gerenciamiento de la prescripción del saber frente al padecimiento subjetivo a esto sería, al menos, un enfoque ciertamente limitado y sesgado sobre otro proceso que desde hace décadas se viene desarrollando, y no justamente por los andariveles de los libros contables encofrados en las cuentas de los pulpos medicinales.

Demonizar los encumbrados manuales de psiquiatría se ha transformado en un deporte mundial en vastos sectores de las distintas disciplinas que intervienen en aquello que la Organización Mundial de la Salud, a partir de 1947 (en plena reconfiguración geopolítica mundial imperialista y stalinista), pasó a llamar “salud mental”.

Creo conveniente igualmente destacar algunas transformaciones no solamente nosológicas sino hasta epistemológicas, ideológicas y ontológicas del “Talmud” de la psiquiatría norteamericana desde sus primeras ediciones hasta la casi lista para el mercado.

“Las enfermedades mentales son como flores, flores del mal, nos dejan perplejos, en cuanto a su nacimiento, naturaleza y diversidad”... ¿Alguien podría luego de tanto despotique “antipsiquiátrico” aseverar que semejante prosa poética resultó ser el primer párrafo de la segunda edición del Manual Diagnóstico y Estadístico de Trastornos Mentales, o “DSM II”? ¿Su autor? El eminente psiquiatra francés Henry Ey, quien intentó aportar su “dinamismo” del inconsciente freudiano al organicismo acartonado de la psiquiatría clásica. ¿El año? 1969, cuando todavía chispeaban las barricadas del mayo francés y en la Argentina el levantamiento de la clase obrera fabril junto al movimiento

estudiantil hería de muerte –por primera vez– a una retrógrada dictadura militar. Lo que luego pasó a llamarse “el Cordobazo”.

Como bien señala la psicoanalista Natacha Gordó en su artículo “DSM: Del Sujeto Mismo I.II.III.IV” del libro *La clínica en la emergencia del sujeto* (Horacio Manfredi), retomando una conferencia brindada por el destacado analista Jean Allouch en la Universidad Kennedy de Buenos Aires durante el mes de octubre del año 2005, mientras que en las primeras ediciones figuraba la noción de “Sujeto”, el “DSM IV” termina siendo un acta de defunción...para “el Sujeto”. Más aún, “...no me refiero a la terminología que es usada indistintamente en todo momento en el manual, sino a lo conceptual. A la idea de Sujeto como escindido, atravesado por la cultura, etc.”

Retomando lo que destaca Gordó en su artículo (a su vez transcribiendo literalmente pasajes enteros del DSM II), aparece en el manual un concepto vital para el psicoanálisis, absolutamente vacío de patologización alguna:

...la angustia es la característica principal de la neurosis. Se la puede sentir y expresar directamente o controlarla inconscientemente y automáticamente por mecanismos de defensa como la conversión y el desplazamiento. Generalmente estos mecanismos producen síntomas que se experimentan como malestar subjetivo del cual el paciente desea aliviarse (Manfredi, 2008: 101).

Curiosa y contradictoriamente, en esta edición la homosexualidad era concebida como un “trastorno mental”.

Angustia, defensas, condensación, desplazamiento, malestar subjetivo en lugar de trastornos, depresión, individuos... Ni el más optimista o crédulo podría creer que estas categorías alguna vez figuraron en los papiros celestiales de la psiquiatría americana.

Sería muy difícil evitar la tentación de incluir un prisma historicista a la hora de evaluar semejante contraste (terminológico, al menos) entre los “DSM”. Sin embargo, algunos autores con un recorrido no menor dejaron una marca no tan cercana a cualquier intento de caracterización “historicista” sobre algunas corrientes de “resistencia” a la psiquiatría surgidas al calor de la lucha de clases.

En *La gestión de los riesgos*, Robert Castel propone un aspecto “parcial” en términos de causalidad histórica entre los acontecimientos del mayo del 68 con el desarrollo de los movimientos antipsiquiátricos:

En general se atribuye a los acontecimientos del 68 y a sus secuelas responsabilidad de este decantamiento. Pero esto es solo exacto parcialmente, a condición que se añada que la fascinación ejercida por la psiquiatría y el frágil éxito de la antipsiquiatría han descansado sobre un cierto número de controcircuitos inesperados, que han sido fuente de otros malentendidos (Castel, 1984: 17).

Nada se pierde...todo se “transforma”. Psiquiatría “transformista”.

Ha llamado poderosamente la atención, además, el rechazo público manifestado por varios “popes” de la psiquiatría americana hacia el DSM-V, inclusive de los autores de la edición anterior. Para muchos que impulsan una nueva “antipsiquiatría” del tercer milenio, hasta ha despertado cierto entusiasmo.

El profesor emérito de la Universidad Duke, Allen Frances, uno de los “productores intelectuales” del DSM IV, dejó sentada su posición en la revista norteamericana de

divulgación psicológica *Psychology Today*: “Es el momento más triste de mis 45 años en la psiquiatría...” (Frances, 2013). En su artículo, Frances deja soslayada una “alianza” de los autores de la quinta edición con los pulpos farmacéuticos multinacionales con la intención de incrementar la cantidad de diagnósticos y la consecuente facturación de un puñado de laboratorios.

Resulta curioso (y un tanto “tardío”) el rechazo del profesor Frances. El “salto” del DSM IV al DSM V es meramente “cuantitativo”. A esta altura ni un niño inocente podría pensar que la cuarta edición de 1994 (obra cumbre del académico de Duke) fue publicada de manera absolutamente desentendida de las proyecciones astronómicas en las ganancias de las “empresas del fármaco”, de mediados de la década del noventa. En todo caso, cabría preguntarse si en esta “vuelta”, el benemérito y “emérito” profesor ha quedado fuera de algún “cabildo” entre sus antiguos socios.

El caso demuestra cómo muchas veces el “pataleo” no responde –solamente– a posiciones de tipo “principistas”, por más que los principios sean invocados, sino a cuestiones absolutamente económicas. Cualquier práctica social (como por ejemplo puede ser el acto de “medicar” o “prevenir”) ejercida desde un “saber” estará reglada por las relaciones sociales de producción imperantes en una época determinada.

La negativa a abrazar la quinta edición del DSM como feligreses al santo se extendió también al *National Institute of Mental Health* (Instituto Nacional de Salud Mental de EE.UU.) y tocó las orillas del otro lado anglosajón del Atlántico. La *British Psychology Society* (Asociación Británica de Psicología, BPS) hizo pública el último 13 de mayo una declaración donde sin titubeo alguno llama a “abandonar el modelo biomédico de enfermedad y diagnóstico” y a elaborar “un cambio de paradigma” en relación a las experiencias en que se basan en las “clasificaciones diagnósticas”. Para reforzar su planteo, afirman que “existen pruebas concluyentes de que el sufrimiento humano es el resultado de una compleja combinación de factores psicológicos y sociales” para además convocar a “estrechar la colaboración entre los usuarios de los servicios de salud y los diferentes profesionales sanitarios para elaborar un sistema que tenga en cuenta el origen biopsicosocial del sufrimiento humano”.¹

Las voces lanzadas por referentes de tamaño renombre profesional e institucional desde el pleno corazón del imperialismo anglosajón (EE.UU. e Inglaterra) contra el “modelo biomédico” han sido recibidas como una bocanada de oxígeno por varios sectores “progresistas” del llamado “campo psi”... signo casi inequívoco de un golpe mortal contra los paradigmas reaccionarios y “médicos hegemónicos” de “clasificación”, “diagnóstico” y “cura”, en presunta contraposición con el lado “social” de la “salud mental”: el problema de la “inclusión” en el “sufrimiento humano”. Ya desarrollaremos más adelante este punto.

Si bien pareciera ser algo “revolucionario” y “nuevo”, la concepción proclamada por la BPS atrasa casi 25 años en relación a las principales políticas sanitarias impulsadas por los organismos internacionales de salud.

Todo empieza por “la organización”

Ponemos arbitrariamente como ejemplo la Conferencia por la Reestructuración de la Atención Psiquiátrica en América Latina organizada por la Organización Panamericana de la Salud y la Organización Mundial de la Salud en la ciudad venezolana de Caracas a mediados de noviembre de 1990. Participaron, entre otros, fun-

cionarios del entonces gobierno de Estados Unidos junto al resto de los representantes de la mayoría de los estados latinoamericanos e importantes instituciones médicas como la Asociación Mundial de Psiquiatría, votando “por aclamación” un documento que pretendió abrir la instancia para una (global) “reestructuración de la atención psiquiátrica ligada a la Atención Primaria de la Salud...la promoción de Sistemas Locales de Salud... y modelos alternativos centrados en la comunidad y las redes sociales...la revisión del papel hegemónico y centralizador del hospital psiquiátrico en la prestación de servicios”.²

La “clasificación diagnóstica” atribuida a la “maldita psiquiatría” pasa a ser ahora, para las instituciones y referentes de la “salud mental” imperialista, la nueva (vemos que no tan nueva) “villana de la película” en el padecimiento subjetivo.

El interrogante pasaría a ser si semejante cambio de orientación resulta ser un paso adelante en esta “batalla cultural” contra el “poder psiquiátrico hegemónico” o una adaptación discursiva y nosológica para nuevas facturaciones en el mercado de la salud, por fuera (o complementariamente, como veremos más adelante) del acto de “clasificar” y “medicar”.

La “hegemónica” clasificación psiquiátrica nunca respondió a la de los “objetos de la ciencia” sino principalmente a los requerimientos de intervención elevados, en este caso, a la psiquiatría. La práctica psiquiátrica, como cualquier práctica social enmarcada en una disciplina profesional determinada, está “organizada por los objetivos que pretende lograr, objetivos que no pueden definirse sino en un marco ideológico, de opciones a tomar, de elecciones personales que vehiculizan mandatos sociales. Esta situación es válida para todas las especialidades médicas por igual” (Braunstein, 1980: 44). En esta perspectiva, el acto de curar

...no es un objetivo científico sino una tarea práctica que responde a demandas concretas y que puede implementarse teniendo o no conocimiento científico para ello...el agravante en el caso de la especialidad psiquiátrica es que si bien, y con dificultades, pueden definirse normatividades biológicas en función de la adaptabilidad a modificaciones ambientales, tales definiciones son siempre peligrosas y portadoras de valoraciones sospechosas de colusión con el poder en el caso del funcionamiento personal y social (ídem).

Por último, destaco las palabras del autor, cuando afirma casi a modo de cierre que

... debe entenderse que cada una de estas funciones cumplidas hoy en día por la práctica psiquiátrica merced a servicios prestados por la clasificación depende a su vez de una *determinación más general que procede del conjunto de la práctica social, telón de fondo de la economía política*, sobre el que habrá de leerse y entenderse la actividad de la ‘medicina de almas’ en cada momento de la historia (ídem, *itálicas nuestras*).

Por el momento, elijo hacer caso omiso sobre la demonización ciertamente “salvaje” del “diagnóstico” en la práctica clínica, especialmente para quiénes desde el psicoanálisis en la clínica del día a día escuchamos (además de “ver”) a un Sujeto desde su singularidad y su estructura subjetiva padecer su *inevitable malestar en la cultura*, por fuera de cualquier atisbo patologizante. El diagnóstico para el psicoanálisis de las estructuras freudianas queda absolutamente “despatologizado”. Pero eso es otro tema.

Más vale prevenir (y “ajustar”) que curar

Como señalamos arriba, algunos “capitostes” de la psiquiatría americana y de la BPS, como Cristóbal Colón en 1492, creen fallidamente haber “descubierto las Indias” (y no América), o deciden subirse tardíamente a las carabelas que navegan las aguas a “media velocidad”, sin haber arribado a “tierra firme”. Vamos a tomar nuevamente el “telón de fondo” de las prácticas que nos propone Braunstein: *la economía política*.

Volvemos a la Declaración de Caracas de 1990 como punto de partida de una serie de encuentros internacionales de estados nucleados por la Organización Mundial de la Salud para impulsar políticas de “transformación” en el campo de la “salud mental”, donde la “práctica psiquiátrica” (y los llamados “modelos hospitalocéntricos monovalentes”) son llamados a dejar paso a los modelos de “atención primaria de la salud”, “prevención” y “gestión comunitaria” en los ansiados “sistemas locales de salud” (SILOS).

A nadie (o a muy pocos) de los que veneran las “nuevas prácticas” como modelo “progresista” a la “reaccionaria psiquiatría medicalizadora” se le ocurre interrogarse por qué desde Caracas hasta la fecha, los documentos son suscriptos (y en muchos casos aprobados “por aclamación”) por los principales estados imperialistas. De hecho, la Declaración de Caracas fue firmada por los funcionarios menemistas representantes de la Argentina, sus pares de la mayoría de los países latinoamericanos gobernados en ese entonces por el llamado “neoliberalismo”, y hasta por el gobierno de George Bush (padre), quien dos meses después a alinearse en Caracas a las “políticas comunitarias en salud mental”, bombardearía decididamente la Irak de Saddam Hussein en la operación “Tormenta del Desierto”. Quizás las ansias y el entusiasmo de un nuevo “discurso amo” habrá llevado a pensar a más de uno que el imperialismo se habría trocado en un bloque “progresista”, o al menos ser gestor de “políticas populares” en “salud mental”.

Así, la tendencia a la “autogestión comunitaria” como “prevención” en el padecimiento subjetivo de los “usuarios” ha pasado a convivir como línea estratégica en “salud mental” con la todavía poderosa industria farmacéutica. El “telón de fondo” ha pasado a ser que los mismos Estados que *fogonean* estas “transformaciones” en los diversos encuentros internacionales convocados por la Organización Mundial de la Salud financian a su vez a muchos de las corporaciones farmacéuticas con subsidios y leyes de patentes.

La antinomia pasa a estar expresada en términos de “prácticas” y/o “discursos” (“modelo psiquiátrico hegemónico” versus “modelo descentralizado y comunitario”) pasando por alto las determinaciones sociales e históricas (o las propias relaciones sociales de producción) que atraviesan las llamadas “prácticas en salud mental”. Omisión para nada casual que plantea, o bien una reconversión capitalista presentada como “reforma psiquiátrica”, o bien una disputa de sectores en un mismo campo social dominante, donde todavía prevalecen “los clásicos” y el tren que partió de Caracas en 1990 no ha logrado –por el momento– llegar a la “estación terminal”. O bien, ambos fenómenos desarrollándose en simultáneo y contradictoriamente. Insistimos, economía política como telón de fondo.

Es con esta escenografía que pareciera ser más comprensible la incorporación de algunos “nuevos pasajeros” (que poco a poco aparentemente se bajan de los “trenes médicos hegemónicos”), como el caso del profesor Frances y la BPS. Si algo caracteriza las crisis históricas del régimen capitalista en sus casi 250 años de historia son los realineamientos políticos al propio interior de la clase dominante (y su manifestación particular

en los campos de saberes), y por sobre todas las cosas, la adaptación y apropiación de “formas discursivas” provenientes de presuntas visiones reformistas, de acuerdo a lo que los tiempos históricos reclaman.

¿“Autogestión comunitarista” o gestión capitalista?

El comienzo del nuevo milenio demostró claramente el rotundo fracaso en el cumplimiento del objetivo “Salud para Todos en el año 2000” declarado como meta estratégica en la Conferencia Internacional sobre Atención Primaria de Salud de Alma Ata realizada en Kazajistán en el mes de septiembre de 1978 y organizada por la Organización Mundial de la Salud.

De por sí podría haber resultado un tanto risueño mantener alguna aspiración vinculada con alguna reivindicación de las mayorías populares en una conferencia donde el principal documento resultó suscripto por los principales estados imperialistas y por sobre todas las cosas por países “en desarrollo”, muchos de los cuales permanecían bajo sangrientas dictaduras militares que también terminaron participando de la conferencia. ¿Ejemplos? No hace falta ir “muy lejos”: la República Argentina del recientemente extinto genocida Jorge Rafael Videla.

Si bien el “mundo sanitarista” casi al unísono optó por ofrecer como balance del fracaso el problema del “voluntarismo” (o “falta de voluntad”) de los estados presuntamente “no consecuentes” con el compromiso establecido en 1978, algunos de los surcos estratégicos trazados en Alma Ata quedarían impregnados en los posteriores documentos establecidos por la Organización Mundial de la Salud.

La Atención Primaria de la Salud como “asistencia Sanitaria basada en tecnologías sencillas...a un costo aceptable por la comunidad”,³ el fomento del “grado máximo de auto-responsabilidad y la participación de la comunidad y del individuo en la planificación, la organización, el funcionamiento y el control de la atención primaria de salud, sacando el mayor partido posible de los recursos locales y nacionales y de otros recursos disponibles”⁴ más la participación en la APS de “agencias multilaterales como bilaterales, organizaciones no gubernamentales, agencias de financiamiento”⁵ pasará a instalarse como el nuevo “discurso (no médico) hegemónico”, en lo que se refiere a los escritos y recetas de la OMS. Ni “clasificación”, ni “diagnóstico” ni “medicación” ni “modelo hospitalocéntrico neuropsiquiátrico”... ahora es tiempo de “autogestión”, “recursos locales” de, y en... “la comunidad”.

El *Informe sobre la Salud en el Mundo 2001* de la OMS, titulado “Salud mental: nuevos conocimientos, nuevas esperanzas”, aportará un manto de claridad en relación a las pretensiones del “qué hacer” de los estados, principalmente en todo lo referido al (auto) sostenimiento de los recursos para los abordajes preventivos y tratamientos comunitarios. El comienzo propone como objetivo primordial “Dispensar tratamiento en la atención primaria”.⁶ Su punto 3, “Prestar asistencia en la comunidad”, expone la esencia de la reconversión propuesta:

...el traspaso de los pacientes de hospitales psiquiátricos a la asistencia comunitaria es económicamente eficiente y respeta los derechos humanos. Por lo tanto, se deben suministrar servicios de salud mental en la comunidad, utilizando para ello todos los recursos disponibles...los grandes hospitales psiquiátricos custodiales deben ser sustituidos por centros de atención comunitaria respaldados por camas psiquiátricas en los hospitales generales y apoyo a la asistencia domiciliaria...Este traspaso a la atención comunitaria requiere la existencia de personal sanitario y servicios de rehabilitación a nivel comunitario, junto con la provisión de apoyo para situaciones de crisis, viviendas protegidas y

empleo protegido.⁷

A esta altura la pregunta es sobre qué base material y financiera se apoyará esta “transformación”. El capítulo 4 del Informe, titulado “Políticas y prestación de servicios de salud mental” nos acercará a la respuesta. Su apartado “Sistema de salud y formas de financiamiento”, casi al comienzo, sincera la tendencia que se viene desarrollando en los “países desarrollados”, donde

...durante los últimos treinta años, los sistemas de salud han evolucionado desde un sistema sumamente centralizado hacia uno descentralizado en el que la responsabilidad de la aplicación de políticas y prestación de servicios se han transferido de estructuras centrales a estructuras locales. Ese proceso ha influido también en la configuración adoptada por los sistemas en muchos países en desarrollo. La descentralización presenta por regla general dos características principales: las reformas orientadas a la contención de costos y el aumento de la eficiencia, cuestión que se examina en la presente sección, y el recurso a contratos con proveedores de servicios privados y públicos...⁸

Ya podemos comprender un poco mejor a qué se llamó “utilizar todos los recursos disponibles de la comunidad”. Quien se había ilusionado con ideales “autogestivos” heredados de distintas experiencias históricas de las clases más plebeyas o con experiencias “locales” al estilo zapatista en Chiapas para la atención primaria de la salud (pero gestionados por “la comunidad”...de la OMS) atraviesa el peligro de caer en un cuadro grave de frustración. O no.

Al avanzar en la lectura del documento, el riesgo para los “ilusionados” se agrava; en el mismo apartado, la propuesta es que “*la población sana debe ayudar a costear los gastos de la población enferma...* un sistema de financiamiento puede ser adecuado a este respecto para muchos servicios, y aun así no transferir recursos de los sanos a los enfermos”.⁹ Cada vez más claro y transparente.

El culto a “la comunidad” crece, a medida que también crecen las recetas capitalistas con tinte “comunitarista” en el Informe. En el apartado “Integración de la atención de salud mental en los servicios de salud generales” se proponen medidas casi como una “oferta de temporada” para cualquier gobierno y estado que se valga de “ajustador”:

...para los administradores, las ventajas incluyen el hecho de compartir la misma infraestructura, lo que permite hacer economías por aumento de la eficiencia, la posibilidad de ofrecer una cobertura universal para la atención de salud mental, y el uso de recursos comunitarios que pueden compensar en parte la limitada disponibilidad de personal de salud mental” Pocos párrafos abajo, la definición es contundente: “...Aunque conviene maximizar la eficiencia al asignar los recursos, los gobiernos tendrán que sacrificar parte de ella para poder dedicar también parte de los recursos a fomentar la equidad.¹⁰

“Financiamiento de sanos a enfermos”... “recursos comunitarios por personal de salud mental”...“equidad” (en lugar del principio de “gratuidad” y “universalidad”). Una receta digna de envidia para cualquiera de los gobiernos “neoliberales”. Lo grave no resulta que los tecnócratas de la OMS no hayan reparado en el detalle de que “los sanos” que financien a “los enfermos” en nombre de la “equidad” pueden encontrarse entre la misma clase explotada. Tampoco hubiéramos pretendido que adviertan que suplantar “personal” por “recursos comunitarios” es un canto a la tercerización “paraestatal” en el sistema público de salud. Lo casi escandaloso es que la inmensa mayoría del “progresismo psi”, lejos de elevar el grito en el cielo, permanece estupefacto y fascinado frente a estos documentos plagados de términos “políticamente correctos” para un sector de la “intelligentsia” con pasado “izquierdista”. Las intenciones de reconversión parecen ser por demás honestas y transparentes.

El bandolerismo de la OMS, que elige apropiarse de las categorías y significantes importados de las llamadas corrientes “psi social comunitarias” para empujar el carro en pleno proceso de reconversión capitalista de la salud, ya viene marcando cierto rumbo. Por si alguien tenía alguna duda frente a lo que podría ser una visión intrigante y paranoide de un “ultraizquierdista ultimatista y trasnochado”, un año más tarde, el Documento de la OMS del año 2002 donde presenta en sociedad su Plan de Acción Mundial, reivindica al cierre a sus “asociados que comprendan en toda su dimensión las repercusiones que tiene la carga de los trastornos mentales”.¹¹ ¿A quiénes se refiere?: al “Banco Mundial, sector privado, grupos de consumidores, familiares y profesionales, otras ONGs interesadas, fundaciones, representantes gubernamentales de estados miembros donantes y beneficiarios” (sic). Sin palabras.

Muchos de estos “asociados comprensivos” ya vienen gestionando los llamados “dispositivos alternativos” al modelo “hospitalocéntrico”, particularmente en los países “en desarrollo” y de acuerdo a las leyes de salud mental que se vienen sancionando de acuerdo a los parámetros de la OMS (tan festejadas por el progresismo).

El desaguisado “humanista” de la “gestión comunitaria” a través del “voluntariado” (muchas veces llevado a cabo por organizaciones oficialistas del gobierno de turno y referentes territoriales) en nombre de los “enfoques comunitarios” (y en reemplazo de personal profesional del sector público estatal, tal como lo reclama la OMS) junto a la apología de “lo local”, fue duramente criticado por Robert Castel en el libro que referimos líneas arriba, casi tres décadas atrás:

...el desprecio de las abstracciones de la «vieja» política induce una forma sutil de psicologismo por la cual el sujeto se ha convertido en el último objetivo legítimo de un proceso de transformación completamente banalizado que se jacta todavía, no se sabe bien porqué, de las virtudes del progresismo. La desconfianza respecto de los poderes centrales, de las organizaciones estructuradas, desemboca en la apología de la sociabilidad convivencial en la que los problemas de la vida cotidiana se autogestionen en un marco asociacionista que hace de los militantes reconvertidos, los herederos de las viejas damas de la beneficencia (Castel, 1984).

Sin ánimo de desilusiones, si alguien creía que “la batalla cultural” en “la comunidad” estaba a punto de ser ganada contra la “medicalización” compulsivas y los monopolios de los laboratorios, bajo el ala de la atención primaria de la salud que la OMS viene *agitando*, también queda expuesto nuevamente al riesgo de otra sustancial frustración y decepción.

Luego de tanto “acompañamiento comunitario” para “prevenir” (sin medicar), el año 2009 encontraría a la propia OMS lanzando su curioso manual *Pharmacological treatment of mental disorders in primary health care* (en español, *Tratamiento farmacológico de los trastornos mentales en la Atención Primaria de Salud*). Dos años más tarde, aparecería también publicado por la OMS su maravillosa *Guía de Intervención mhGAP para los trastornos mentales, neurológicos y por uso de sustancias en el nivel de atención de la salud no especializada*. ¿Quiénes aparecen en sus primeras páginas en la columna de “Apoyo Financiero” dentro del apartado de “Agradecimientos”? Aquí van algunos actores de “renombre” caracterizados por su especial interés en los problemas sanitarios de las masas desposeídas: la Asociación Estadounidense de Psiquiatría, el Gobierno de Italia (en ese entonces, encabezado por el magnate Silvio Berlusconi), la Fundación Rockefeller y Syngenta. Esta última firma de origen suizo es uno de los mayores productores de pesticidas, a su vez socio comercial del Laboratorio Novartis, uno de los principales pulpos farmacéuticos a nivel mundial. Dime quién te financia, y te diré a dónde quieres ir...

Queda demostrado cómo pueden convivir bajo dos senderos en paralelo los “abordajes comunitarios” junto a la “medicalización” tan condenada. La orientación social “a doble banda” no da lugar a dudas. Llegando a este punto, el aumento de patologizaciones del flamante DSM V pasa a ser una “canción de cuna”.

“Desmanicomialización” imperialista: La segunda muerte de Basaglia

No vamos a entrar en ninguna polémica sobre el balance histórico de la experiencia de Franco Basaglia en las décadas del 60 y 70 en Gorizia, Trieste y los alcances de la Ley 180 (“Ley Basaglia”) de 1978 hasta ahora. Personalmente, me permito discrepar con lo que considero ciertamente una visión etiológica de tipo “reduccionista” en relación a “la locura”, focalizada casi con exclusividad en la reproducción del clásico manicomio como vínculo “de poder” del médico sobre el paciente psiquiátrico internado. Sin embargo, Basaglia le dedicó gran parte de su obra literaria a aclarar que la “institución manicomial” reproducía la estructura de dominación de una sociedad de clases.

Mi experiencia clínica hospitalaria desde una perspectiva psicoanalítica me obliga a moverme en un amperímetro más amplio a través del concepto de estructuras freudianas (legado de Jacques Lacan) como “diagnóstico”, no patologizante, inclusive en las llamadas psicosis.

Pienso a Basaglia como un “optimista” sobre las causas que enferman en *El malestar en la cultura*. Sin embargo, rescato su audacia en su empresa “desmanicomializadora” y sobre todos sus principios ideológicos indivorciables de su tarea.

Como convencido marxista y militante del Partido Comunista italiano (muy resistido por los sectores más stalinistas), “curiosamente” Basaglia y su obra terminan siendo también un “apartado destacado” en el Informe del 2001 de la OMS que detallamos líneas arriba ¹²

Al igual que con las llamadas corrientes “social comunitarias”, asistimos a un nuevo acto de “arrebato” por parte del imperialismo sanitario de la OMS sobre el paradigma de Basaglia, reciclado por las recetas “progresistas” con fines absolutamente privatistas. El psicoanálisis también puede dar cuenta de ello en algunos momentos de su historia, principalmente en la década del 40 y 50 (no casualmente en los Estados Unidos a través de la *Ego Psychology*) y en la actualidad, por qué no, ante tanta proliferación de “psicoanálisis aplicado” en tantos ámbitos “de poder”.

No tardó mucho el legado de Basaglia en terminar fagocitado por la Organización Mundial de la Salud. En ocasión del Encuentro Internacional realizado en el mes de febrero del año 2010, organizado por el Departamento de Salud Mental de esa ciudad italiana (epicentro por excelencia de la experiencia de Basaglia), el documento “Trieste 2010: ¿Qué es la Salud Mental? Hacia una red global de salud de la comunidad” oportunamente declaró casi como “alerta” los embates de la crisis capitalista mundial en las reformas oportunamente desarrolladas por la Ley 180 impulsada por el movimiento encabezado por Basaglia.

En Italia, tras el cierre de los manicomios, y sobre todo en la última década, las nuevas formas de daño y el abandono han vuelto a aparecer no solo en los hospitales, clínicas y residencias para pacientes crónicos, sino también en los servicios comunitarios. Estas instituciones reproducen, aunque en diferentes formas, la deshumanización de los hospitales psiquiátricos... En la hospitalización generalizada de la atención psiquiátrica, que ha tenido lugar en todo el mundo, el eje de atención

basado en la custodia de control se ha desplazado parcialmente desde el hospital a la comunidad...

Cabe también a manera de evitar cualquier exitismo sobre la experiencia “desmanicomializadora” en Trieste (en principio por respeto al propio Basaglia) citar a Pasquale Evaristo, psiquiatra italiano de larga trayectoria en el propio Departamento de Salud Mental de Trieste:

Tenemos lugares que continúan desarrollando la ley 180, pero bajo el desafío con los límites económicos, y otras regiones, por ejemplo del norte, que actúan medicalizando los servicios hospitalarios y comunitarios y privatizando estructuras de rehabilitación. También Trieste está adentro de este contexto económico y político”.¹³

Otra vez la “economía política” como “telón de fondo” en el debate sobre “abordajes”, “disciplinas”, “prácticas” y “discursos” en “salud mental”. A la hora de “soluciones”, el Encuentro de Trieste de Febrero de 2010 no ahorra las mismas recetas vertidas por la Organización Mundial de la Salud que se vienen describiendo en este artículo.

En esa perspectiva no tardarían muchos meses para un nuevo “matrimonio”. Con fecha 2 de septiembre del mismo 2010, “la Organización Mundial de la Salud ha confirmado al Departamento de Salud Mental ASS N. 1 de Trieste como Centro Colaborador para los siguientes temas: apoyo y programación en los diferentes países en los caminos de la desinstitucionalización y el desarrollo de servicios de salud mental integrados en la comunidad”.

El legado de Basaglia es condenado a la cooptación de la gestión capitalista de la OMS en el presente cuadro de reconversión. Creemos que no quedan dudas sobre qué significan “desinstitucionalización” o “servicios de salud mental integrados en la comunidad” en el libreto de “la Organización”. Bastaría con preguntarle a la Fundación Rockefeller (financista de la OMS) y su red de ONGs (las nuevas “perlas” en APS) sobre los alcances de la “desinstitucionalización” y la “red comunitaria”.

El propio Basaglia manifestó sus propias dudas en relación al devenir de su reforma por fuera de una perspectiva ciertamente “optimista” en el desenvolvimiento de la lucha de clases. En el Instituto Siedes Sapientae de San Pablo (Brasil), en ocasión de la conferencia del 18 de Junio de 1979 (un año después de la sanción de la Ley 180), destacó:

Los grandes movimientos de estos últimos veinte años fueron: la revuelta de los estudiantes, las grandes huelgas obreras que hicieron suyas algunas de las luchas de los estudiantes, la lucha en las instituciones psiquiátricas y finalmente, uno de los más importantes, la lucha de los movimientos comunistas. Este momento hizo tener esperanzas en que el mundo pudiera cambiar. Hubo ilusiones, pero también una serie de certezas. Hemos visto, por ejemplo, que cuando el movimiento obrero toma en sus manos luchas reivindicativas, de liberación, antiinstitucionales, esta ilusión se vuelve realidad (Basaglia, 2008: 27).

La “ilusión” confesada por Basaglia en 1979 durante sus conferencias en San Pablo se vuelve una realidad póstuma y a la vez siniestra. No hay margen de dudas que su lucha desmanicomializadora intentó inscribirse en la lucha general por el socialismo encabezada por la clase obrera. Hoy, sus “sucesores” en Trieste ya han iniciado el camino de reconvertir su reforma en el programa “desinstitucionalizador”...del Banco Mundial. Lejos, muy lejos, de los “movimientos comunistas” y el “movimiento obrero” que Basaglia resaltara como pilares de su reforma.

“Inclusión”: El “nuevo” relato en “salud mental”

El próximo Congreso Internacional de Salud Mental (organizado por la Federación Mundial de Salud Mental y la OMS) realizado durante los últimos días de agosto de 2013 en Buenos Aires lleva un título al menos curioso (o a esta altura no tanto): “Interdisciplina e inclusión social como ejes de intervención”.

La propuesta de “inclusión social” como “eje de intervención” en el encabezado de un Congreso conviviendo con la principal imagen de difusión del Congreso —una postal de la zona más emblemática de Puerto Madero, el barrio más pudiente y exclusivo de toda la Ciudad de Buenos Aires, símbolo de la década “neoliberal” de los noventa— puede parecer un chiste de mal gusto, un “descuido” desafortunado sino un “acto fallido” por una curiosa vía imaginaria. Obviaremos mayores comentarios.

Acabadas las “clasificaciones”, “diagnósticos” y “prácticas clínicas”, las soluciones al problema del padecimiento subjetivo y “la locura” empiezan a vislumbrarse por las “batallas culturales”, la “no segregación”, la “asistencia social” y “la inclusión”. En muchas oportunidades estas “salidas” son proclamadas por personajes que sostienen gobiernos y estados que no se caracterizan justamente por una gran “inclusión”, aunque sí con “políticas sociales” y “asistenciales”(istas), muchas veces del mismo molde de “que la población sana financie a la población enferma”. Curiosa interpretación de la “redistribución del ingreso”.

Ni DSM V, ni patologizaciones, ni diagnósticos, ni estigmatizaciones, ni medicalizaciones, ni discriminaciones. Junto con el clásico negocio farmacéutico de la “medicalización”, observamos una marcha a paso redoblado de la mano de las políticas “comunitaristas” y “solidarias” de la OMS, que nos convoca a “incluir” al “sufriente” y al “loco” en “la comunidad”, en una “sociedad” donde el lugar vacante que lo espera alojar, por fuera de cualquier “institución cerrada”, no es un dechado de virtudes en lo que respecta a alguna, aunque sea, igualdad parcialmente formal.

Sobre el problema de “la inclusión” (en la sociedad o comunidad capitalista), Basaglia también fue tajante:

Cuando un interno sale y vuelve a la vida social, se crea una nueva contradicción que tiende a mandarlo nuevamente al manicomio. En ese momento es importante que pueda nacer en la comunidad una toma de conciencia y también es fundamental que yo como técnico no esté del lado de la clase dirigente sino que esté directamente ligado a la clase que sufre esas contradicciones (2008: 29)

A la hora de pretender enumerar los principales problemas en el padecimiento subjetivo y humano de la época, agudizados por una crisis capitalista sin precedentes y frente a tanta apología del “imperialismo sanitario” sobre la “DES” (manicomialización, institucionalización, centralización) y la “INTER” (disciplinas, sectorialidad), cada cual, cada quien, cada “yo como técnico” en el campo de la “salud mental”, desde una ética y una práctica, debería saber dónde pararse. Así como “el camino al infierno está plagado de buenas intenciones”, el paraíso de la “salud mental” está plagado de impostores, al menos, intelectuales.

Notas

- ¹ British Psychological Society's Division of Clinical Psychology (DCP) 13/05/13
- ² Declaración de Caracas OPS/OMS Reestructuración de la Atención Psiquiátrica 14/11/90 Punto 1
- ³ Conferencia Internacional sobre Atención Primaria de Salud Alma Ata 1978 Punto VI
- ⁴ Idem Punto VII
- ⁵ Idem Punto X
- ⁶ Informe sobre la Salud En el Mundo 2001 OMS *Salud Mental: nuevos conocimientos, nuevas esperanzas*, P. xi
- ⁷ Idem P xii
- ⁸ Idem P. 78
- ⁹ Idem
- ¹⁰ Idem P. 93
- ¹¹ Documento OMS 2002 *Cerremos la brecha, mejoremos la atención*" P. 23
- ¹² Informe OMS 2001 Recuadro 4.4 Reforma de la Salud Mental en Italia, P.86
- ¹³ Pasquale Evaristo, La Reforma psiquiátrica hoy día en Trieste e Italia Conferencia Invitada a XXVIII Jornadas de la Asociación Andaluza de Neuropsiquiatría (AEN), Córdoba, 4-6 noviembre 2010

Referencias

- Basaglia, Franco (2008) *La condena de ser loco y pobre. Alternativas al manicomio*. Topia Editorial, Buenos Aires.
- Braunstein, Néstor (1980) *Psiquiatría, Teoría del Sujeto, Psicoanálisis (Hacia Lacan)*, Siglo XXI Editores.
- Castel, Robert (1984) *La Gestión de los Riesgos*, Editorial Anagrama, Barcelona, 1984.
- Frances, Allen (2013) "DSM5 in Distress: The DSM's impact on mental health practice and research", *Psychology Today*, 2013.
- Manfredi, Horacio (2008) *La Clínica en la Emergencia del Sujeto*, JCE Ediciones.

Reflexión teórico-política sobre burocracia sindical

Mauricio Torme

Facultad de Ciencias Sociales – Universidad de Buenos Aires

mauricio.torme@gmail.com

Resumen

Hace unos años algunos sectores de la academia (en el campo de la historia “reciente” del movimiento obrero y la sociología del sindicalismo, UBA) escribieron acerca de la pérdida de vigencia del concepto de Burocracia Sindical dado que el fenómeno sociohistórico que iluminaba revelaba una mayor “complejidad”. Desde nuestra enfoque esa tesis era producto de un planteo teórico-metodológico tradicional que tenía como derivación consecuencias políticas negativas en la realidad concreta donde la burocracia sindical operaba (y opera) diariamente en contra de los intereses, mediatos e inmediatos, del conjunto de los trabajadores argentinos. En efecto, tenemos el propósito de comprender y caracterizar teórica y políticamente a la burocracia sindical. Para ello buscamos desde una posición crítica debatir con el planteo que expresan los historiadores Ghigliani y Belkin sobre la burocracia sindical “existente”, tratando de observar sus límites. Nuestras argumentaciones están sostenidas en el estudio histórico de los conflictos y el accionar de la burocracia de la Unión Tranviario Automotor en el Subterráneo de Buenos Aires, entre 1994 y 2003.

El asesinato del militante del Partido Obrero Mariano Ferreyra a manos de la burocracia sindical de la Unión Ferroviaria dirigida por José Pedraza fue el punto más alto, hasta el momento, de una escalada de violencia ejercida por los sectores burocráticos de los sindicatos allí donde se les presenta un sector político-sindical que intenta dar una lucha por representar los intereses inmediatos y mediatos de los trabajadores.¹

Una serie de hechos sucedidos en los últimos años reflejan esta situación: los distintos acontecimientos ocurridos a los trabajadores del subte como la irrupción en el Hotel Bauen cuando el cuerpo de delegados se disponía a realizar una conferencia de prensa en 2007,² el atentado a la familia del delegado Néstor Segovia en 2009 en el marco de la creación de un sindicato (AGTSYP) independiente de la UTA,³ la violencia ejercida sobre delegados y trabajadores en enero de 2010 cuando se intentaba iniciar el plebiscito para la creación del nuevo sindicato,⁴ los atentados sufridos a los delegados Daniel Farella y Marcolín de la línea 60 a fines de 2011,⁵ entre otros.

En términos objetivos, luego de la crisis política, social y económica de fines de 2001 y 2002, Argentina entró en un proceso de recuperación económica, en comparación con los años previos, y de recomposición institucional. La mejoría del mercado de trabajo producto de una serie de medidas orientadas al mercado interno y la incentivación estatal de paritarias controladas (acuerdos de cúpulas entre la Confederación General del Trabajo, la Unión Industrial Argentina y el gobierno nacional) dio un marco para el desarrollo de reclamos y luchas sindicales en las cuales las direcciones de los gremios comenzaron nuevamente a tener relevancia. Por otro lado, este contexto potenció que determinados sectores político-sindicales de izquierda que venían desarrollando un trabajo previamente a la crisis de 2001, así como otros que se conformaron en ese período, empezaran a ser percibidos como una molestia en tanto afectaban de manera progresiva el poder de las burocracias al defender los derechos de los trabajadores. Son los ejemplos de los trabajadores de subterráneos, Kraft, FaSinPat, ferrocarriles (ex línea Sarmiento), la línea 60 de colectivos, docentes universitarios (AGD-UBA), entre otros. Muy lejos de desaparecer, la clase que trabaja apareció con mayor fuerza: la realidad revelaba que no se sostenían las tesis de la "crisis y el fin de la sociedad del trabajo" (Gorz, 1982; Offe, 1989; Habermas, 1987; etc.), intentos de aniquilar la teoría marxista y a su sujeto histórico.

Seguidismo del objeto ó de cómo conservar lo existente.

La revista de historia *Nuevo Topo* incluyó en su número 7 (2010) un dossier con un debate teórico y político acerca del significado del concepto de *burocracia sindical* en Argentina. Entre las diferentes posiciones se encuentran la de los historiadores Ghigliani y Belkin, quienes sostienen una crítica a la visión ortodoxa y a la posición revisionista del mencionado concepto.

Tomamos aquí el artículo de Ghigliani y Belkin para desarrollar un debate teórico-político porque nos ayuda a establecer los conceptos en nuestro estudio histórico. La elección de esa visión radica en:

Que en el ámbito académico expresa tendencias político sindicales que ganaron terreno en experiencias concretas.

La relativa influencia que ha tenido, y tiene, en debates teóricos políticos en los sectores donde intervienen sindicalmente diversos sectores de la izquierda.

Que plantean complejizar el fenómeno y diluir el concepto de burocracia sindical

como categoría explicativa.

A continuación los puntos problemáticos que pensamos como susceptibles de ser cuestionados desde nuestra posición. Según los autores,

...los esquemas ortodoxos separan tajantemente a las dirigencias de los trabajadores de base hasta el punto de volver irreconocible el mundo sindical realmente existente... denunciar la separación que establecen los análisis ortodoxos entre dirigencias y bases, demostrar la relativa representatividad de los primeros y criticar el esencialismo de la premisa de la que usualmente parten, esto es, el carácter ontológicamente revolucionario de la clase obrera (Ghigliani y Belkin, 2010: 104).

Desde hace algún tiempo se ha desarrollado en el mundo académico un debate acerca de la existencia o no de la *burocracia sindical* y de su pertinencia como categoría teórica. En estas líneas haremos el intento de observar los límites de esta visión "crítica", que se elabora a partir de una confrontación polémica, sobre todo, con la visión denominada por ellos "ortodoxa". Este interlocutor (ortodoxo) es construido de modo imaginario por los autores, dado que no establecen en su texto ninguna referencia bibliográfica de la posición criticada.

Desde nuestra posición, la existencia de la burocracia sindical no depende de si se le da luz y comprensión desde el ámbito académico o en las líneas de un artículo. La entendemos como una fracción de la clase trabajadora que existe en la realidad y cumple una tarea fundamental en el capitalismo que es la de darles a los trabajadores una dirección política-sindical que no busca su *emancipación* sino mantenerlos cautivos de la *explotación por parte del capital*. Así, entendemos que el concepto de burocracia sindical está compuesto de dos elementos principales que lo constituyen: las formas antidemocráticas de toma de decisión (en un extremo la utilización de la fuerza) y, fundamentalmente, su práctica e ideología capitalista (en sus distintas variantes). A partir de garantizar cierta paz social esta fracción genera y reproduce sus propios intereses. Para sostenerlos, necesitan subordinar las formas colectivas de tomar decisiones a decisiones de cúpula, centradas, en general, en el líder del sindicato, y al mismo tiempo necesitan dilatar y relegar las demandas inmediatas y mediatas que puedan plantear los trabajadores. Esta conceptualización busca hacer una delimitación a *grosso modo* de los elementos básicos que contiene una burocracia sindical y que no niega las especificidades u otras características de las burocracias en contextos históricos concretos.

Así entendida, la burocracia sindical, y tomando una posición marxista, se encarga de reproducir al interior del sindicato las prácticas y los valores que mantienen la explotación capitalista en el *todo social*. Los sindicatos son una de las trincheras a través de las cuales el estado capitalista penetra con su ideología y sus políticas en la sociedad civil. En efecto, es portadora y diseminadora de la filosofía de la dominación impregnando a los trabajadores de *sentido común* tal como lo define Gramsci. Sentido que le permite sellar las relaciones de poder entre ellos. Los valores contenidos en las prácticas de la burocracia están en sintonía con los existentes en la vida social, donde lo que predomina es el sostenimiento del orden vigente.

Esta conceptualización puede verse expresada en el accionar de la dirección burocrática de la Unión Tranviario Automotor (en adelante UTA), en el subterráneo y el premetro. Nos referimos a los hechos sucedidos después del segundo paro en mayo de 1997 contra la empresa Metrovías, por parte de un sector importante de trabajadores, por el despido sin causa de una boletera. La burocracia se reacomodaba y operaba de manera meticulosa para desarticular las organizaciones combativas que se venían conformando de manera clandestina. Hablaban cara a cara con los trabajadores, buscaban un trato

cotidiano para filtrar su política. En esta dirección varios delegados de UTA lograron convencer a una boletera que había sido despedida por la patronal para que aceptase una indemnización de 160%. El punto clave en esta situación era que una cantidad importante de trabajadores se habían comprometido en su reincorporación a la empresa arriesgando su puesto de trabajo al realizar una huelga. Con esta iniciativa la burocracia reforzaba la idea de generar salidas individuales en el marco de los valores liberales. Además, golpeaba duramente a los obreros que habían ido al paro. La desconfianza entre los trabajadores se acentuaba, el individualismo se potenciaba y se desactivaba la solidaridad creciente para la lucha. Al mismo tiempo, mostraba los distintos mecanismos de la patronal y la burocracia para poder penetrar la subjetividad de los trabajadores. Este impacto negativo fue registrado por la delegada Bouvet: “la renuncia de Silvia Segovia tuvo un efecto negativo sobre el conjunto. Las opiniones de los compañeros de la línea A se dividieron y la gente de la E estaba preocupada por las causas penales que afrontaban por el primer conflicto” (Bouvet, 2008: 48).

Los historiadores sostienen la premisa de que el trabajador no es ontológicamente revolucionario: el sujeto que vive del trabajo, como ser social, está explotado, alienado y, en su subjetividad, priman los valores del capital. Los núcleos centrales de las tesis de los *Manuscritos económico filosóficos*, de Marx, no han perdido su vigencia en el capitalismo actual. El obrero a priori no es revolucionario así como tampoco lo es democrático, reformista ni conservador: su esencia como todo sujeto social es *ser formado* en mutua relación contradictoria con la objetividad social. Esta afirmación teórica tiene su correlato en lo histórico en el sentido de que el obrero real tiene determinaciones concretas capitalistas.

...ortodoxos y revisionistas operan como si los intereses de las bases fueran algo dado y preexistente. Cuando ello se combina con un determinismo mecanicista, asumen que el antagonismo estructural en el que se encuentra situada la clase obrera basta para identificar las demandas colectivas inmediatas (como un producto natural de la posición objetiva) y las formas de acción que llevaría delante de no mediar obstáculos y desvíos. Cuando no, simplemente deducen, suponen o imaginan los verdaderos intereses obreros. Luego de cumplida esta tarea, ortodoxos y revisionistas pasan a examinar en qué medida y en qué grado, estos intereses son obstruidos o expresados por las direcciones” (Ghigliani y Belkin, 2010: 105).

Un análisis del sociólogo Eduardo Grüner (2006: 115) que divide analíticamente al proletariado como categoría teórica y como categoría sociológica empírica nos parece pertinente de ser recuperado para poder retomar la división entre los intereses inmediatos y mediatos. Los intereses mediatos toman forma a partir de la configuración histórica del capitalismo entre el sujeto que tiene que vender su fuerza de trabajo para poder vivir y el sujeto que tiene un poder suficiente que le permite comprar esa mercancía. La clase subalterna sufre un proceso de expropiación a manos de los capitalistas, y esta situación provoca que no tenga otra opción que ubicarse en una relación que se estructura a partir de la dominación. Los intereses históricos, mediatos,⁶ están conformados por la necesidad de salir de esa situación de explotación y opresión social, de emanciparse de esa configuración histórica. La forma de captar esos intereses es a partir de transitar la experiencia de explotación social al mismo tiempo que comprenderla por medio de una razón crítica. Por otro lado, los intereses inmediatos toman forma a través de distintas situaciones objetivas que el régimen social impone al trabajador en lugares de trabajo concretos. Estos están relacionados con necesidades elementales del trabajador a nivel laboral y humano.

Como se sabe desde los primeros escritos de Marx, el trabajador en el capitalismo se encuentra alienado y por tanto incapaz de poder captar lo que el intelectual crítico/partido de la clase capta. Pero, al mismo tiempo, el obrero está ubicado en una posición en que el intelectual no se encuentra, que es la de *hacer* el mundo (para otro, los capitalistas). La ideología dominante (racional) oculta cotidianamente al obrero su condición de tal (aquí el proceso de alienación es central) así como borra el trauma originario que lo hizo obrero, muy bien explicado por Marx en su capítulo XXIV sobre la acumulación originaria. De este modo se torna nodal dar cuenta del carácter histórico que poseen las relaciones sociales capitalistas y de que su instauración fue un proceso de varios siglos, signado por la violencia, la guerra y la expropiación social.

Los valores e ideas que se encuentran contenidos en el sentido común funcionan como pegamento —“argamasa”, dice Gramsci— para mantener desmovilizados a los obreros o movilizados por la ideología sindicalista que no busca romper con la dominación entre clases. Aquí cobra fuerza el elemento *conciliador* de las burocracias sindicales, haciendo pasar a través de su política el interés particular como general. Se sabe que, en general, la burocracia construye hegemonía, un equilibrio entre consenso y coerción (Neuhaus, 2006: 92), al hacer concesiones a los obreros en reivindicaciones puntuales pero que, como es razonable, no atentan contra su *razón de ser*. En esta dirección Gramsci aporta mayor lucidez al decir que

el hecho de la hegemonía presupone, que se constituya, sin duda, que se tenga en cuenta los intereses y las tendencias de los grupos sobre los cuales se ejercerá la hegemonía, que se constituya un cierto equilibrio de compromiso, o sea que el grupo dirigente haga sacrificios de orden económico-corporativo, pero también es indudable que tales sacrificios y el mencionado compromiso no pueden referirse a lo esencial, porque si la hegemonía es ético-política no puede no ser también económica, no puede no tener su fundamento en la función decisiva que ejerce al grupo dirigente en el núcleo decisivo de la actividad económica (2002: 385).

La organización, el liderazgo, los procesos de toma de decisión y las propias direcciones sindicales, juegan un papel central en este proceso (formación de los intereses inmediatos colectivos)... La cuestión no consiste en medir en qué grado las organizaciones y las direcciones sindicales obstruyen o representan los genuinos intereses de las bases, sino que ellas mismas son poderes constituyentes de los intereses colectivos de los obreros. Por lo tanto, desde esta perspectiva, la cuestión de la burocracia trasciende las características y políticas del grupo dirigente. Lo que está en juego es el modo colectivo de organización y definición de los intereses obreros, lo que se vincula con el tipo de organización social de las relaciones (Ghigliani y Belkin, 2010: 105).

Sabemos que toda concepción teórico-filosófica es política porque contiene valores e intereses que generan consecuencias, directas e indirectas, sobre la realidad. Más allá de las especificidades de cada una de las direcciones sindicales y de sus lugares de trabajo, lo que comparten todas ellas es estar configuradas y reproducir prácticas y valores capitalistas en el seno de la clase trabajadora. Su relevancia tiene un interés praxístico, por eso es necesario caracterizar qué valores e intereses representan las direcciones sindicales. Analizar el nivel de conciencia en función de sus críticas o no a la *sociedad política*⁷ tiene su implicancia al momento de desprender acciones prácticas. Comprender la realidad desde una teoría positivista⁸ lleva a naturalizar los valores e intereses que transmiten las direcciones sindicales y que afectan sobremanera la vida concreta de los trabajadores.

A este respecto es claro el ejemplo del período inicial de la privatización del servicio de subterráneos. El secretario general de la UTA, Juan Palacios, como el resto de la dirección sindical, tuvo una complicidad directa con la aplicación de las políticas de ajuste y racionalización empresaria. El 50% de los casi 5.000 trabajadores que pertenecían a la planta estable del subte fueron despedidos. Se sumaron horas de trabajo (se pasaba de 6 a 8 horas diarias) por menos salario. En una entrevista en *Prensa Obrera*, el delegado Varela sostenía que “los conductores tienen que hacer 11 vueltas cuando antes hacían 6, bajó el tiempo de descanso, antes era de 40 minutos ahora es de 15”.⁹ Algunas tareas fueron asignadas a terceras empresas, en muchos casos pertenecientes al mismo grupo económico. Los nuevos trabajadores de estas “terceras” empresas cumplían 9 horas diarias de trabajo con un salario menor al que tenían los trabajadores dentro del convenio de UTA. En este proceso, la dirección sindical se mantuvo en la inacción, sin defender los intereses obreros afectados y por tanto al servicio de la patronal. Así practicaba y difundía la fragmentación, la desconfianza y el individualismo entre los trabajadores. Un delegado combativo decía: “acá, cuando se privatizó y vino Roggio, en Taller Rancagua, la burocracia se quedó sin sus delegados y gente afín porque se fueron con los “retiros voluntarios” que ellos mismos incentivaban a los trabajadores”.¹⁰

Es relevante destacar que al poner el énfasis en otros conceptos (organización, liderazgo, formas de decidir, etc.), los autores generan un desinterés por comprender la ideología y la práctica de las direcciones sindicales en su relación con la sociedad política, y su incidencia concreta en la vida de los trabajadores. A su modo, Ghigliani y Belkin no dudan en evaluar desde otra posición teórica las políticas con las que interviene la “izquierda ortodoxa”. Su crítica al subjetivismo por fantasear con intereses preexistentes, desde una posición no dialéctica, los deja cautivos del objetivismo. En sus intentos por “complejizar” el fenómeno no hacen más que *describir* diversas variables que intervienen en el proceso, tomando partido por conceptos generales y ahistóricos como “la organización” y “los líderes”.¹¹ Enfatizar en la descripción y asignar como causas explicativas una variedad de conceptos abstractos, deshistorizados, y sin elaborar de manera ponderada una cadena causal donde se manifiesten las múltiples determinaciones que operan en un concreto (Marx, 1977: 101; Calello y Neuhaus, 1999: 131-151) llevan a esta posición a no cuestionar el régimen social existente y la tarea de las burocracias sindicales en él.

En esta posición teórico-política las demandas y los tipos de acciones son producto de las estructuras organizacionales, los líderes, las interacciones entre los sujetos en el sindicato y las formas de decidir. Variables como concepción ideológico-política no son tenidas en cuenta como causa explicativa. Su referencia a los líderes se torna abstracta al no incorporar desde el presente las experiencias previas (y actuales), políticas y sindicales, de los dirigentes. Por el contrario, son adjudicadas como características “esenciales” y “naturales” del líder.

No negamos la influencia, en tanto variables que intervienen, de conceptos que para ambos historiadores son relevantes para comprender las direcciones sindicales. Sin embargo, sostenemos que lo que está en juego es la concepción ideológico-política que se expresa en la política de la dirección obrera, y en función de ella es la forma de organizar, de construir liderazgos y formas de decidir. La concepción ideológico-política que predomine estará estrechamente relacionada con los dirigentes (concretos) que logren imponerse como dirección en el sindicato. Una política sindical crítica de la *sociedad política* tendrá sentido si en el presente las luchas reivindicativas están vinculadas dialécticamente con un horizonte político que busque liberar a los sujetos, colectiva e indivi-

dualmente, de sus cadenas internas y externas.

Son dos las fuentes principales que suelen invocar estos análisis: el poder de la patronal y el poder del estado... Cuando estas determinaciones materiales e institucionales no son consideradas, categorías como interés, representación o democracia, suelen contaminarse de ese racionalismo ingenuo que sirvió de base a las teorías políticas del liberalismo clásico. Ese es el caso, por ejemplo, cuando la asamblea deviene un espacio temporal mítico en el que las relaciones de fuerzas quedan suspendidas mientras obreros ideales deliberan en libertad y extraen conclusiones radicales de la experiencia de explotación...

Las fuentes del poder interno de las direcciones sindicales provienen no sólo del entramado institucional de gobierno, de la conformación y representación efectiva de ciertos intereses obreros inmediatos, del consentimiento pasivo y de la movilización controlada; en determinados momentos también juega a su favor el individualismo y el conservadurismo existente entre los trabajadores. Por ello, el problema de la democracia desde el punto de vista de la construcción de poder obrero con perspectivas socialistas trasciende la crítica anti-burocrática. Ni siquiera se reduce a la crítica de las formas liberales-representativas que subsisten en la vida política interna de las organizaciones gremiales en Argentina, un aspecto crucial sin duda, sino que engloba al conjunto de constreñimientos que operan sobre la política sindical. No es sólo un problema de procedimientos, aunque ello forme parte de la cuestión, sino de organización y liderazgo. En síntesis, es una dimensión más de la pelea sobre las formas organizativas y políticas de la clase en su enfrentamiento estructural, y por lo tanto irremediable, contra el capital. Una pelea en la que distintas fuerzas político-sindicales deben imponer sus agendas pero evitando el triunfo pírrico porque dependen siempre del apoyo y la disposición a actuar, ya no sólo de quienes los apoyan activamente, sino del número más amplio posible de trabajadores, organizados o no. Por ello, el análisis de la dinámica organizativa y política de la clase, que nociones como burocracia y democracia intentan captar, apunta directamente a las relaciones de fuerza (Ghigliani y Belkin, 2010: 107).

La asamblea en cuestión: es un fetiche, un instrumento abstracto, una formalidad liberal, sostienen estos autores. Alertan sobre el peligro de caer en ese tipo de democracia cuando se desconocen los poderes externos e internos que afectan un ideal funcionamiento democrático. Sostienen que el eje puesto en cómo se construye poder obrero socialista no pasa por criticar a las burocracias y desarrollar mecanismos democráticos sino, insisten una vez más, en la forma de organizarse y en los liderazgos. Para ellos, los conceptos de burocracia y democracia ya no darían cuenta de la dinámica política intra-sindical y entre los sujetos que confrontan, sino que esta creciente “complejidad” debe ser capturada por la noción de *relaciones de fuerza*.

Lo paradójico es que conciben la asamblea de la misma manera que dicen cuestionar, es decir, como instrumento y procedimiento. Sin embargo, sostenemos que la asamblea es producto de una concepción filosófica, de una posición política. No es el punto de partida sino que es el punto de llegada de un proceso activo, vivo. Previamente a la asamblea hay debates entre los trabajadores donde se manifiestan diferencias y acuerdos respecto del tema en cuestión: esa instancia es indispensable para generar conciencia política crítica, conciencia “*para sí*”. Luego de ese proceso la asamblea le da legitimidad y fuerza a la decisión que se tome (cualquiera sea). La importancia de la asamblea radica en ser un ámbito donde se debe reclamar, evaluar y sancionar, si lo amerita, al delegado, al dirigente. Así lo argumenta un delegado histórico en el subte: “La asamblea es más que la expresión de una situación dada, es más que un instrumento. Es el órgano de debate, de decisión y resolución política”.¹²

Priorizar en el análisis (y en la intervención política concreta) las relaciones de fuerza

en desmedro de la asamblea significa negar que los cambios en dichas relaciones son una consecuencia dinámica de la construcción de poder de base con una perspectiva combativa y de las conquistas de la lucha. De este modo confunden al lector planteando una escisión entre los objetivos políticos sindicales y un método de construcción política, en vez de comprender la relación, no lineal, entre ambos. Para garantizar una acción de lucha deben buscarse *todos* los medios que la clase crea necesarios para tal fin: en este sentido la asamblea adquiere un lugar central (no excluye la elaboración y coexistencia con otros métodos). Pero si para garantizar una “organización” con valores socialistas o una “medida de lucha combativa” *contundente*, los líderes formales o informales se abstienen de utilizar el método de asamblea, se subordina el debate y el pensamiento del conjunto de los trabajadores a la decisión y el saber de ellos. Esta posición tiene su anclaje en una metodología etapista y evolutiva, que busca desarrollar los elementos combativos de la clase de manera progresiva con la excusa discursiva de que los obreros tienen que “ir madurando”.

Nuestro planteo puede verse expresado en uno de los conflictos más importantes de la historia del cuerpo de delegados del subte: el conflicto del guarda. En el verano de 2001 la empresa Metrovías se embarcó en una de las medidas más importantes en términos de flexibilización: *la eliminación del puesto del guarda*. De manera rápida y buscando evitar la respuesta de los trabajadores, comunicaron por una publicación interna que lo eliminarían dos días después de dicho comunicado. Los guardas, según la empresa, serían reubicados en otras tareas y los conductores tendrían que hacer doble tarea, es decir, serían polivalentes. Un delegado combativo decía:

Cuando se gana la mayoría del Cuerpo de Delegados (CD) en septiembre de 2000, la UTA quiere ponerse a la cabeza, lanzan el tema de los guardas. Lo importante no es jugar sino ganar, lo opuesto a lo que hubo en esa época. La UTA nos reunía una vez por mes, nos llamaba luego línea por línea. Las denuncias, reclamos, todo tenía que pasar por la UTA, ser ordenados, prolijos. Después del conflicto del guarda nos reuníamos solos, creamos el CD como institución, éramos quienes conseguíamos las cosas, nos decían el CD rebelde. La UTA necesitaba reubicarse y decirte que ellos son los que tenían el “poder”. La UTA iba a todos lados para disputar los compañeros.

La empresa decidió empezar la aplicación de dicha medida por la línea B, donde se había modernizado el sistema de señalización pero, fundamentalmente, porque allí la dirección gremial influenciaba a los delegados del sector. Sin embargo, la delegada Lentini, afín en ese momento, a la burocracia, le comunicó a los delegados combativos del “plan” que se estaba preparando. La posibilidad de tener esta información posibilitó una respuesta rápida. Los guardas y conductores que se veían afectados por la medida decidieron ir a la sede del sindicato a reclamar que se los defendiese. Muchos de esos obreros seguían teniendo expectativa en la dirección sindical.

La demanda obrera tuvo efectos. Los funcionarios de UTA tuvieron que acudir a la asamblea de la línea B y acordar con los trabajadores un paro sorpresivo en horario pico, de ocho a nueve de la mañana.¹³ Midiendo fuerzas, la patronal respondió lanzando 218 telegramas de despido, impidiendo que retomaran sus tareas los conductores y guardas una vez finalizado el paro. Este hecho hizo sobrevolar el fantasma del conflicto de 1999. El paro, y luego los despidos, frenaron los subtes, generando un caos en la ciudad. El Ministerio de Trabajo de la Nación tuvo que intervenir dictando la conciliación obligatoria por lo que los trabajadores, sin intención de ello, ganaban diez días para seguir un plan de lucha y con la garantía que ofrece ese instituto jurídico de volver todo a la situación previa al conflicto.

Con el trabajo político gremial de los activistas y delegados combativos y la compren-

sión por un sector importante de trabajadores de que la lucha es la única herramienta que tienen para poder enfrentar y vencer el miedo a perder el trabajo, revirtieron nuevamente la relación de fuerza. El conflicto duró tres meses, y en ese desarrollo la dirección sindical fue variando su posición al calor de la acumulación de poder del sector combativo. La burocracia pasó de plantear que “sólo apoyarían medidas de lucha racionales a una defensa incondicional del puesto del guarda”.¹⁴

La victoria en el reclamo marcó la nueva tendencia: la firma del acta con la reincorporación de todos los despedidos revelaba la derrota de la política de la patronal pero también de la burocracia. Al inicio de la gestión empresaria la dirección gremial tenía la iniciativa tanto de la implementación de las medidas de la empresa, como de sus “aparentes” reclamos obreros, pero con el transcurso de los conflictos fue quedando rezagada respecto del sector de trabajadores *conscientes* de sus intereses y derechos. La dirección gremial intentaba colgarse del movimiento de trabajadores para darle otra orientación política, canalizarla por otros medios y hacia otros fines. Un delegado del Partido Obrero decía: “Tenemos el ejemplo de lo que pasó con los guardas, cuando los directivos gremiales pactaron con la empresa, y los delegados combativos le impusimos la política a ellos. Que la dirección gremial participe no quiere decir que ésta defiende los intereses obreros”.¹⁵

Conclusión

Las ideas de *conservar y conciliar* intereses contrapuestos, sostenidos por las conceptualizaciones de la teoría tradicional, han sido confrontadas y denunciadas teórica y políticamente por Marx. En ese sentido el concepto en la teoría marxista no tiene sólo un valor cognoscitivo sino también de denuncia política. Esta premisa marxista rompe de manera radical con el postulado de la neutralidad axiológica de corte weberiano.

Nuestro punto de partida fue la conceptualización de la *burocracia sindical* para luego observar de manera crítica los límites de la forma de conocimiento y posiciones políticas que se desprenden del texto de Ghigliani y Belkin sobre el concepto en cuestión.

También buscamos recuperar los intereses mediatos y su posibilidad de ser captados por una razón crítica, cuestión que se revela ausente en el planteo tradicional. Esta posición pasa por alto la configuración histórica de la subjetividad del dirigente político-sindical y de los trabajadores, cosificándolos en la *forma* líder y de organización. La burocracia sindical al tornarse un fenómeno “complejo” se desdibuja y deja de tener responsabilidades como tal. Las direcciones sindicales burocráticas y las bases obreras son deslindadas de todo el mecanismo social capitalista, son tratadas como esferas en sí mismas. Al mismo tiempo, sostuvimos que, en muchas situaciones, la burocracia hegemoniza las bases obreras al incorporar reclamos parciales pero sin atentar al núcleo de la actividad económica de la clase dirigente. Esta práctica de conservar y reproducir lo existente lo mostramos en el accionar de la dirección burocrática de UTA después del segundo paro en el año 1997.

En efecto, desde su posición política en su conocer positivista, los autores naturalizan los valores e intereses que transmiten las direcciones sindicales. De aquí que podamos desprender su desinterés por evaluar las prácticas y posiciones políticas de la dirección gremial. ¿En que radica ese desinterés? Su llamado a “complejizar el fenómeno” intenta poner el eje de los análisis críticos en una diversidad de elementos. La crítica al subjetivismo (idealista) cae en la dicotomía que intentan cuestionar. Su objetivismo es el

lado opuesto que no supera la teoría tradicional. Su base explicativa se centra en conceptos ahistóricos y abstractos como “formas de organización, formas de decidir y liderazgos”. Hacer una descripción de lo “complejo” eludiendo ponderar las causales históricas y políticas del fenómeno lleva a esa posición a conservar el orden y a ser funcional de las direcciones sindicales que no luchan por la emancipación social. Vimos con cierto detenimiento el accionar político de la burocracia de la UTA en su complicidad directa en la aplicación por parte de la empresa Metrovías de políticas que afectaban de manera directa, no ya a los “dudosos” intereses históricos de la clase trabajadora, sino a sus intereses inmediatos.

Respecto al método asambleario, no puede ser reducido a mera forma de decidir sino que contiene una filosofía y una posición política. Concluimos que la asamblea es el punto de llegada de un proceso de debate, evaluación y resolución política entre los trabajadores. Priorizar las relaciones de fuerza (concepto no desarrollado por los autores) como factor explicativo significa negar que los cambios en dichas relaciones pueden ser generados por la construcción de poder de base y de las conquistas laborales que éstos obtienen. Por tanto, si se subordina la asamblea al objetivo político se subordina el debate y la opinión de los trabajadores a la decisión de los que poseen un supuesto “don natural”, es decir el saber de los líderes. Todo este desarrollo conceptual pudo verse reflejado en el conflicto contra la eliminación del guarda.

Para finalizar, afirmar que los “tipos de demanda y de acciones de lucha” están determinados por diversas variables como el “tipo de estructura organizacional”, las “formas de decidir”, el “tipo de dirección sindical” y la existencia de “tipos de líderes”, no definiendo *una* variable independiente que genere una cadena de variables causales (dando lugar a las múltiples determinaciones de un concreto) nos pone en presencia de una “no explicación” del fenómeno de la burocracia sindical sino en una deconstrucción de las posiciones vigentes. Bajo el rostro de la descripción y la indefinición causal esta posición teórico-política se torna funcional al orden establecido. Planteo ambiguo que encuentra claridad cuando apunta sus cañones hacia su destinatario: “la izquierda ortodoxa”.

Notas

¹ Condenado a 15 años de prisión producto de más de 2 años de lucha de organizaciones políticas y sociales encabezadas por el Partido Obrero. Ver: <http://www.lanacion.com.ar/m2/1574421-mariano-ferreyra-fallo>

² <http://www.lanacion.com.ar/972147-dia-caotico-por-las-demoras-del-subte>

³ <http://archivo.cta.org.ar/La-CTA-repudio-la-represion-ilegal.html>

⁴ http://dev1.cta.org.ar/spip.php?page=forum&id_article=10334

⁵ http://www.clarin.com/capital_federal/Amenazaron-delegado-empleado-acusa-empresa_0_568143378.html

⁶ Según Horkheimer, existe una diferencia entre la teoría tradicional y la teoría crítica respecto de la función de la experiencia. Los puntos de vista que la teoría crítica extrae del análisis histórico como fines de la actividad humana, ante todo la idea de una organización social racional y que corresponda a la universalidad, son inmanentes al trabajo humano, aunque no estén presentes adecuadamente en la conciencia de los individuos o en la opinión pública. Página 47.

⁷ Categoría Gramsciana que sintetiza toda la clase política dominante sus aliados y sus aparatos consensuales y represivos, ver Calello (2004: 74).

⁸ Al positivismo lo entendemos tal como lo desarrolló Adorno en su debate con Popper. Esta conceptualización es similar a la esbozada por Horkheimer en el libro *Teoría Tradicional, Teoría Crítica*.

⁹ *Prensa Obrera*, 1 de febrero de 1994.

¹⁰ Entrevista a delegado.

¹¹ A modo de síntesis de todo el texto se puede afirmar que para Ghigliani y Belkin los tipos de demandas y los tipos de acción están determinados por el tipo de organización (centralización o no), por las direcciones sindicales, por las formas de decidir y por la existencia o no de líderes formales. No negamos la intervención de dichas variables en el proceso, sino que dichas variables no están ponderadas y que desde nuestra posición son variables intervinientes que son a su vez consecuencias del tipo de concepción filosófica y político-sindical.

¹² Entrevista a delegado.

¹³ *La Nación*, 23 de febrero de 2001. <http://www.lanacion.com.ar/53542-caos-los-subtes-pararon-una-hora>

¹⁴ *Prensa Obrera*, 29 de agosto de 2002.

¹⁵ *Prensa Obrera*, 5 de septiembre de 2002.

Referencias

Adorno, Theodor W.. (1973) *La disputa del positivismo en la sociología alemana*. Barcelona-México: Ediciones Grijalbo S.A..

Belkin, Alejandro y Ghigliani, Pablo (2010) *Nuevo Topo Revista de Historia y Pensamiento Crítico* N° 7. Argentina: Ediciones Prometeo libros, 2010.

Bouvet, Virginia (2008) *Un fantasma recorre el subte*. Buenos Aires: Editorial desde el subte.

Calello, Hugo (2004) "Los movimientos de resistencia y emancipación en confrontación con los guerreros religiosos y sus intelectuales orgánicos", 4ta Jornadas Nacionales de Filosofía y Ciencia Política, Mar del Plata: Ediciones Suárez.

Gramsci, Antonio (2000) *Escritos Políticos (1917-1933)*. Madrid: Editorial Nacional Madrid.

Grüner, Eduardo (2006) *Lecturas culpables. Marx (ismos) y la praxis del conocimiento, en la teoría marxista hoy, problemas y perspectivas*, Buenos Aires: CLACSO.

Horkheimer, Max (2000) *Teoría tradicional y teoría crítica*. Barcelona: Ediciones Paidós.

Marx, Karl y Engels, Federico (1977) *Textos sobre el Método de la Ciencia Económica*. México Ediciones Roca.

Marx, Karl (1995) *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*. Montevideo-Uruguay: Ediciones De La Comuna.

Neuhaus, Susana y Calello, Hugo (2006) *Hegemonía y Emancipación*. Argentina: Editorial Herramienta.

Los desposeídos, Karl Marx, los ladrones de madera y los derechos de los pobres, Buenos Aires: Prometeo, 2011.

Daniel Bensaïd

Por Emiliano Monge

Facultad de Filosofía y Letras – Universidad de Buenos Aires
aemilianoa@hotmail.com

Daniel Bensaïd fue un destacado militante durante el mayo francés, organizador de la JCR y luego de la LCR francesa y española, y miembro del Secretariado Unificado (SU) de la IVª Internacional hasta su muerte en 2012. Fue reconocido como uno de los más importantes continuadores de la obra de Ernest Mandel, no en la arena económica, como sí en la filosofía y la política.

Es memorable su intercambio con Derrida en la televisión francesa a mediados de los noventa, como su oposición a los planteos del marxismo analítico y del posmarxismo en su libro *Marx intempestivo* de 1995; también su defensa de lo que denominó “la vuelta de la razón estratégica”, y los debates sobre el *zapatismo* con John Holloway, sobre el *autonomismo* con Negri y Castoriadis. Asimismo su correspondencia con Alex Callinicos sobre los nuevos giros estratégicos de la izquierda europea tras Seattle y Génova.

Las tareas para los revolucionarios tras la caída del muro eran, por cierto, mantener los principios organizativos leninistas, la estrategia política del trotskismo y las consignas socialistas al interior de la clase obrera mundial. ¿Resistió Bensaïd la prueba de la historia? Los hechos dicen que no: el SU se adaptó a cada una de las experiencias centristas y centrozquierdistas que se han producido durante los últimos veinte años, renunciando al trotskismo y al marxismo por el “democratismo”. Un ejemplo de esto es el abandono de la consigna de la dictadura del proletariado, que llevó a Bensaïd a tener que recaer en la teoría normativa del derecho posrevolucionario “igualitarista” a la

usanza de G. Cohen y de la teoría de la justicia de Rawls. Lo que significa la integración del liberalismo en la distribución y de la socialización de la producción (Petrucci, 2011), una variante de “socialismo de mercado”.

El *Nouveau Parti Anticapitaliste* (NPA), la última gran obra colectiva de la LCR y Bensaïd, ha significado un paso atrás en medio de una etapa definida por el derrumbe del capital y un ascenso de la izquierda (aquella que se ha mantenido incólume frente a desviaciones centristas y oportunistas).ⁱ Claramente, ni Bensaïd, ni la LCR (NPA), han entendido esta situación del capitalismo mundial. Retrocedieron a las viejas posiciones de los partidos reformistas de principios del siglo XX, pero sin la inserción social de aquellos, y con el lastre de los nuevos movimientos sociales (NMS) de fines de los ochenta. Esto los ubica al margen de la disputa real por convertirse en una salida a la crisis capitalista, quedando a la deriva en medio del cataclismo mundial que estamos viviendo.

Los desposeídos, publicado en español en 2010 y en francés tres años antes, pone en juego no sólo la contradicción entre el derecho consuetudinario y el derecho liberal (privado), sino la discusión por el programa revolucionario. El planteo de Bensaïd es claro: ¿qué prevalecerá, “el cálculo egoísta o la solidaridad y el interés común, la propiedad o el derecho oponible a la existencia”? (Bensaïd, 2011: 64). El derecho posrevolucionario está ligado, en estos términos, a su aspecto moral, a la usanza de Kant.

Bensaïd narra cómo el proceso de sustitución del derecho consuetudinario por el derecho privado oculta la *desposesión* bajo la cual se origina ese nuevo derecho. Básicamente lo que está diciendo Bensaïd es que “el derecho privado” o “la propiedad privada es el robo”, a la sazón de Proudhon, quien afirmaba en la “solution du problème social” de 1848, que “entre la propiedad y la comunidad, construiré un mundo”. Claro, sin superar ni una ni la otra, lo que expresa el primer límite.

El planteo es el siguiente: en la modernidad hay una división entre lo público y lo privado, entre los intereses de los capitalistas y los intereses sociales. Los derechos privados son la expresión de los “poderosos”, mientras que *lo público* sería la expresión de los intereses populares, de los *desposeídos*. En este punto liga las costumbres populares a la defensa de “lo público” (*Droit a la ville* de H. Lefebvre).

El libro también hace explícita referencia a la obra de David Harvey y su teoría de la “acumulación por desposesión” (Bensaïd, 2011: 54), bajo la cual todavía estaríamos en la etapa de “acumulación originaria” del capitalismo, donde lo central no pasa por la explotación sino por la “usurpación de derechos” y el “pillaje” (Harvey, 2003: 163).ⁱⁱ Así concluye que “tras la apariencia consensual de las costumbres, subsiste el antagonismo latente entre los derechos consuetudinarios de los dominantes y de los dominados” (Bensaïd, 2011: 55). El *pillaje* se manifiesta en la imposición del derecho consuetudinario de los privilegiados, que es la propiedad privada:

... en la ley han encontrado no sólo el reconocimiento de su derecho racional, sino también, con frecuencia, el reconocimiento de sus pretensiones irracionales” (Marx, 2007: 35).

A partir de este punto Bensaïd arma todo el conjunto de “irracionalidades” sobre las que se basa el capitalismo en su etapa senil, desde las catástrofes ambientales, hasta la

política de patentes privadas y la financierización de la economía.

La idea de relación de fuerzas y de violencia social para originar la propiedad es tal vez lo más destacable del libro, pero, en todo caso, eso no es marxista, ya que estas cuestiones fueron planteadas en su momento por Owen, Saint-Simon y el mismo Proudhon, –quienes podrían ser considerados como los “indignados” del siglo XIX.

Los problemas del texto pasan por la utilización que hace Bensaïd de la democracia burguesa y sus instituciones (Estado), para reforzar sus posiciones políticas *democratizantes*.ⁱⁱⁱ Esto es, la política de tratar de introducir un contenido “socialista” al estado burgués, en vez de suprimir el estado burgués para introducir el socialismo. La política de democratizar el mercado (socialismo de mercado), en vez de cambiar el mercado por el control de la producción por parte de la clase obrera.

Marx todavía se encuentra en una fase donde la propiedad privada y los monopolios son la causa de las desigualdades sociales, y no la consecuencia de la forma en que se organiza la vida social, de cómo se produce. Por eso el problema de Marx era luchar contra “la arrogancia del interés privado, cuya alma mezquina no ha sido nunca iluminada y sacudida” (Marx, 2007: 47), y así separar la propiedad privada y el Estado –como interés general y razón colectiva (Hegel).

La democratización del Estado no puede ser ya a partir del derecho consuetudinario de los pobres (Bensaïd, 2011: 24), pero sí puede serlo mediante la defensa de “lo público” o el interés de los desposeídos. *Lo público* es tan general, ambiguo y confuso hoy como lo fue el derecho consuetudinario para los explotados del siglo XIX. Bensaïd dice que “la costumbre misma es una construcción social contradictoria” (idem, 25). En ese sentido podríamos decir que *lo público* es también una “construcción social contradictoria”, y que su defensa “ciega” es una defensa de los intereses de reproducción del capital en general.

Las viejas revoluciones burguesas se habían consolidado como formas de reforzar y acentuar los antiguos derechos y libertades. La idea de revolución respondía a aquella de *continuidad* del derecho natural clásico, y de allí sacaba toda su fuerza (Habermas, 1987: 87). Marx justamente cuestiona esta concepción de la revolución como una prolongación del derecho moderno y, de allí en más, se delimita de la “burguesía victoriosa”. El derecho moderno implica el “derecho estatal positivo”, esto es, el reemplazo de la razón estamental (que ligaba a cada uno con el porvenir de la sociedad) por la razón individual y egoísmo del “ciudadano”. Pero esta crítica de Marx al *derecho positivo* no es una afirmación del derecho consuetudinario, sino que el derecho consuetudinario desnuda el carácter de clase del derecho burgués, y pone en duda el carácter revolucionario del moderno, porque lo que se cuestiona es la condición revolucionaria de la misma burguesía alemana.

Bensaïd critica a Chamayou por oponer el principio de propiedad intelectual al de “dominio público” (2011: 64). Y explica que “la costumbre misma es una construcción social contradictoria. Hablar de ‘costumbre popular’, pues, para oponerla a la costumbre de los privilegios no es en absoluto un pleonasma” (2011: 25). Aquí construye su primera analogía extemporánea: lo consuetudinario ligado a la costumbre popular.

Marx dice que comienza su propia “transición teórica” al comunismo cuando se enfrenta con los “intereses materiales” (Prefacio a la *Contribución a la crítica de la economía política* de 1857). La *Gaceta Renana* no es ni materialista ni comunista,^{iv} y el propio Marx declaraba que no comulgaba con el comunismo de su época (Mandel, 1971: 2). Era

un intento explícito de ligar el pensamiento filosófico alemán con el pensamiento político francés, que todavía no conocía a fondo (Lowy, 2010: 59).^v

Es un período de formación del pensamiento de Marx donde, como indica Mandel, se proyecta “de la crítica de la religión a la crítica de la filosofía, de la crítica de la filosofía a la crítica del Estado; de la crítica del Estado a la crítica de la sociedad, es decir, de la crítica de la política a la de la economía política, que culmina en la crítica de la propiedad privada” (1971: 3). Incluso Michel Löwy plantea que “no queremos probar, de ninguna manera, por medio de esta hipótesis, que Marx ya era, en 1842, comunista o ‘casi’: sólo se trata de demostrar que su pasaje al comunismo, en 1844, fue un ‘salto cualitativo’ preparado por cierta evolución anterior” (Lowy, 2010: 61). Por lo tanto, el intento de Bensaïd de “actualizar” los planteos del Marx liberal no es más que un fraude intelectual.

El “protopartido de la sociedad civil” (Bensaïd, posfacio, 2007: 96) que era la *Gaceta*, pensaba su lucha en términos de guerra prolongada. Es de esta época que Marx reconoce en la prensa el “espíritu positivo del pueblo”. Allí Marx desarrolla por primera vez la relación entre los intereses privados y el Estado, ubicándose en el margen entre la dicotomía sociedad civil y estado de Hegel, y la superación de esa dicotomía. Marx todavía considera al “Estado moderno como poder público de los intereses privados de los propietarios” (Rau, 2007: 17). Sin embargo, hay un avance de Marx, que es entender a la sociedad civil como el conjunto de relaciones de producción, y no como una superestructura jurídica.

Marx analiza la ley burguesa como la “existencia positiva de la libertad”, que se expresa en la temática de la publicación: la censura, las libertades democráticas, los códigos jurídicos franceses. Aquí hay un punto de nodal importancia para la teoría marxista: la separación del *gradualismo* reformista del ascenso de las libertades democráticas y del Estado como fin en sí mismo, de su salto a la teoría marxista de la *extinción* del estado y del derecho. Estos también son los primeros esbozos de una *teoría de la burocracia* (independiente del gobierno y del Estado), analizada a partir de la idea de la separación entre el estado político y la sociedad civil, y la defensa (*jovenhegeliana*) de la última.

Sin embargo, Bensaïd revisa la teoría marxista del Estado y concluye: “(la confrontación de intereses social opuestos) retornará después (¿cuando?), transformada en la perspectiva de un ‘fin del Estado’, no por su disolución –y la del derecho– en la ‘sociedad civil burguesa’, o por la desaparición de la política en la administración de las cosas, sino por la superación efectiva de la gran escisión moderna entre sociedad civil y Estado” (Bensaïd, 2011: 32). El problema es la “disolución” de la sociedad civil en el estado, y Bensaïd ahora aclama que la transición al socialismo (dictadura del proletariado) se consigue con la “superación” de la “escisión moderna” entre estado y sociedad civil, esto es, con el *derecho público* y la *estatización*.^{vi} No tomando como base del Estado a la “sociedad existente”, sino *autonomizando* el Estado de la sociedad como un “ser independiente con sus propios fundamentos espirituales, morales y liberales” (*Crítica al Programa de Gotha*).

Bensaïd mantiene la postura *mandelista* de no extinguir el Estado y la sociedad civil como tales, sino apostar “por (la) superación efectiva de la gran escisión moderna entre sociedad civil y Estado, economía y política, privado y público” (Bensaïd, 2007: 119). Invirtiendo los planteos de Marx según conveniencia, ahora nos dice que la superación del Estado y el derecho sería un detritus de juventud de Marx –arrastrado por Lenin en *El Estado y la Revolución*. Pero justamente, la superación de esta situación pasa por la

extinción del Estado, no por la adecuación del derecho público. Como lo explica el mismo Harvey:

La contradicción entre intereses particulares y comunitarios da lugar, necesariamente, al Estado. Pero precisamente porque el Estado debe asumir una existencia ‘independiente’ para garantizar el interés común, se convierte en ámbito de un ‘poder ajeno’ por medio del cual se puede dominar a individuos y grupos (Harvey, 2007: 288, cursiva nuestra).

El eje de la segunda parte del libro pasa, precisamente, por abordar las relaciones entre el derecho privado y el derecho público; donde Bensaïd vuelve a recuperar a Fichte y a Locke, quienes desde distintos lugares han denunciado al avance arrollador de la propiedad capitalista. Pero, ¿es suficiente para eliminar la propiedad capitalista y expropiar a los expropiadores?

El debate es el que Marx luego va a desarrollar con Proudhon, que por esos años todavía considera una buena influencia. Es gracias al paso de la crítica de la filosofía a la crítica del estado y por ende de la sociedad, que Marx va a avanzar por fuera de las aporías del socialismo francés, del socialismo “bruto”, del socialismo utópico. Marx consideraba socialismo “bruto” al socialismo que ponía énfasis en la teoría escindida de la práctica, criticado en las *Tesis sobre Feuerbach*.

Con Proudhon la propiedad pública se considera propiedad social, y con Fichte se dimensiona la relación entre posesión y propiedad. Pero justamente lo que Bensaïd deja en claro es el “carácter transformador” de la posesión: se está refiriendo a la ocupación de fábricas y al control obrero con el “derecho de ocupación” (Bensaïd, 2011: 34), y al carácter conservador del tipo de propiedad como “un derecho instituido” (36). Pero no hay una delimitación clara entre el principio de estatización y el del poder obrero, porque Bensaïd ha reemplazado el *doble poder* por la *distribución liberal* burguesa.

Hay también una caracterización “inocente” del rol estatal y la política de los “desposeídos”. El objetivo de Bensaïd es degradar el programa y las conquistas del socialismo internacional, para justificar, entre otras cosas, sus proyectos de “democracia radical” o “democracia hasta el final” (Artous, 2006) de los últimos veinte años: el presupuesto participativo, el apoyo al “movimientismo”, la creación de partidos “abiertos”, el apoyo a gobiernos nacionalistas, etc.

Para ello, utiliza esta etapa del pensamiento de Marx democrático radical (carta a Ruge del texto sobre escritos de derecho). Marx da el salto con la crítica al derecho y el estado hegeliano y en la *cuestión judía*. Es a partir de estos textos que Marx abandona la táctica de radicalización del Estado a través del desarrollo de la democracia burguesa (evolucionismo hegeliano): “Solo este sentimiento (libertad), desaparecido del mundo con los griegos y sublimado por el cristianismo con el vaho azul del cielo, puede volver a hacer de la sociedad una comunidad de hombres para sus altos fines: un Estado democrático” (Marx, 2008: 83). En cierto punto hay un *permanentismo*, pero bajo una expresión gradualista: Marx explica en la carta a Ruge que si se es consecuente se rebasa el estado democrático burgués: “a partir de este conflicto del Estado político consigo mismo se puede desarrollar consecuentemente en todas partes la verdad social” (Marx, 2008: 90). Este debate tiene una actualidad fundamental para nuestra época: hoy los revolucionarios del mundo se debaten entre seguir siendo los bomberos del capitalismo y su democracia, o sobrepasarlos.

En este proceso de Marx, vemos el paso de un tipo de revolución política en una carta a Ruge: “primero la religión y después la política constituyen los principales intereses

de la Alemania contemporánea” (Marx, 2008: 89); al único número de los *Anales franco-alemanes*, donde Marx resolverá el problema de la superación del régimen capitalista, ya que la emancipación reside “en la formación de una clase con cadenas radicales, una clase de la sociedad burguesa que no es una clase de la sociedad burguesa” (Marx, 2008: 108). El Estado ya no le aparece como la realización de la libertad (el estado racional hegeliano vs el estado prusiano, Löwy, 2010: 64) del hombre sino como su conciencia invertida.^{vii} Marx hace un giro copernicano en cuestión de meses, gracias a la categoría de *trabajo* de Hegel y gracias a la acción práctica del proletariado (Silesia). De esta manera la crítica de la sociedad deja de ser una tarea filosófica para convertirse en una tarea práctico-histórica: *la crítica de la armas*. La revolución política había pasado a ser la “revolución radical” (social) de Babeuf (Marx, 2008: 105), la última y definitiva de las revoluciones humanas.

Si para 1842 Marx todavía rechazaba el comunismo (aunque reconocía los efectos nocivos de la propiedad privada y la competencia), su mirada “liberal” debe ser matizada, porque, como plantea Bensaïd, Marx opone el derecho consuetudinario al derecho privado. Esto no autoriza a Bensaïd a presentar un “Marx para nuestros días”, a partir de este proceso evolutivo. Recordemos que Marx todavía apoyaba el “derecho a la pobreza” de Hegel frente el derecho privado del beneficio de Hobbes, esto es, el derecho a la subsistencia.

Karl Polanyi retoma esta discusión en su análisis del *Speenhamland*, que se expresará con toda claridad en las llamadas “leyes de los pobres”. *La Gran Transformación* es una apología de la *precarización* y de la “subsidiarización” de la clase obrera, que hoy vivimos como si fuera la panacea *naç & pop*: “bajo la ley de Speenhamland, se subsidiaba a un hombre aunque estuviera empleado” (Polanyi, 2007: 130). ¿Pensará Bensaïd que este es el paso anterior al socialismo?

Bensaïd lo aclama como la oposición entre la “economía popular” frente al crudo e inhumano “mercado” (2011: 20), donde la primera es lo que E. P. Thompson llamaba “economía moral”, o la subordinación del *derecho de propiedad* al *derecho de subsistencia*. Bensaïd termina repitiendo lo mismo que decía Marx en su etapa liberal (donde consideraba que el capitalismo no se derrumbaba), esto es, “reivindicamos para la pobreza el derecho consuetudinario” (Marx, 2007: 33), transformado en: “reivindicamos para los pobres el derecho estatal y público”, que lejos de anular las diferencias sociales, las profundiza. Aquí eso no se llama socialismo, sino peronismo.

Lo que estos *apologetas* de la “humanización del capital” y de los “subsidios para todos” (defensa del pequeño capital), parecen desconocer es que la única posibilidad de desarrollo industrial y cambio técnico, que no reduzca los niveles de vida del proletariado, es a partir de la socialización de los medios de producción, del socialismo.

Es Marx, a partir del desarrollo de la *teoría del valor*, quien podrá reconocer que lo que sucedía en la recolección de leña, era una expresión de la *sobreexplotación* obrera, bajo la cual el derecho consuetudinario no obraba en contra, sino a favor de reducir el costo de la *fuerza de trabajo*. Este punto es clave: Marx en la *Gaceta*, cuando habla del robo de leña, no plantea todavía el problema de la sobreexplotación, aunque sí el del plusvalor: “se vuelve a olvidar que se han otorgado las multas al propietario del bosque y además del valor simple se le decreta una indemnización especial por existir la posibilidad de un plusvalor” (Marx, 2007: 67). Los capitalistas que contrataban a los recolectores de leña en el trabajo de los viñedos, pagaban sólo una parte del salario, ya que la otra porción era completada por la recolección de madera y de distintos elementos que constituían la

base de su reproducción. El derecho consuetudinario de recolección se hizo innecesario cuando la acumulación originaria se había completado (algo que se opone a la posición “neocapitalista” de Bensaïd y Harvey, cuyo fondo actual es intentar explicar una etapa distinta de acumulación financiera y *desposesión*).^{viii}

Si el derecho consuetudinario era el fetiche de la época del joven Marx (que mostraba y a la vez enmascaraba el carácter de las relaciones sociales); en nuestra época ese fetiche es el derecho público, la “subsidiocracia” y el estatismo frente al avance privatista. No está de más decir cómo el estatismo trucho y la defensa de “lo público”, es completamente funcional a la acumulación privada y a la “desposesión”, como en el reciente caso de YPF-Chevron. Lo común al derecho consuetudinario y “lo público” es que son dos formas que expresan el mismo contenido: el trabajo realizado de manera indirectamente social.

La propia idea de “derecho” implica la división social, la separación de clases, y la defensa de los derechos, significa la negación de la libertad (aún en la forma de derecho individual). Pero tampoco somos anarquistas, por lo que batallamos para que la lucha por los derechos, que se imponen por la lucha de clases, se transforme en la extinción del derecho con la revolución social.

Si como dice Ariel Petruccelli en el *Epílogo*, “hemos iniciado entonces el peligroso tránsito de una época a la otra y nos encontramos en el medio del río, con el doble imperativo de no permitir la pérdida de la herencia y de estar dispuestos a recibir lo nuevo a inventar” (2011: 90), y esa herencia es el *democratismo* y el *estatismo*, mientras que lo nuevo es el “derecho público igualitarista”, entonces, estamos obligados a cambiar de caballo a mitad del río para poder cruzarlo.

Notas

ⁱ Debe recordarse también su apoyo a los presupuestos participativos, la complicidad en la derechización del PT, el apoyo sin principios a candidaturas procapitalistas, la vertiente “movimientista” que explota luego de Seattle y Génova, que intentan capitalizar políticamente sin claras delimitaciones de clase, y que terminará en la disolución de la mencionada LCR en una nueva organización que se parece más a un NMS que a un partido leninista de combate, a un partido obrero.

ⁱⁱ Confundiendo lo que Marx quería mostrar (que la riqueza del capitalismo se basaba en la acumulación originaria, en la expropiación y en el plusvalor), con la concepción de la economía clásica acerca de que la riqueza se originaba en el trabajo individual (Smith) y en el ahorro personal.

ⁱⁱⁱ El proyecto político y la apuesta de Bensaid y del Mandelismo es oponer el derecho Estatal (que se reconoce como “general”, “colectivo” o “social”) frente al derecho privado, no suprimirlo (Bensaid, 2011: 32).

^{iv} En la introducción de 1892 a la Situación de la clase obrera en Inglaterra, Engels declara que “en 1844 todavía no existía el moderno socialismo internacional que, ante todo, y casi exclusivamente por las obras de Marx, se ha elevado a una ciencia... (en el período embrionario) se da gran importancia a la afirmación de que el comunismo no es una simple doctrina del partido de la clase trabajadora, sino una teoría cuya mira final es la liberación de toda la sociedad, incluso los capitalistas, de las condiciones opresivas del presente. Esta afirmación es justa en sentido abstracto, pero en la práctica es más dañosa que útil” (Engels, 1974: 11). Justamente Bensaid retoma esta afirmación “más dañosa que útil”, para retroceder a la “filosofía clásica alemana”, antecedente del socialismo moderno, postulando la validez del “derecho a la subsistencia” que lo iguala al “vivir bien”.

^v De las tres fuentes integrantes del marxismo descritas por Lenin, falta la economía inglesa, la tercera fuente, que recién comenzaba a ser estudiada por Marx. Y las otras dos eran versiones todavía no filtradas por la crítica al Estado. El paso por la gaceta del Rin, es el proceso de transición del Marx liberal al Marx comunista. ¿Porqué se hace ese paso? Porque Marx no hace una crítica moral de la opresión, sino que intenta hacer una crítica materialista de la explotación obrera, de la condición o situación de la clase obrera alemana a nivel del trabajo en los viñedos del Mosela. Si Engels escribió *La situación de la clase obrera en Inglaterra* en 1845, Marx ya había entrevistado los lineamientos generales que Engels iba a desarrollar luego. Para Marx, fue Engels quién había desarrollado un “esbozo genial” de la crítica de la economía política. Lo que sí marca este período (1842-43) es que Marx toma posición al lado de los explotados, lo que le permite esbozar lo que Engels desarrollará posteriormente.

^{vi} Detrás de esta posición hay una interpretación del Estado como representante del “interés general” que se adecua con los primeros esbozos de los años 1842-43, del Estado como un aparato superestructural. Marx todavía ve al Estado desde una postura liberal o parasitaria: hay que criticar lo malo que hace el Estado y aplaudir lo bueno.

^{vii} También esta obra es la que expone los primeros esbozos de la teoría de la alienación (Lowith, 2007: 86), aunque es una teoría de la alienación con límites claros (marcados en mi artículo). La alienación en este período entiende que el hombre es tomado por un objeto, perdiendo la “dignidad humana”, todavía muy marcada de velos morales. Es sólo con la teoría del valor, expresada en los primeros cuatro capítulos del Tomo I, que la crítica moral de los medios y fines, se puede transformar en una crítica material y revolucionaria del mundo capitalista.

^{viii} Desde aquí se puede hacer una reconstrucción que lleva al capítulo XXIV del Tomo I, donde Marx desarrolla la llamada “acumulación primitiva”, con la que se enfrenta a partir de los *enclosures* a los campos comunales que son justamente el problema que analiza con la prohibición a la recolección de leña. Claramente allí comenta Marx que la acumulación originaria es una etapa de expropiación extraeconómica (si cabe el término), que permite amasar superganancias que permiten que el capitalismo surja y hegemonice la formación económico social. Pretender mantener la acumulación originaria como hace Harvey, es sostener que lo que rige es la explotación extraeconómica, o peor, que el problema del capitalismo son estos “excesos”. En vez de acumulación por desposesión, Harvey y Bensaid debería hablar del período de derrumbe del capitalismo, porque existe una diferencia fundamental: durante la acumulación originaria no existía ningún sujeto que pudiera poner fin a ella, sino simplemente sujetos que ejercían “resistencias” a la desposesión; hoy en cambio, la clase obrera puede poner fin a la catástrofe capitalista.

Referencias

Antoine Artous (2006), “Democracia y emancipación social”, en www.revoltaglobal.org

- Antoine Artous (2002) “Citoyenneté, démocratie, communisme”, En Contretemps, éditions Textuel, 2002, Frevrier, Paris.
- Bensaid, D. (2011) *Los desposeídos*, Karl Marx, los ladrones de madera y los derechos de los pobres, Buenos Aires: Prometeo.
- Bensaïd, D (2007) “Posfascio: Marx y el robo de leña”, En Marx, K. (2007) *Los debates de la dieta Renana*, Barcelona: Gedisa.
- Engels, F. (1974) *La situación de la clase obrera en Inglaterra* (1844), Buenos Aires: Editorial Esencias.
- Habermas, J. (1987) *Teoría y praxis* (1963), Madrid: Tecnos.
- Harvey, D. (2007) *Espacios del Capital*, hacia una geografía crítica (2001), Madrid: Akal.
- Harvey, D. (2003) *The new Imperialism*, New York: Oxford University Press.
- Löwith, K. (2007) *Max Weber y Karl Marx* (1932), Barcelona: Gedisa.
- Löwy, M. (2010) *La teoría de la revolución en el joven Marx*, Buenos Aires: Editorial Herramienta.
- Marx, K. (2007) *Los debates de la Dieta Renana* (1843), Madrid: Gedisa.
- Marx, K. (1975) *Contribución a la crítica de la economía política* (1859), Buenos Aires: Estudio.
- Marx, K. (2007) *Los debates de la dieta Renana*, Barcelona: Gedisa.
- Marx (2008), *Escritos de juventud sobre el derecho*, textos 1837-1847, Anthropos : Barcelona.
- Petrucelli, A. (2011) Epílogo a “*Los desposeídos*, Karl Marx, los ladrones de madera y los derechos de los pobres”, Buenos Aires: Prometeo.
- Polanyi, K. (2007) *La Gran Transformación*, los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo (1944), Buenos Aires: FCE.